



HN
37
.C3
S575
1956



Digitized by the Internet Archive
in 2014

LOS CATÓLICOS,
LA POLÍTICA Y EL DINERO

PIERRE - HENRI SIMON

LOS CATÓLICOS, LA POLÍTICA Y EL DINERO

Traducción de:
JOSÉ BIANCO



SUR

BUENOS AIRES

Titulo del original francés:
Les catholiques, la politique et l'argent

IMPRESO EN LA ARGENTINA
PRINTED IN ARGENTINE

*Hecho el depósito que
previene la ley N° 11.723*

Copyright by Editorial SUR, S. R. L., Buenos Aires

P R E F A C I O

Este pequeño libro ha nacido de una serie de artículos publicados durante el año pasado en un hebdomadario católico: ahora los completa y en muchos puntos los precisa. Se ha creído útil proponerlo bajo su forma actual a la consideración de un público más extenso, tanto para definir ante los ojos de los incrédulos los términos en que se plantea el problema político frente a la conciencia de los Católicos franceses, como para invitar a éstos, en un momento particularmente crítico, a que hagan un serio examen de sus deberes de ciudadanos.

Después de la obra del Abate Lallement: Principios Católicos de Acción Cívica, después Del Régimen Temporal y de la Carta sobre la Independencia, de Jacques Maritain, todo ha sido dicho y perfectamente aclarado en el orden de las generalidades conductivas. Pero se podía intentar obtener explícitamente ciertas consecuencias prácticas, considerando el estado presente de la política francesa: es eso lo que ha querido hacerse aquí. No se trata de una enseñanza, sino de una opinión; no es el caso, en absoluto, de un doctor que redacta un catecismo: es el de un adoctrinado que ensaya pasar correctamente de los principios a las aplicaciones.

Estas páginas, pues, no comprometen a la Iglesia, sino exclusivamente a una persona que quiere permanecer fiel a la Iglesia. Tan sólo deponen un testimonio individual. De tener algún valor, dicho testimonio lo posee por su prurito de fidelidad y también por una repulsa sistemática de las pequeñas prudencias habituales; por su tono, de una indignación que no miente, y por su total independencia con respecto a los partidos políticos.

CAPÍTULO I

ALGUNAS CONSIDERACIONES GENERALES

I

VIDA INTERIOR Y COMPORTAMIENTO SOCIAL

Dos problemas de una importancia capital están constantemente planteados frente a la conciencia del Católico. Uno atañe a su vida interior y moral: como miembro de la Iglesia tiene una fe que conservar, un dogma que conocer, ritos y mandamientos que observar, virtudes que poner en práctica y, sobre todo, una llama espiritual que alimentar. El otro atañe a su vida exterior y social: como miembro de una ciudad terrestre debe comportarse al igual que cualquier otro buen ciudadano y cumplir con sus deberes hacia la comunidad y hacia el Estado, pero con una sobrecarga, con un acrecentamiento particular de las dificultades, dado que, siendo cristiano, necesita confrontar y poner de acuerdo las exigencias de su conciencia social con las de su conciencia religiosa.

El problema de la vida interior

Y es ciertamente incontestable que el más grave de los dos problemas, o al menos el primero en el orden

del tiempo, es aquel de su vida interior. Quien no tiene frente a Dios la seguridad de la fe, la fidelidad de la práctica y la pureza del corazón, ¿cómo podrá servirse de un espíritu del cual carece para inspirar su conducta entre los hombres? Más aún, ¿con qué derecho podría sin una cierta hipocresía noble y, sin embargo, penosa, testimoniar en favor de este espíritu? Se conoce la respuesta de Brunetière a quien se asombraba de que su conversión al catolicismo, puramente política y literaria, no trajera de su parte ninguna adhesión a los dogmas y ninguna práctica religiosa: "Por favor, no mezclemos las cuestiones". Barrès, el elocuente defensor de las iglesias de Francia, respondía en igual forma a Jaurès, quien lo conjuraba a que por fin se decidiese a comulgar: "No es ésa la cuestión". Ahora bien: es ésa precisamente la cuestión. El mundo no será devuelto a Cristo por estos Cruzados que sólo llevan la Cruz impresa en su coraza. Moralistas dogmáticos que edifican sobre el atrio de la Iglesia una tribuna para pronunciar discursos, en donde se prueban sabiamente los beneficios sociales y las ventajas nacionales del catolicismo, o bien poetas inspirados que suben a escena para cantar bellas romanzas de fidelidad a la religión de nuestros padres. . . No; la Iglesia no ha de esperar su salvación de estos políticos o de estos estetas que invitan al pueblo a reintegrarse a su nave mística, pero sólo se dignan entrar a ella con el pensamiento o con los sueños.

No ignoro los servicios que estos Cristianos aparentes a veces prestan a la causa de la Verdad. Sé que algunos sólo retardan los gestos perfectos de la fe por escrúpulos de probidad o dificultades morales cuyo único

juez es Dios. Pero se puede afirmar sin temor: el servicio de estos testigos incompletos no es eficaz a Cristo sino en la medida en que un soplo auténticamente cristiano haya tocado, aún fuera de una adhesión formal, su pensamiento y su corazón. También para ellos, por lo tanto, el problema interior, personal y espiritual es el primero.

El problema del comportamiento social

Mas no es el único problema y no excluye el otro: el del comportamiento social. Resuelto con felicidad, todavía deja al Cristiano, frente a todas las cuestiones que podríamos llamar técnicas de su vida ciudadana, provisto de principios y desprovisto de soluciones. Lo deja vacilante y expuesto a equivocarse su conducta. León Bloy tiene razón al afirmar que toda nuestra desgracia consiste en no ser santos. Pero aunque fuésemos santos no sabríamos, por una gracia llovida de lo alto, cuál es para nuestra ciudad terrestre, en las condiciones de tiempo y de lugar en que se encuentra, el estatuto económico más equitativo y la línea política más justa. O mejor dicho no seríamos santos si, dándonos por contentos con una cierta fidelidad de práctica, una cierta serenidad de alma y un cierto orden puramente interior, nos desinteresásemos del bien común; si esperásemos, para servirlo, una suerte de revelación sobrenatural de las vías y medios que la Providencia ha querido que conociéramos por el uso natural de nuestra razón. Con mayor motivo estaríamos lejos de ser perfectos si, profesando de la boca para afuera y haciendo los gestos de una religión que coloca

en la cumbre de su moral las virtudes de justicia y caridad, no nos preguntáramos constantemente cuáles son las exigencias que ella nos impone en nuestra vida ciudadana, donde esas virtudes encuentran naturalmente su empleo.

El sistema de los tabiques herméticos

Y no se crea que me divierto en imaginar hipótesis arbitrarias. No es exagerado considerar esta separación de la moral personal y de la moral social en las conciencias religiosas como un accidente histórico, del que todos los siglos suministran ejemplos, pero que fué particularmente frecuente durante el siglo pasado. En efecto, se ha visto el poder económico y la influencia social pasar a manos de una clase que, después de algunas vacilaciones y a despecho de algunas excepciones, se ha erigido en bastilla del catolicismo. En tanto que la irreligión ganaba rápidamente terreno en las masas populares, la burguesía, en su conjunto, ha dado pruebas de una gran fidelidad ritual, e incluso digamos espiritual para no menospreciar el peso cristiano de una devoción minuciosa y sincera. Pero entre los más fieles, o aun entre los más devotos, pocos fueron los que pensaron en confrontar las exigencias de su fe con las condiciones de su actividad económica y en tomar, con respecto a los negocios de su ciudad, una actitud conforme al espíritu de su Iglesia. En síntesis, pocos fueron los que prolongaron su vida de oración en su vida social. Comprendo que la traición fué inconsciente en la mayoría de los casos y que ese banquero "bien pensante", tan piadosamente arrodillado en el escaño

de su parroquia, aceptó sin escrúpulos el acrecentamiento exagerado de su fortuna por haber omitido lanzar una mirada lúcida sobre la legitimidad de sus ganancias. Pero esta omisión era una grave falta; cuando una mano acaba de desgranar las cuentas de un rosario, es un gran escándalo que se muestre tan diestra como otra cualquiera para el manejo ilícito del oro, o se levante para asentir a una política de violencia. En fin, es una desgracia, y la causa del peor desorden, que los que se han declarado fieles frente a Dios carezcan de coraje o de clarividencia hasta el punto de mostrarse injustos frente a los hombres.

Importa que nosotros, los Católicos, examinemos siempre con atención escrupulosa el problema de nuestro comportamiento social. Bien digo *nosotros*, porque nosotros somos todos culpables, o al menos falibles, y las reflexiones que siguen tendrán no tanto el tono de un panfleto contra los errores de algunos, cuanto el de una meditación sobre los deberes de todos.

II

NI ESCLAVOS DEL MUNDO, NI AUSENTES DE LA TIERRA

Supongamos, en abstracto, una ciudad íntegramente cristiana, modelada por el Evangelio en sus leyes y en sus costumbres: todo el esfuerzo del Cristiano podría entonces dirigirse hacia su perfeccionamiento interior. Lejos de sentirse embarazado, sería más bien impelido por las inspiraciones del medio social: navegaría viento en popa.

La dificultad surge cuando el Cristiano debe vivir

y actuar en un mundo pagano, que no ha recibido el mensaje evangélico, o que lo ha extraviado. Existe entonces un conflicto latente entre la metafísica de su grupo humano y el de su familia espiritual, entre la moral de su siglo y la de su Cristo eterno, entre el Estado que quiere arrebatárle su alma para servirse de ella y la Iglesia que la retiene para salvarla. Si se piensa cuán raras han sido las eras y las naciones marcadas no sólo simbólicamente sino efectivamente por el signo de la Cruz, esta condición precaria y obsidional del Cristiano en tierra infiel parece ser, históricamente, la más normal; es, en todo caso, nuestra condición nacional y contemporánea.

Compréndase bien que el conflicto más agudo no se plantea exteriormente entre el Cristiano y el mundo, sino interiormente, en la conciencia íntima del Cristiano. Nunca han faltado fieles combativos, siempre prontos a fundar una liga de defensa religiosa, a luchar por la libertad de la enseñanza, a defender los derechos de la Iglesia contra el Estado laico; nunca han faltado partidarios valientes de Cristo y, aun cuando a veces se inclinen demasiado a cortar la oreja de Malco, deben ser felicitados por su celo. Más raras, infinitamente más raras, son las almas que, midiendo sobre ellas mismas las huellas de un paganismo circundante, piensan en defender la integridad de su conciencia religiosa contra las fuerzas adversas de su conciencia social. Al mismo hombre, por ejemplo, que olfatea a una legua de distancia las intenciones masónicas de una ley escolar, se lo verá aceptar sin escrúpulo los beneficios usurarios de una especulación bursátil o aprobar una política de violencia contra una ley internacional: las costumbres

y las ideas de su medio social hacen entonces ceder los preceptos y el espíritu de su comunión espiritual. Cuando la sociedad se ha tornado pagana en sus fundamentos y la civilización en su esencia, es menester que el Cristiano se cuide doblemente: porque no le basta querer evitar la injusticia, necesita también reconocerla, y es en su propia conciencia donde el bien y el mal han confundido sus fronteras.

Los dos errores

Tal es, precisamente, el primero y más grave error de comportamiento al cual, Cristianos aislados en tierra hostil, nos vemos expuestos: la traición espiritual, la dimisión frente al mundo. Error, por ejemplo, el de esos Católicos de profesión que practican sin escrúpulos las reglas de la "moral de los negocios", en tanto que esa pretendida moral, por admitida que esté socialmente, no implica menos la negación violenta de las virtudes cristianas de justicia y caridad. Error también el de esos Católicos tan perfectamente dóciles a la gran herejía moderna del nacionalismo que no conocen otra regla fuera del interés nacional, ni otro derecho que la fuerza militar, cuando piensan en su calidad de ciudadanos. Sobre otro plano y en otro sentido, error el de esos Cristianos, tan apasionadamente apegados a la idea democrática, que llegan a ofrecer a la democracia atea una colaboración sin condición y un amor sin reserva. En todos estos casos, la falta de la conciencia cristiana es patente e idéntica: consiste en desertar de su estructura espiritual por su estructura sociológica, en sentirse más solidaria de la sociedad en donde vive temporal-

mente que de la comunión a donde es llamada por la eternidad.

Existe, sin embargo, otro camino erróneo completamente opuesto al primero y, si se quiere, completamente honorable, puesto que no se emprende sin una intención de fidelidad. Pero esta fidelidad es tan exterior, tan miope, se adhiere tanto al cuerpo de la Iglesia, que termina por desconocer el espíritu y arriba a esta otra forma de traición: la ausencia social, la deserción de la tierra. Por escrúpulo de ortodoxia y por temor al contagio del mundo, nos atrincheramos en la Iglesia y nos negamos a la colaboración e intercambio normales con aquellos que componen nuestra ciudad terrestre sin compartir nuestra fe. Como es éste el escollo de las almas creyentes y de buena voluntad, insistamos un poco.

Habría que saber definir, con todos los matices del respeto convenientes, lo que podría llamarse "el espíritu de parroquia". Es el espíritu de esos Cristianos de fe viva y costumbres estrictas que no se encuentran bien sino entre ellos y se asustan de cualquier contacto con los incrédulos. Tal es su deseo de apegarse en cuerpo y alma a su comunidad espiritual que pierden el sentido de las demás comunidades o, para decirlo mejor, fuerzan a entrar en el cuadro confesional a todas sus actividades y relaciones sociales. A partir de entonces, no se limitan a ser buenos feligreses, mas se ingenian en ligar a su parroquia toda suerte de funciones civiles y administrativas: no solamente la escuela, lo que puede ser necesario en ciertos casos, sino también la educación física, los seguros sociales, los sindicatos profesionales y, de una manera más o menos oculta,

los organismos electorales. Es un hecho afortunado si, para completar la confusión, no tienden a realizar el esquema sociológico de tantas pequeñas ciudades en donde hay dos médicos, dos farmacéuticos, dos notarios, dos tenderos —uno para cada plan— y en donde damas piadosas creerían pecar contra el espíritu si comprasen un paquete de rábanos socialistas en el despacho del frutero francmasón.

Y no se crea que esta deformación estraga únicamente las costumbres: también se la encuentra en el nivel de la vida cultural, en espíritus —a menudo distinguidos— que quisieran ignorar por principio toda literatura o toda filosofía fuera de la católica, o ver una forma de herejía en el caso de un escritor católico que colabora en un periódico o en una revista no ortodoxos. Y entonces —no siendo menos política que teológica la noción de la ortodoxia— habrá un número mucho menor de personas para reprochar a François Mauriac el haber publicado una novela en *Gringoire*, que a Jacques Maritain el haber entregado un artículo a *Vendredi*.

Del pecado de exclusión

Ese formalismo, ese prurito de vivir separado de los impuros, de no osar jamás una mirada fuera del redil de las ovejas dóciles, ese temor del peligro y del movimiento, toda esa prudencia devota y toda esa clausura honesta, traen consigo dos consecuencias nefastas. En el orden social se superpone indebidamente la parroquia a la comunidad, se destruyen las fronteras naturales entre la sociedad civil y la sociedad religiosa, se mantiene una sorda guerra de religiones. En el orden

espiritual se favorece en los fieles un secreto orgullo, se priva de aire a la vida de caridad. Ciertamente debemos guardar puro el depósito de nuestra fe: pero si aun en las relaciones cotidianas y naturales de la vida social evitamos todo contacto con los incrédulos; si, crispados y replegados en nosotros mismos, hacemos que Cristo en nosotros sea tímido, exclusivo y hostil ¿dónde y cuándo trabajaremos para extender su reinado? Sí; en la Francia laica debemos tener una enseñanza cristiana: ¿pero eso acaso supone que miremos la enseñanza pública como inevitablemente corruptora, a sus maestros y profesores como a gente de mal tono y a sus alumnos como a necesarios pequeños granujas que por lo menos han de inspirar lástima, y hacia los cuales no debe descender la mirada pura de nuestros *Eliacinos*? Con este método, el catolicismo se inmovilizaría en un sistema hermético, la comunidad cristiana llegaría a cerrarse, la Iglesia sería como una plaza fuerte en la ciudad y los Católicos como un partido en el Estado. ¡Dios nos guarde de semejante desgracia! Que nuestro apego espiritual a la Iglesia no tome nunca la forma de una barricada política. Desconfiemos de ese reflejo de exclusión gazmoña y desdeñosa, tan frecuente en la burguesía católica, pero mucho más burgués que católico. En nuestra vida social, así como en nuestra cultura, cuidémonos de crear un particularismo católico, puesto que las dos palabras rechinan cuando se pretende unir las y puesto que la Iglesia no tiene por misión destruir el mundo, sino aportarle la Vida.

III

PEQUEÑO ENSAYO DE PSICOLOGÍA CATÓLICA

El Cristiano, en un siglo infiel a Cristo, se ve de esta manera expuesto a dos grandes errores de comportamiento: o traicionar por cobardía su comunión espiritual; o excluirse por exceso de prudencia, y a Cristo consigo, de su comunidad social. Notemos de paso que ambos errores, por contrarios que sean, pueden convivir en buena armonía. Entonces no se obtiene un resultado ciertamente bello. La renuncia a Cristo es un gran mal, y la clausura no es un bien ¹. Pero la renuncia a Cristo en estado de clausura, he aquí lo peor. Al expresarme así pienso en la facilidad con que a veces, fortificados en una fidelidad de práctica exterior o aun de devoción sincera, separamos orgullosamente a los impíos abriendo sin embargo nuestra alma a las impiedades del mundo. Tal buen Cristiano se creería deshonrado si estrechase la mano de un político anticlerical, pero dejará que malos reflejos sociológicos, pasiones nacionalistas o fraudes capitalistas falseen su propia conciencia. Tal otro, por prurito de integridad moral, creerá que debe afrentar públicamente a un divorciado; pero si lo exige el honor del mundo, pagará los testigos necesarios para engañar a los jueces y hacer declarar nulo el matrimonio de su hija. Así se salva la apariencia y se vive en regla, entre gentes honestas, sin inquietarse excesivamente de haber escandalizado, en

¹ Hablo, entiéndase bien, del cristiano en su siglo, y no del regular en el claustro.

el siglo mismo, a las almas rectas que juzgan por el espíritu . . .

Nada importa más que evitar estas faltas, tanto por la salvaguardia de nuestra pureza espiritual cuanto por la expansión conquistadora de la Iglesia. ¿Cómo evitarlas? Indudablemente eso supone, en cada uno de nosotros, una disposición interior que pertenece al orden de la edificación y de la santificación: diálogo profundo de la libertad y de la gracia, fuera del alcance de este estudio, y pienso que de todo estudio. Pero también eso supone una visión clara de nosotros mismos y un sentimiento de las inclinaciones habituales a nuestra conciencia religiosa; porque la vida moral del hombre, así como la del Cristiano, no implica jamás una libertad pura, una soberanía absoluta; implica, en cambio, una armonización de fuerzas, una flexión victoriosa de los motivos determinantes interiores. En nuestra manera habitual de pensar y de sentir intervienen fuerzas, tendencias, resistencias que proceden de nuestra religión, más o menos correctamente comprendida. Como es ventajoso que adquiramos conciencia de ellas, no resultarán inútiles las siguientes notas de psicología católica.

Algunos ídolos católicos: Orden, Autoridad, Tradición

Un primer punto: el Católico es de fisiología conservadora. Y eso se explica perfectamente: es esencialmente aquel que tiene algo que conservar. Se sabe el depositario de una fe fija, invariable; ha recibido la idea precisa de una moral que han definido, por todos lados, el Decálogo, el Evangelio y la interpretación de los concilios. No sin razón la Iglesia llama *fieles* a sus hijos:

les enseña, en principio, la virtud del respeto. Podría también llamarlos *dóciles*: exige de ellos que abandonen entre sus manos una parte de su libertad y de su sentido propio. Es jerarquía y autoridad, así como tradición y dogma.

Fidelidad, docilidad. . . ¿Cómo el Católico no habría de inclinarse a colocar también en el centro de su conciencia social estas virtudes tan arraigadas en el centro de su conciencia religiosa? Está demasiado en guardia contra las herejías para no desconfiar de las revoluciones; tiene en exceso el sentido de la continuidad y de la disciplina para tener el gusto de la rebelión y del cambio.

Agréguese a esto que la Iglesia es una potencia establecida: no se trata únicamente de la invariabilidad de su depósito espiritual; también las necesidades de su afincamiento temporal la obligan a echar sólidos cimientos en el siglo y, por consecuencia, a sustentar las potencias del siglo. Así le sucede —por una necesidad de la cual sólo habrán de asombrarse aquellos que no tienen el sentido de las condiciones humanas— sostener ciertas formas de la sociedad cuyo espíritu desapruueba, pero cuya masa presta un punto de apoyo útil a su arquitectura terrestre. ¿Cómo entonces el fiel, en presencia de un régimen político o social dado, no se inclinará a soportar el orden, e incluso el orden puramente exterior, si la Iglesia ha podido insertar en él sus instituciones? El fascismo mussoliniano, en tanto que filosofía política, está condenado; pero en tanto que sistema político ofrece a la Iglesia condiciones de existencia que el régimen subsiguiente no le ofrecerá sin duda: y he aquí a los católicos italianos conducidos a defen-

der el orden fascista. En igual forma, las encíclicas denuncian vigorosamente los abusos del capitalismo; pero en las fuerzas capitalistas la Iglesia encuentra un apoyo que le negaría una sociedad comunista: y he aquí a los Católicos de todos los países, aun a los más íntimamente persuadidos de la injusticia capitalista, conducidos a un cierto reflejo conservador por la preocupación del justo interés temporal de la Iglesia.

Así, por razones atinentes al espíritu o al cuerpo de la Iglesia, parecería que un pensamiento católico sea aquel en el cual la idea revolucionaria experimenta mayor trabajo en germinar. Tradición, autoridad, orden, serán palabras ante las que un Católico estará siempre inclinado a estampar su firma. Siempre habrá de interesarle y de parecerle de su familia un escritor que le traiga estas palabras, ya venga como Comte o Maurras de las secas colinas de un positivismo apolíneo, justificando sus ídolos en nombre de la Razón, ya venga como Taine o Barrès de la selva profunda de un naturalismo dionisiaco, justificándolas en nombre de la Vida. Y siempre su primer movimiento lo acercará hacia un régimen tradicionalista y autoritario, antes que crítico o liberal. Y siempre estará tentado de usar la palabra *orden*, desde que advierta una tranquilidad y una disciplina exteriores, habituado como se halla a reverenciar en su Iglesia una armonía visible, una jerarquía sagrada.

Algunos, creyentes o incrédulos, que colocan en primer término los valores espirituales, quizá juzguen que esas direcciones comportan un testimonio grave y una confesión imprudente contra el espíritu mismo del catolicismo: que se tranquilicen, o que no se apresuren en

triunfar. Sin duda acabamos de descubrir una pendiente peligrosa de la conciencia católica. Pero sólo arrastra a las catástrofes cuando se sigue durante mucho tiempo: hasta un cierto punto, marcha en el sentido de la verdad. Porque es una verdad, contra todas las ilusiones de un idealismo profético y contra todas las pretensiones de un racionalismo de geómetra, que la sociedad no puede ser demolida y reconstruída por cada generación, que la sociedad no persiste sin una autoridad y que los hombres son demasiado ruines para prescindir de una vigilancia. Son condiciones necesarias de toda política viable el sentimiento del peso de las cosas, el respeto a la tradición, la preocupación del orden público. Mas cuando la sana desconfianza de las usurpaciones del espíritu lógico y crítico llega hasta desvalorizar la inteligencia constructiva en provecho del instinto conservador; cuando la aceptación sistemática de las cosas ya establecidas impulsa a la traición de los valores espirituales comprometidos; cuando la noción del orden se define por una inmovilidad impuesta de afuera y no por un equilibrio interior, entonces se ha pasado la frontera que separa la verdad del error, y es una tierra de traición la que comienza.

Nuestros fieles deben temer ese peligro. Allí radica nuestro vicio psicológico, nuestra predisposición hereditaria. Pero digamos también que ese vicio y esa predisposición, lejos de traer por resultado efectos necesarios, sólo los producen en la medida en que el individuo transgrede las leyes más imperiosas de su moral. Si bien es cierto que un Católico se halla siempre expuesto a idolatrar la tradición, la autoridad y el orden, no lo es menos que esta idolatría supone una falta a las

reglas de su teología y al espíritu de su Iglesia. La teología católica afirma con sobrado brillo la existencia de una verdad absoluta y la primacía de la justicia, reivindica con sobrada altivez la libertad espiritual de la persona humana contra el peso del poder civil, para profesar que toda autoridad sea buena, toda tradición digna de ser inmovilizada, todo orden digno de ser defendido. “Uno puede esforzarse en imponer a las sociedades humanas un orden facticio que no respete el destino de las personas humanas”, escribe el Abate Lallement. “Ese orden es, en verdad, un desorden. Está en desarmonía con el conjunto del mundo espiritual y de todo el universo”. El verdadero orden de la sociedad es aquel que “se realiza no sólo por la armonía de los diferentes trabajos, sino principalmente por la justicia y la caridad”¹.

Justicia y caridad: en efecto, nunca cesemos de pensar que catolicismo es cristianismo. Si la Iglesia y el Evangelio son distintos, lo son como el Cáliz y la Sangre, como el cuerpo y el alma. Arrojemos de nuestro espíritu hasta el recuerdo de esa idea impía, cara al positivismo maurrasiano, de que la Iglesia y el Evangelio serían distintos cual dos poderes que se oponen, como si el sitial de Pedro no tuviese por misión conservar, sino ahogar el mensaje de Cristo. El catolicismo es el cristianismo establecido: si en tanto que establecido da a los espíritus el sentimiento de las cosas concretas, coherentes y durables, en tanto que cristianismo alimenta en las almas una sed de equidad y de amor que sólo puede ser apaciguada cuando llegue el reino de Dios. El fiel, si quiere serlo en el pleno sentido del

¹ *Principios católicos de acción cívica*, Cap. 5.

vocablo, es por principio y por vocación un sublevado.

Puede que la composición de ambas tendencias incline habitualmente al Católico en el sentido de la prudencia reformista más bien que en el de la intransigencia revolucionaria. Allí también radica un mal, si reformismo significa aceptación pasiva de los malos principios, retroceso amedrentado ante las violencias necesarias. Pero quizás sea un bien si reformismo significa imperiosa voluntad de realizar, en cada momento, todo lo que permiten realizar de justo las condiciones de la vida: tal es, creo, la verdadera fórmula de la política de la Iglesia, que no quiere la inmovilidad en el desorden ni el desorden en el movimiento. En todo caso, importa comprender que el empirismo puro, la perezosa resignación a pretendidas fatalidades históricas y la actitud sistemáticamente conservadora que de allí se desprende, son traiciones para el Cristianismo. Si leemos a los teólogos autorizados ¹, en lugar de leer a los novelistas bien pensantes, llegaremos incluso a saber que, frente a una violación manifiesta de la justicia por las leyes establecidas y bajo ciertas condiciones de prudencia y caridad, la *insurrección* puede convertirse en un derecho y en un deber.

De un abuso de la certidumbre

El apego excesivo a las formas heredadas del pasado no es el único inconveniente al que la posesión del dogma expone a la inteligencia católica: debe señalarse, en un sentido convergente, el peligroso abuso de la certidumbre.

¹ Por ejemplo, el artículo "Insurrección" del *Diccionario apologético*, escrito por el P. de la Taille.

Sucede exactamente lo siguiente: poseyendo, en el orden de las creencias religiosas, de las afirmaciones metafísicas y de las reglas morales, una Verdad colocada por encima de toda discusión, el Católico experimenta tentaciones de extender su certidumbre a zonas de su pensamiento en donde está sujeto al mismo error que otro cualquiera. De ahí, muy a menudo, en sus libros y periódicos, esa tendencia a disminuir las dificultades; de ahí también esa actitud sistemáticamente crítica con respecto a los espíritus irreligiosos —como si un filósofo ateo o un economista protestante estuviesen fatalmente condenados a no decir nada justo— e inversamente esa apología continua, esas alabanzas untuosas para los correligionarios, como si un Católico rotulado estuviese garantizado contra toda falta de juicio y de corazón, no pudiendo escribir un mal libro, ni aconsejar una mala política, ni obedecer a una mala pasión.

“A veces tropiezo con cristianos de calidad: no los encuentro modestos”, suspiraba un día Georges Duhamel. Es imposible imaginar, en efecto, hasta qué punto puede impacientar y alejar a los demás esa tranquilidad de alma, esa atmósfera de satisfacción perpetua dentro de la cual viven los hombres piadosos y esos intercambios de incienso que se tributan entre sí. Ya tenemos una consideración importante que debiera incitarnos, por lo menos, a la humildad de maneras. Pero hay otra más esencial y que exige imperiosamente de nosotros la humildad de pensamiento: el contento de sí obtenido a poco precio, la negativa a situar los problemas sobre sus planos respectivos y el desconocimiento de nuestras debilidades naturales causan graves perjui-

cios al espíritu, perturbando el progreso interior de cada uno y quitando a la comunidad de los fieles toda probabilidad de una reforma espontánea.

Ahora bien, debemos ponernos de acuerdo: sólo abusivamente, por una usurpación en la cual conspiran la falta de juicio y el impulso del orgullo, puede el Católico pasar de la certidumbre de la fe a esa paz ilusoria y a esa falsa satisfacción del espíritu. En el examen de los problemas filosóficos y en el conocimiento del hombre y de las sociedades humanas, la posesión de las verdades reveladas comporta indudablemente el avance precioso que implica un justo punto de partida, pero no constituye una garantía contra los errores del trayecto y no basta para proteger el razonamiento contra los sofismas que lo tergiversan y las incitaciones del amor propio que lo extravían. Por lo demás, no da respuestas explícitas a todas las cuestiones que el espíritu humano es llamado a plantearse naturalmente y, si puede decirse, providencialmente: una vez afirmados los artículos del *Credo* católico desde el fondo del corazón y con la plena adhesión del espíritu, quedan las obscuridades de la metafísica, las dificultades de la exégesis, las incertidumbres de la historia, los abismos del corazón humano, la red inextricable de los problemas sociales, rutas sombrías por las cuales el espíritu avanza titubeando y en donde el Cristiano debe reconocerse solidario de la humana debilidad. Aun debe, en una cierta medida, reconocerse solidario de los esfuerzos de aquellos que buscan con una falsa luz, porque, como bien lo ha dicho Pío XII "siempre ha estado en los designios de la Providencia divina obtener el bien del mal. Cuando permite que las falsas doctrinas se yergan con-

tra la verdad católica es siempre con el designio de que a la postre, la verdad resplandezca con un nuevo brillo y los fieles despierten de su letargo y se esfuercen en alcanzar mayor perfección y santidad”¹. Un Karl Marx, un Romain Rolland, un André Gide se han descarriado, pero no seamos menos atentos a las parcelas de verdad que nos aportan entre sus mentiras y humillémonos en nuestro dominio, allí donde hubiésemos podido encontrarlas. . .

El Católico no ha de excluirse del vasto campo donde los espíritus cavilan en la duda. Lejos de afirmarse dueño de todas sus vías y seguir con una mirada un poco desdeñosa a los que buscan por otras rutas que no son la suya, debe ser humilde consigo mismo y dispensar a los demás la caridad de la inteligencia. Y no crea en absoluto que esta modestia sea una dimisión. Presta mayor servicio que no importa qué suficiencia obtenida ficticiamente de la verdad cuyo depósito tiene. ¿Sabéis por qué un Mauriac ha conseguido, de parte de los incrédulos, una audiencia simpática y edificante que le fué siempre negada a un Bourget? Porque allí donde Bourget sólo mostraba Católicos inflexibles y triunfadores², Mauriac ha osado pintar almas creyentes con todas sus flaquezas, miserias y desgarramientos, y ese canto ansioso en torno al drama de la salvación emocionó a las almas que habían permanecido sordas a los más magistrales discursos acerca de las ventajas sociales de la fe.

¹ Quas arcanas.

² Salvo, quizá, en *Le Démon du midi*, que de todas sus novelas es también la que admiran menos los Católicos, pero la única que haya gozado del favor de un público vasto.

No temamos desarrollar el espíritu crítico en nosotros y contra otros: nada puede temer una religión que conserva la confesión entre sus sacramentos. Hasta osemos conservar en el seno de la Iglesia una actitud autocrítica: si hay abusos que proscribir o escándalos que denunciar, no esperemos que los incrédulos sean los primeros en advertirlos. Y que aquellos con afición a esta vocación purgadora cuenten de antemano con la ingratitud. Antes dije que los Católicos se inclinan a aprobar todo lo que hacen los Católicos. Hubiera debido precisar mi pensamiento: al menos, los que profesan que los Católicos tienen siempre razón. En cuanto a los malos muchachos preocupados en cambiar algunas viejas costumbres, a éstos se los excluye por lo general de los honores del incensario de acuerdo a una excepción que confirma la regla. Tanto peor para ellos, y tengo la convicción de que tanto peor para todo el mundo.

Si nos hacemos una idea más justa de la naturaleza de la Iglesia, si pensamos que, aunque infalible en su doctrina y santa en el cumplimiento de su misión, no garantiza la impecabilidad de sus hijos ni de sus ministros, no habremos de esperar todo apercebimiento de los golpes del adversario y seremos los primeros en reconocer y censurar nuestras culpas. Esta actitud resultará provechosa. No disminuirá nuestro respeto y amor hacia la Iglesia. Sabremos, en cambio, dónde radica su verdadero milagro. Si todo en ella fuese perfecto, la prodigiosa aventura de ese barco atravesando eternamente las tempestades asombraría a los ojos sin confundir a la razón. Pero que esta nave conducida por nuestros débiles semejantes, fabricada con la madera

de nuestros bosques, que hincha al viento el lino y el cáñamo de nuestros campos; que esta hermana aparentemente terrestre y humana de los imperios que zozobran sea la única en resistir y levante todavía su proa sobre el tiempo, he aquí algo que desconcierta a la razón y afirma a la fe: no es absurdo pensar que un tesoro divino le haya sido confiado, y que sólo por ella brilla en lo alto del cielo una estrella que no nos engaña.

De un cierto desprecio por la técnica

Así como hay para el pensamiento certidumbres abusivas, puede haber para el corazón un exceso de quietud, y de allí graves males derivan y se infiltran en la conciencia religiosa.

No hablemos de los males espirituales: se trata en ese caso de la vieja querrela teológica del quietismo y es Bossuet quien tiene razón. Si cometemos el error de creer que nuestra fe y aun nuestra piedad nos vuelven inaccesibles al pecado, resulta por demás evidente que habremos de ceder a todas las desviaciones de las falsas místicas. El *ama et fac quod vis* es sin duda la fórmula soberana de la santidad, pero a condición que este amor no purifique los actos —porque el mal es siempre el mal—, sino la voluntad. Fortalecida por el amor, la voluntad tiende exclusivamente al bien. No obstante, siempre subsiste la necesidad de un acto de la razón para distinguir en toda circunstancia el mal del bien, y de un esfuerzo moral para sólo hacer el bien. El Cristiano continúa siendo falible en este doble ejercicio. Debe, pues, permanecer alerta y orar.

Pero muchas almas piadosas, lo bastante instruídas de su catecismo para no creerse fuera de todo peligro en su conducta moral, perderán esta sana prudencia desde que se trata de su conducta práctica. Entonces, de una manera más espontánea que reflexiva, imaginarán voluntariamente que sus buenas disposiciones interiores les bastan para comportarse bien en su vida cívica y social. Si tienen conciencia de un cierto desorden establecido y de la necesidad de un cambio, se dejarán llevar naturalmente hacia las aguas calmas y transparentes de la revolución espiritual. Dirán que lo único importante es transformar al hombre, y trabajarán en pro de su edificación interior y de la de sus amigos cercanos, persuadidas que el mundo será necesariamente armonioso cuando todos los corazones sean puros. En síntesis, así como existe un quietismo del teólogo que ignora la moral en provecho de la mística, existe una forma de quietismo político, que desdeña la técnica en provecho de la moral.

Error manifiesto: es sobrado evidente que en nuestra conducta práctica interviene principalmente la virtud de la prudencia, la cual no es sólo rectitud de la intención y posesión de los principios, sino rectitud del juicio y conocimiento de lo concreto: nada podrá reemplazar a la competencia y la información. Error penoso de combatir, no obstante, a tal punto contiene una parte esencial de verdad. Sí; es absolutamente necesario modificar las almas, y toda transformación técnica de las condiciones sociales será vana si no la completa una transformación espiritual de las personas: porque no está en el orden de los cuerpos producir necesariamente el orden de la caridad, y la mejor consti-

tución política, así como las mejores instituciones económicas, está predestinada a la corrupción si los hombres que usan de ella no saben primero usar de su libertad ¹.

No omitamos jamás recordar esta verdad resplandeciente a los revolucionarios ingenuos que pretenden racionalizar el mundo sin preocuparse de limpiar los corazones. No omitamos tampoco rectificar el error inverso allí donde lo encontremos: porque así como no basta la armonía exterior de la sociedad para producir necesariamente en cada persona un orden interior, a la inversa no basta que seamos personalmente justos para practicar la justicia, si es malo el mecanismo de la sociedad en donde actuamos. Incluso es éste el aspecto más trágico del desorden capitalista: lo vemos engendrar constantes iniquidades aun contra la voluntad de aquellos que sobre él reinan, la cual puede continuar siendo recta y buena. Es muy probable que todos los que nos atacan, los fabricantes de armas, los especuladores en dinero, los explotadores de hombres, sean en su mayoría personas honestas, y a veces Cristianos sinceros. Y, no obstante, ayudan a consumir obras impías y están cubiertos de escándalo, porque trabajan dentro de un orden reprobado. ¡Ay de ellos si no llevan al menos, prendida en el fondo de sus corazones,

¹ "Los expertos en ciencias sociales piden a grandes gritos una racionalización que restablezca el orden en la vida económica. Mas este orden continuará necesariamente incompleto hasta tanto todas las formas de la actividad humana no conspiran armoniosamente en el orden perfecto... que coloca en Dios el término primero y supremo de toda actividad creada y sólo aprecia los bienes de este mundo como simples medios de los que hay que usar en la medida que conducen a este fin."

la espina de la inquietud! En cuanto a nosotros, sepamos que nuestra buena voluntad nada soluciona si se complace en ella misma y se rehusa a los peligros de la acción.

Se repite el famoso dicho de un incrédulo: "Si todos los Cristianos de nombre lo fuesen de corazón, terminarían las cuestiones sociales". El racionalista que lanzó esta cómoda fórmula ¿sospechó deslizarse en abismos místicos a los que ningún buen teólogo quisiera seguirlo? Aunque el día de mañana sólo hubiera Cristianos de corazón, la cuestión social no quedaría resuelta, ni la cuestión económica, ni la cuestión política. No niego que toda sería fácil de hacer, pero nada sería resuelto por nosotros, personas encarnadas, destinadas a realizar la justicia en un mundo carnal. Aún necesitaríamos observar las cosas, criticar las ideas, razonar sobre los hechos, proponer planes y construir; necesitaríamos pasar de la moral a la técnica. Que todos los Católicos lleguen a ser buenos cristianos; sí, ésa es la exigencia primera para ellos mismos, huelga decirlo, y para el orden de la ciudad. Mas para cumplir este orden e incluso para obtener de una manera segura su salvación, no basta con que sean piadosos: todavía es menester que sean inteligentes. Aquellos que se interesen en su favor, no deben omitir de rogar porque esta gracia les sea concedida.

Caracteres y diálogos

Quizás estos análisis de psicología colectiva parezcan abstractos y sistemáticos. Que me sea permitido ilustrarlos de una manera concreta y viviente con

los caracteres de algunos de mis amigos. Cada uno de estos caracteres, a guisa de introducción, llevará como epígrafe algún texto aurizado cuya meditación le convenga.

TEODULO o la fidelidad burguesa

“La más eminente sabiduría antigua ya había advertido que la felicidad no es posible en la Ciudad sin la amistad... Por la amistad las ciudades se conservan... El más elevado papel de la justicia parece consistir en conservar y restablecer la amistad.” — *Abate Lallement*, con arreglo a Aristóteles y a Santo Tomás.

Apuesto que ustedes conocen a mi amigo Teódulo. No hay hombre más honrado ni mejor feligrés. Quiere a su cura párroco, admira a su obispo, no deja de sonreír ante las frases agudas del vicario general. Protector de la escuela libre, miembro activo de la Federación Nacional Católica, lector del diario “bien pensante”, sostiene con su voz y sus subsidios al buen candidato y aprovecha toda ocasión para denunciar a la masonería. Su mujer, dama patrocinadora, hace obras piadosas; sus hijos, bajo el sombrero “scout”, forman parte del servicio de orden voluntario en las kermeses anunciadas desde el púlpito en el sermón parroquial, y sus hijas representan comedias decentes. De costumbres regulares, sólo frecuenta “gente bien” y se muestra severo con los pecadores públicos. Circunspecto en sus lecturas, le perdona a Bourget la audacia de sus temas en razón de la seriedad de sus tesis, pero encuentra que Mauriac es muy malsano. Y los

más grandes filósofos no le parecen considerables hasta el día en que alguien le dice que están a punto de convertirse.

¿Burlarme de Teódulo? Lo amo demasiado para eso, y demasiado a menudo su piedad tiene ocasión de edificarme. Justamente porque lo amo y lo estimo quisiera verlo más perfecto, evitando faltas que sin duda son el reverso de sus virtudes, pero que no dejan de falsear su conciencia y crean malentendidos por los cuales la Iglesia sufre. Hace bien en venerar su parroquia y a sus pastores, en frecuentar a sus hermanos cristianos, en honrar la conducta regular, pero con respecto a los pecadores o aun a aquellos que, como él dice, “no están de su lado”, ¿por qué esa rigidez acompasada o esa unción secretamente desdeñosa? ¿Quién llevará las palabras de verdad a los infieles, si los fieles viven en clausura? Querido Teódulo, ¿sería usted de los que se escandalizaban al ver a Cristo comiendo en casa del publicano? Tiene usted razón de elegir sus lecturas y preferirlas piadosas y honestas ¿pero debe usted ignorar, por principio, el arte y la cultura de su tiempo? ¿Debe usted rehusar su mirada a las vislumbres confusas de verdad y belleza que atraviesan la prosa de un autor incrédulo y, sobre todo, debe usted rehusar su audiencia a la voz de su secreta inquietud? ¿Necesita usted excluirse de la sociedad natural de los espíritus? ¿Y cómo quiere usted trabajar, por poco que fuese, en la conversión del mundo, si comienza desconociendo y despreciando el pensamiento?

Es grande su fe, Teódulo, y mucha su virtud. Usted se sabe instalado en la verdad y en la gracia, y contempla con lejana conmiseración a los que se encuentran

fuera de ellas. ¡Pero qué mal sabe usted su catecismo! ¿Quién puede estar seguro de hallarse en estado de gracia y de la ausencia de gracia en su vecino? ¿Quién le ha dicho a usted que la devoción comporta un don de infalibilidad y un privilegio de naturaleza en las ciencias, las artes y las técnicas? ¡Ah! Quisiera verlo a usted un poco más inquieto, a fin que fuese un poco más humilde. . .

También quisiera verlo más perfectamente fiel no sólo al interés político de la Iglesia, sino a su enseñanza. Porque, después de todo, lo apruebo cuando quiere instalar elegidos católicos en el Concejo municipal de su comuna y en el Parlamento de su país. Pero cuánto más lo aprobaría si, no contento con una simple profesión de fe, no dejase usted pasar frecuentemente, bajo una etiqueta del color adecuado, un programa en el cual se ofende al espíritu del Evangelio. Usted quiere por doquier bellos colegios católicos. ¡Perfecto! ¿Pero tiene usted la certidumbre que la enseñanza allí impartida no cede demasiado a los prejuicios sociales de su clientela? Bien veo que usted no saluda al maestro laico —eso es ya lamentable—, pero almuerza con su agente de cambio, quien le suministra buenas recetas para sacarle el jugo a su dinero: ¿no sabe usted que ése también es un enviado de Satán?

FILOMACO o la virtud militar

“Combatir por las armas puede alguna vez ser necesario. Nunca es posible sin producir una suma enorme de calamidades, sobre todo con los grandes progresos de la ciencia militar, la inmensidad de los ejércitos actuales, las multiplicadas maquinarias de muerte”. — *León XIII*

Filomaco tiene prestancia, habla fuerte y atusa un bigote belicoso. Si el interés y el honor de su familia no lo hubiesen condenado a hacer fortuna en los negocios, hubiese sido un militar admirable, un gran coronel. Es, al menos, capitán de la reserva, y marcha a un paso cadencioso, como si a todas partes lo acompañasen los tambores y clarines que tan sólo él escuchara.

Nutrido de sanas lecturas, Filomaco jamás encuentra el ejército suficientemente numeroso, los cañones suficientemente gruesos, las fronteras suficientemente fortificadas, y no cesa de denunciar la incuria y a veces la alta traición de un régimen que apenas adjudica, cada año, doce o quince mil millones a gastos militares. Es verdad que nunca deja de escudar sus quejas o sus exigencias bajo la autoridad de la sabiduría de las naciones —como él dice— y citar el aforismo célebre: *Si vis pacem para bellum* —porque sabe latín. ¿Es la paz lo que desea? Lo piensa de buena fe. Pero sospecho que se engaña a sí mismo. Ha hecho la guerra con ardor y coraje, de eso debemos alabarlo, mas no la odia: en el fondo de su corazón la ama, la admira y únicamente venera las virtudes que ella exalta.

Por lo demás, en su corazón generoso, Filomaco no

separa la espada y la cruz, el culto del Ejército y el amor a la Iglesia. Rinde a Dios los honores debidos a un gran generalísimo, cuyos pueblos cumplirían su voluntad soberana organizando las guerras como amplias maniobras bien ordenadas. Habiendo oído decir que el verdadero cristiano es el soldado de Cristo, *miles Christi*, ha deducido que sólo los militares son buenos cristianos, y cree sinceramente que es necesario ser francmasón para pensar que la paz puede fundarse de otra manera que sobre las armas. Sólo reza a los santos con casco: su mayor goce místico lo siente el día de Juana de Arco, cuando las trompetas de caballería, introducidas en la iglesia, hacen temblar las bóvedas tocando el ¡*alerta!* en la elevación. Se lo asombraría, sin duda, al recordarle que Juana de Arco no es santa por haber dado grandes golpes con su espada, mas por no haberla levantado sino en nombre de la justicia y, sobre todo, por haber llorado, la víspera de sus batallas, ante los pecados de los ingleses.

Una mañana que los diarios ostentaban en gruesos titulares un “hecho consumado” del señor Hitler, encontré a Filomaco. Filomaco resplandecía de gozo. —Y bien —exclamó triunfante— ¿no tenía yo razón? ¿Dónde está su paz fundada sobre el derecho? ¿Dónde están sus quimeras ginebrinas? Alemania desgarró los tratados. Francia, en adelante, no debe contar sino con sus alianzas y su ejército. ¿No lo hemos dicho bastantes veces? ¡Cuántos años perdidos en música sentimental! Volvemos al buen sentido. . .

No respondí. Los tiempos actuales son demasiado bárbaros, ¡ay!, para que sea fácil probar a los violentos

que están equivocados: los hechos parecen clamar en su favor. Filomaco continuó:

—¿Leyó usted el discurso de Mussolini? “Nuestra voluntad de paz se apoya sobre algunos millones de bayonetas de acero”. He ahí cómo habla un hombre de Estado. ¿Se lo confesaré? En el fondo, comprendo a Hitler: es un patriota, un jefe. Sabe que una nación únicamente puede salir de la derrota por un golpe de fuerza. Representa su papel: ahora nos toca representar el nuestro. Nos da una lección.

—Filomaco —dije al fin—, creo que amo a mi patria más que usted. Una nación no es sólo una frontera: es una misión. Para querer que Francia se salve no basta querer que su frontera permanezca intacta, sino que su misión se cumpla. Y Francia no será Francia si, entre los tumultos, las tiranías y las violencias de estos tiempos, no hace escuchar una voz un poco razonable, pacífica y cristiana. Sí; Francia será menos digna de ser amada y defendida en caso de pensar como tantos otros pueblos, es decir, Filomaco, en caso que todos los franceses pensasen como usted. . .

¡Me hubiera gustado tanto verlo a usted hoy un poco triste! Usted sufre menos por la crueldad de los acontecimientos de lo que se alegra por haberlos visto. ¿Crueldad? ¡Qué digo! Sólo cuando los pueblos depositan su confianza en las armas le parece a usted que todo entra de nuevo en el orden y es entonces cuando habla de buen sentido. La locura, según usted, consistió en creer posible la razón. Quizá no se equivoque usted al ser escéptico, ¿pero cómo triunfar sin tristeza? ¿Cómo puede asistirse gozoso a esa gran bancarro-

ta humana de la postguerra: el fracaso de los pueblos para armonizar dentro del Derecho?

¡Oh!, ciertamente, le es a usted muy fácil abrumarse. En la práctica, concluyo con usted que necesitamos alianzas y soldados. Pero lo que acepto como fatalidad provisoria, no lo acepto como una razón eterna: me queda una angustia y una esperanza. Sin nuestra angustia y nuestra esperanza ¿adónde irían a parar, en el día de hoy, el espíritu francés y el alma de la cristiandad?

GODOFREDO o las fuerzas espirituales

“...El hecho monstruoso, y no obstante nada raro, de que los hombres que hacen profesión de católicos tengan una conciencia en su vida privada y otra en su vida pública...”

Pío XI. Carta al Patriarca de Lisboa

Godofredo es partidario de las fuerzas espirituales. Se siente tranquilizado desde que encontraron nuevamente su lugar en el vocabulario de las ligas y aun de los partidos. “La República desconoció las fuerzas espirituales: como ha dicho el señor Tardieu, ha llegado el momento de revalorizar el espíritu”. Godofredo gargariza con estas bellas frases y se cree una cabeza política. La palabra “mística” tampoco le disgusta. “Con una mística y no con una doctrina —dice— es como se hacen las revoluciones; ahora bien, yo soy revolucionario”. De hecho, concurre a toda manifestación, desfila, canta, aplaude. Sus amigos lo señalan admirablemente devoto a su causa. Nada de eso me sor-

prende en Godofredo: juntos estábamos en el colegio y lo he sabido siempre generoso y perezoso.

Quisiera saber, no obstante, lo que entiende por "fuerzas espirituales". Al principio, en mi candor, creí que era el amor intransigente de la justicia, la afirmación de la primacía del derecho. El día en que un autócrata extranjero, desgarrando tres o cuatro tratados solemnes, decidió colonizar por las armas un pequeño Estado soberano: —Y bien, mi querido Godofredo —le dije—. ¡En qué mundo vivimos! Ya no hay más honor, ni firma sagrada; la ley de la selva reina en todos los pueblos. . .

—¿Cómo? ¿Cómo? —me interrumpió—, ¿no se diría que cae usted en las pamplinas de Ginebra? ¿Es usted ciego hasta ese punto? ¿No ve usted, acaso, bajo esa ola de idealismo hipócrita, la conspiración de la ciudad de Londres y de la francmasonería? Italia es un gran pueblo que corta su derecho con el filo de su sable: así se han edificado siempre los imperios. Por lo demás, es un pueblo amigo: no tenemos nada que decir. . .

Desde entonces presentí alguna mancha de materialismo en el idealismo político de Godofredo. Pensé al menos que, entre las fuerzas espirituales, podía colocar todavía el amor de los hombres y el respeto de su libertad. Un día que deploraba, en su presencia, nuestras divisiones y odios políticos: —Sí —dijo—, deseo también la reconciliación de los buenos franceses: los hay en todos los partidos. Pero debemos comenzar humillando y castigando a los indignos. —Y citó, mezclando sin orden ni concierto, a los profesores marxistas, los especuladores, los parlamentarios, los pacifistas recalcitrantes y los jefes del Frente popular. En vano traté de distinguir,

de recordarle que los problemas son arduos y que, entre ciudadanos de una misma nación, debemos tratar de acomodar humanamente nuestras diferencias. —No —me dijo—; usted sueña. Comencemos por abatir al adversario. Después haremos de Francia una nación bella, fuerte, pulcra y cristiana.

Creí comprender, entonces, que las fuerzas espirituales eran los buenos sentimientos, el apego fiel a las virtudes y a las herencias del pasado. Aun cuando pudiese temerse alguna confusión en esta idolatría conservadora, estaba dispuesto a reconocer la rectitud de sus intenciones y la honestidad de su corazón si al menos, entre las virtudes que honra, hubiese tenido a bien no omitir la buena fe y la probidad. Pero, ¡ay!, lo he visto esparcir sin escrúpulos las más imprudentes calumnias de su periódico contra sus enemigos políticos, luego sostener la fortuna de un comisario dudoso que pretendía, también él, defender las “fuerzas espirituales”. ¿Será posible que Godofredo, bajo esa palabra, sólo ponga una generosidad tan confusa que sea capaz de cubrir las peores mentiras? Y lo que él llama una *mística* ¿es sólo el instinto confuso de pelearse sin reflexionar y el coraje ciego de hacerse matar sin saber por qué?

FORTUNIO o la economía política

“El nuevo régimen económico comenzó en momentos en que el racionalismo se propagaba e implantaba. De allí resultó una ciencia económica separada de la ley moral y, por consecuencia, se dió libre curso a las pasiones humanas”.

Pío XI. “Quadragesimo Anno”

Fortunio cree en la economía política, y lo admiro porque explica muy claramente lo que yo no entiendo en absoluto. Así, cuando voy a mi provincia natal, tierra de paisanos, y veo a los agricultores desesperados frente a los silos rebosando de trigo invendible. Imposibilitados de gastar, dado que el trigo no se vende, remiendan hasta el último harapo de sus viejos vestidos. Luego vuelvo a donde habito, una de las capitales de la industria textil, y allí veo las fábricas que se cierran, las lanzaderas que se destruyen, los patronos perjudicados y los obreros que carecen de pan porque no se compran telas en cantidad bastante. De un lado, paisanos mal vestidos ante un trigo que se pudre; del otro, obreros mal nutridos ante fábricas cerradas; sin duda alguna, soy de espíritu un poco simple. No comprendo.

Por suerte, el azar de un viaje me hizo compartir un asiento de ferrocarril junto a Fortunio. Fortunio tuvo a bien interrumpir la lectura de *Le Temps* y proponerme su concepción del mundo. Aproveché para instruirme, y él se prestó de buen grado a esclarecerme.

—Sí —me dijo—, la situación económica es un poco confusa. Hay malestar. No es fácil remediarla, pero al menos estamos todos de acuerdo sobre el diagnóstico:

hay superproducción. Vuestros paisanos e industriales han cometido la misma falta: produjeron más trigo y tejidos de los que puede absorber el mercado. Han cuajado créditos y capitales para acumular riquezas inútiles. ¿Qué es la crisis? Algo muy simple: una depresión en la curva del consumo con respecto a la curva de la producción. Lo que nosotros llamamos “una tijera”...

—Me gustan las metáforas —respondí— pero prefiero las razones. “Superproducción” sería la palabra justa si, en torno a las mercaderías invendibles, todo el mundo estuviera bien abrigado y nutrido. Pero no es ése el caso. ¿Puede hablarse de riquezas inútiles cuando tantas personas que necesitan de ellas para vivir, o para vivir mejor, las miran como Tántalo sin poder usarlas?

—Entendámonos —respondió Fortunio—. Cuando digo que la producción excede la capacidad del mercado, no entiendo por eso la suma de las necesidades vitales de la población, sino su capacidad de adquisición. Es algo completamente distinto. Eso es todo lo que tenemos que considerar. Lo que interesa al panadero no es el mendigo con hambre, sino el cliente que puede pagar una hogaza. Confieso que esta ley es dura, pero es una ley...

Había comprendido bien, pero algo en mí protestaba todavía. Ensayé sostener que quizá no exista fatalidad económica; que el dinero está hecho para servir al hombre, no para sofocarlo; que, si la humanidad sabe producir bienes útiles sin poder repartirlos, es que entonces el procedimiento de los cambios es malo y debe cambiarse... Fortunio no se dignó responder e hizo ademán de abrir *Le Temps*; pero advertí por su mucca que me tenía por un ignorante y un quimérico.

—Entonces —insistí— ¿cuáles son sus remedios?

—¡Ah! Los remedios. . .

Fortunio permaneció algunos instantes meditativo, se quitó los anteojos de concha, sopló sobre ellos, los enjugó con su pañuelo de seda, y respondió más despacio:

—Verá usted. Le voy a hablar como cristiano: el auxilio sólo puede venirnos de la Providencia. Ella sólo puede reabsorber las mercaderías y hacer subir los precios. Algunas buenas malas cosechas, por ejemplo. . .

Una idea, que no osaba expresar, debió atravesar su espíritu, porque agregó:

—¿Ha leído usted las últimas estadísticas? La desocupación disminuye. Las grandes usinas metalúrgicas contratan a mucha gente desde hace algunas semanas. . .

En ese momento, la campanilla del coche comedor resonó en el pasillo.

—Excúseme —dijo—; me voy a comer.

EUDEMONIO o los placeres del mundo

“La desmoralización de los círculos dirigentes de la vida económica debía, por una pendiente fatal, alcanzar el mundo obrero y arrastrarlo en las mismas ruinas, tanto más cuanto que un gran número de patrones, sin preocuparse de las almas y aun totalmente indiferentes a los intereses superiores de sus empleados, sólo veían en ellos instrumentos”.

Pío XI. “Quadragesimo Anno.”

¡Eudemonio, cómo está usted de contento! Al volante de su dócil automóvil resbala hacia esa ciudad de placeres, allí donde lo esperan mil goces sensuales. Tiene usted el alma en paz: ayer un feliz llamado tele-

fónico, operando en su favor una de esas transferencias de valores que realizan prodigiosamente los banqueros, depositó en su cuenta un crédito untuoso. Esta noche usted jugará en el Casino, ofrecerá flores a mujeres elegantes y vinos exquisitos a sus amigos. ¿Por qué no? Sin una clase de hombres ricos que cultiven el lujo y los placeres delicados, la humanidad parecería muy brutal. Además, su conciencia está en regla; al fin de cuentas, es usted buen católico: da usted mucho dinero para obras piadosas, para difundir las buenas ideas y hacer triunfar los buenos candidatos, y aunque el diablo lo hiciera acostar al amanecer del domingo, sabría usted levantarse para asistir a la misa de doce.

Eudemonio ¿piensa usted que ese mismo sol que barre a esta hora su ruta fácil y acaricia a sus bellas amigas semidesnudas sobre la playa, atraviesa la vidriera de la fábrica donde cien de sus hermanos y hermanas trabajan para usted en un infierno de ruido y polvo ardiente? ¿Piensa usted que una hora de reposo le rinde más que a ellos un día entero de su pena, y que todo el dinero de que usted goza está humedecido por el sudor de estas gentes?

¡Ah! Usted está bien decidido a proteger su dinero, a reforzar el espesor de sus cajas de caudales, a mantener en torno a ellas altas barricadas policiales, políticas, morales y religiosas. No obstante, si un día la multitud exasperada se precipita a quitárselo, ¿qué principio invocará usted para hacer dirigir contra ella el fuego de las ametralladoras? ¿La justicia? Pero es usted quien le habrá enseñado las vías de la injusticia. ¿La moralidad? Pero es usted quien le habrá dado como ejemplo la primacía de los instintos. ¿La utilidad social? Pero usted só-

lo piensa en su conveniencia. ¿Las ventajas del espíritu? Pero su cultura es enteramente fútil, decorativa: usted hojear novelas, pero ignora los clásicos, colecciona manuscritos preciosos, pero no los lee. ¿Invocará usted entonces el mantenimiento del orden? ¿Pero cuál es el orden que usted representa, usted que usa de un enorme poder para gozar, y no para servir? ¿Qué tendrá usted al fin en su apoyo? ¿El derecho del más fuerte? Quizá. Pero entonces, Eudemonio, se lo ruego, no más cruz sobre su caja de caudales, no más divisa piadosa sobre su emblema. ¿Y qué quiere usted que hagamos nosotros, Cristianos, entre sus guardias? Su ruina no nos interesa: no arrastraría nada esencial, puesto que ya lo ha perdido usted todo...

CAPÍTULO II

ALGUNAS FALTAS HISTÓRICAS

San Pablo estaba orgulloso de su título de ciudadano. Los grandes ciclones totalitarios nos permiten todavía el uso de este título durante cierto tiempo, y eso nos crea una responsabilidad más pesada y continua de lo que algunos piensan. Trataremos de avaluarla. Y como no hay presente que no soporte la servidumbre del pasado, comenzaremos por hacer un breve llamado a la historia.

I

LOS CATÓLICOS Y LA REPÚBLICA

Mal comienzo

Los católicos se iniciaron malamente en la República: apostaron contra ella, y fué ella quien ganó. Pensemos en el estado de la opinión francesa durante el año 1880. El nuevo régimen se instala con dificultad. Aparece apoyado en el libre pensamiento, pero la gran burguesía protestante, inspirada por *Le Temps* y *La Revue Bleue*, le presta un serio refuerzo. Por el contrario, y sin excepciones notables, los defensores de la causa católica

son, al mismo tiempo, adversarios declarados de la República: legitimistas con Buffet, Chesnelong, Albert de Mun; orleanistas como de Broglie; bonapartistas como Cassagnac. En una reunión de defensa católica, celebrada en el *Cirque d'Hiver*, Chesnelong declara que los religiosos no aceptan, en el fondo de su corazón, al régimen nuevo. “Aunque respetan las leyes de su país —dice—, carecen en absoluto de entusiasmo por la República y depositan su entusiasmo más allá, junto con su nostalgia, su orgullo y sus esperanzas”. Hasta la Obra de los Círculos Católicos, de tendencias sociales tan generosas, funciona entonces —según la frase de Georges Goyau— como “una oficina electoral al servicio de la monarquía”. Hablando de esta época, Hanotaux escribirá en su *Historia contemporánea*: “Casi en todas partes, desde hace años, el Cura era el centro de permanencia de la propaganda conservadora. Ingerencias son esas que se hacen pagar en caso de victoria y que se pagan en caso de derrota”.

Seamos justos; en este error de táctica los Católicos tenían una excusa: la actitud francamente irreligiosa ostentada por el partido republicano. Éste no cesará de afirmar nunca que su anticlericalismo tenía por motivo, precisamente, la resistencia clerical a la República; pero dicha afirmación es sólo parcialmente exacta: a lo más, la tenía por pretexto. En realidad, el triunfo del partido republicano marcaba el resultado institucional de una crisis de cultura, cuyo origen habría tal vez que retrotraer aún más allá de la Enciclopedia para llegar al Renacimiento. Y su hostilidad contra la Iglesia tenía un sentido completamente diferente a un simple malentendido político: se trataba, nada menos, que de im-

poner a la nación una concepción laica y positivista de la vida. Basta leer los discursos y periódicos de esa época para persuadirse. Gambetta, dirigiendo en la Sorbona una alocución a la Asociación Politécnica, proclamaba a Augusto Comte "el más grande pensador del siglo" y cantaba el triunfo del positivismo "en esta Sorbona consagrada durante largos años a otro ideal y a otras doctrinas, pero que, gracias al esfuerzo del tiempo y al concurso de los hombres nuevos, se desprende poco a poco de las sombras del pasado para echar las bases de una verdadera ciencia positiva". Por lo demás, Gambetta declaraba: "Nos proponemos aplicar el positivismo al orden político y social". La creación de los liceos de señoritas, en 1881, fué presentada abiertamente como una tentativa para liberar a la mujer de la influencia de la Iglesia y entregarla a la Ciencia. Y Paul Bert definía la instrucción primaria como "el conjunto de los conocimientos elementales en el dominio de las ciencias positivas, fuera de toda hipótesis religiosa y de toda enseñanza dogmática", mientras que Zola, con su afición a las gruesas fórmulas pseudo-filosóficas, declaraba en un artículo sensacional: "La República será naturalista, o no será".

Hoy no es posible leer esas sublimes necedades sin una sonrisa en donde la piedad se mezcla al sentimiento de un justo desquite. Que nuestros hermanos católicos alemanes no se desalienten: ellos o sus hijos gozarán en un futuro próximo de esta ironía vengadora, cuando la Verdad invencible resplandezca de nuevo sobre los escombros de la pretenciosa teología racista. Además, hacia 1880, la oposición a la República podía parecer a los Católicos franceses como un reflejo defensivo.

Sólo que hubiesen estado bien inspirados de preferir la reflexión al reflejo; no hubiesen debido ignorar que, prestando ayuda a los adversarios de la democracia, perpetuaban ese malentendido en el cual los partidos anticlericales encontrarían su pretexto y su punto de apoyo; en fin, hubiesen podido advertir más pronto que el país quería la República. El 14 de octubre de 1877 se había pronunciado por ella sin equívoco alguno, enviando a la Cámara, contra el gobierno del 16 de mayo, una mayoría republicana. En agosto de 1880, una renovación parcial de los consejos generales, sobre 1.500 cantones, acusaba una ganancia de 300 bancas para los republicanos. Las elecciones legislativas de agosto y septiembre de 1881 confirmaron la aplastante derrota de los conservadores, que apenas alcanzaron a 150 contra 450 republicanos. Aun no se había inventado, que yo sepa, la distinción entre el país real y el país legal, y nadie discutía que Francia se apegara a su nuevo régimen. Sin duda, algunos años más tarde, después que la reconciliación de los legitimistas y de los orleanistas, a la muerte del Conde de Chambord, pareció dar posibilidades de éxito a la Monarquía,¹ los escándalos del Eliseo y la agitación boulangista pudieron infundir a los conservadores católicos la ilusión de que la República era todavía vulnerable. La historia prueba que, al alistarse en masa tras de un conspirador de novela, cometieron una nueva falta sin provecho de ninguna clase.

Evidentemente es más fácil rehacer la historia me-

¹ Y, sin embargo, las cabezas políticas no se ilusionaban sobre los efectos de esta reconciliación. Robert Garric, en su libro *Albert de Mun*, cuenta que éste volvió de Goritz, en agosto de 1883, secretamente desesperado de su causa.

diante el retroceso del tiempo que elegir, en la confusión de los hechos actuales, una línea política impecable. Y repito que los católicos de los años 80 tenían excusas en su oposición a un régimen descristianizador. Al menos hubiesen podido imaginar que, si el partido republicano era históricamente ateo, la República no lo era necesariamente: bastaba embarcarse en ella. Roma lo comprendió muy pronto. El R. P. Lecanuet cuenta en su *Historia del Pontificado de León XIII* que, desde 1879, el Nuncio Monseñor Czaki aconsejaba, en los ambientes legitimistas, la incorporación al régimen sobre el terreno católico. Al año siguiente, en plena agitación de defensa religiosa, el Vaticano negociaba con Freycinet y Jules Grévy un acuerdo para establecer el estatuto legal de las Congregaciones. Pero los Católicos franceses tardarán diez o doce años en dejarse persuadir y, cuando al fin se produzca el *Reconocimiento*, será en mucho lo señalado por la frase: la aceptación fuera de tiempo de una victoria que se dejó a otros el trabajo de ganar, o aún que se trató en todo lo posible de hacerles perder.

Instalación del malentendido

Los Católicos, desde entonces, iban a figurar como republicanos dudosos, como reaccionarios enmascarados. Por otra parte, se preocupaban muy poco de disipar esta impresión. Las grandes crisis del régimen, Panamá, el asunto Dreyfus, el Boulangismo, tanto antes como después del *Reconocimiento*, mostraron regularmente que los partidos en los que se encontraban en mayor número los católicos, los diarios que éstos leían, estaban prontos a combatir las instituciones de la Re-

pública, a insultar y a veces a calumniar a su personal. La alianza, a fines de siglo, del nacionalismo con el clericalismo, luego la influencia rápidamente adquirida por *L'Action Française* sobre la burguesía tradicional, no estaban hechas para apaciguar un conflicto siempre latente. Las imprudencias dogmáticas del "Sillón" y la condenación consecuente, al entorpecer la primera tentativa joven y poderosa para disociar el espíritu religioso de la psicología reaccionaria, consumaron por último la desavenencia entre las fuerzas sociales de la Iglesia y el régimen republicano.

Así, por una falta compartida en la que entraban la mala voluntad, la conspiración satánica de un partido hostil a Cristo y los compromisos poco hábiles e imprudentes de los cristianos fieles, se instaló un malentendido que iba a favorecer la fermentación anticlerical y a falsear la política francesa. Ahora debemos decir hasta qué punto este malentendido, ya grave en sí mismo, llegó a ser enteramente desastroso a consecuencia de otros errores que no eran simples faltas políticas.

II

LOS CATÓLICOS Y LA CUESTIÓN OBRERA

La oposición, tan pronto sorda como abierta, del Catolicismo francés a la República hubiera podido no ser otra cosa que un error de estrategia o incluso una opción perfectamente legítima, de no haber estado durante mucho tiempo acompañada y hasta sostenida por un apego interesado a la estructura capitalista que trasudaba el temor a la revolución social.

El determinismo conservador

De suponer, en efecto, que hubiesen tomado en general la actitud de un Albert de Mun, hombre de derecha por sus simpatías hacia la Monarquía y su fidelidad militar, pero de quien ha podido decirse que ninguna de las grandes leyes sociales de la República ha sido votada sin su participación activa, los Católicos habrían desavenido la Iglesia con el régimen, lo que era poco hábil, pero no la hubieran separado del pueblo, lo que era criminal. Mas se sabe qué coraje necesitó de Mun, en 1884, para votar la ley sobre los Sindicatos y cómo nunca se lo perdonaron en su mundo y en su partido. Entonces se encontraba mucho más normal el lenguaje de ese prelado que subió a la tribuna de la Cámara para pedir, bajo pretexto de equidad, que las indemnizaciones de los accidentes de trabajo fuesen cargados en la cuenta de los obreros. ¡Estaban tan bien pagados, en esos tiempos de bendición, los obreros de las fábricas! Los hombres, en provincias, cuatro francos diarios, término medio, y seis francos en París; las mujeres, dos y tres francos, y eso por once horas de trabajo por lo menos, y frecuentemente doce y a veces trece.¹ Lo que no impedía en absoluto que ciertos mandamientos episcopales, mudos respecto a los abusos a que daba lugar la explotación obrera, denunciaran con horror los peligros del socialismo del Estado y reprobaran por principio toda tentativa legal para limitar las horas de trabajo y fijar el salario mínimo.² Triste

¹ Ver Paul Louis: "Historia de la clase obrera en Francia".

² Ver Cazajoux: *La cuestión obrera según los mandamientos del Epis-*

época durante la cual La Tour du Pin podía escribir con amargura: “La mayoría de los Católicos franceses son algo peor que nulos en lo que respecta a la cuestión social”.

Osemos volver a esos días de oprobio. Entremos en la Magdalena el 1º de febrero de 1880. La nave está colmada. Allí se halla toda la “élite” del catolicismo parisiense, no sólo su “élite” mundana sino su flanco progresista y militante de acción social. Monseñor Frepel, luminaria del episcopado, defensor ardiente de la Iglesia en el Parlamento, va a pronunciar un sermón de caridad en favor de la Oficina Central de las Asociaciones Obreras Católicas.

Exordio: el orador llama la atención de su público acerca de la cuestión obrera, “una cuestión —dice— que tarde o temprano, si no tenemos cuidado, se convertirá en la gran cuestión de la época”. Descubrimiento sensacional que introduce al primer punto: “*Como ha surgido la cuestión obrera*”. Elogio de las corporaciones del Antiguo Régimen; algunas frases alusivas sobre los abusos y su necesidad de renovamiento en las vísperas de la Revolución. Canción de una elocuencia vengadora contra los hombres de 1789, cuya divisa era “¡destruir,

copado Católico (“La Reforma Social”, 1º de Marzo de 1891). Debe señalarse que, en esta época, los pocos preladados interesados en la cuestión social estaban seducidos por las ideas de Le Play. Ahora bien, la escuela de Le Play aunaba sinceras veleidades de generosidad paternal con un espíritu violentamente conservador. Opuesta al individualismo jacobino en el terreno político, es decir, inclinándose hacia los métodos autoritarios, era resueltamente liberal en el terreno económico, hostil a toda intervención reguladora del Estado, y todo lo esperaba de las iniciativas privadas. Sólo negaba la libertad al pueblo y ofrecía a los patrones una autoridad sin control. Es en esa doctrina donde puede verse cómo el corporativismo mal entendido fundamenta la peor tiranía.

destruir aún, siempre destruir!” En un día “de ciego furor”, destrozan las corporaciones; son ellos (¡y sólo ellos!) quienes han hecho surgir la cuestión obrera. Segundo punto: “*Lo que hace la gravedad de la cuestión obrera*”. Es que las masas obreras se han sustraído a la dirección de la Iglesia. Eso por culpa de los demagogos que han trabajado sordamente contra la verdadera religión durante todo el siglo XIX, “explotando el terrible problema del sufrimiento, tan pronto para encender la cólera en el corazón de las masas, tan pronto para engañarlas mediante promesas o esperanzas irrealizables; tratando la resignación cristiana de debilidad, la fe de superstición; mostrando en la Iglesia el gran obstáculo al nacimiento de esa nueva edad de oro, de ese Edén fantástico”. A masas así descristianizadas, ¿cómo se podría en adelante “*predicar con éxito la moderación en los deseos, el respeto de los derechos ajenos, la sumisión al orden establecido por Dios, la paciencia, el sacrificio, la conformidad*”?

(El elocuente obispo no estaba equivocado: la obrera tejedora que trabajaba entonces trece horas por treinta y ocho céntimos, tenía una seria necesidad de qué se le predicara la “moderación en los deseos”, y la fe no le era inútil para resignarse con gozo al “orden establecido por Dios”.)

“Para quien todo termina con la muerte —proseguía el vigoroso dialéctico—, para quien el vacío es la última palabra del destino, sólo se trata de procurarse aquí abajo la mayor suma de goces posibles”.

(¡Oh, Monseñor! Esas mujeres del pueblo, con treinta y ocho céntimos y trece horas de trabajo, ¿comprarán lo bastante como para que su sentido cristiano de la

mortificación tenga lugar a sobresaltarse? ¿Y si usted hablara un poco para las mujeres de mundo que lo escuchan, ornadas y perfumadas, y que irán al baile o al teatro por la noche? ¡Pero no! Usted conoce su oficio de conferencista: no mezcla las cuestiones; no abandona su propósito.)

“...Y, cuando sobre las ruinas de la fe religiosa, semejantes sentimientos penetren en una multitud de hombres, con la pasión del bienestar y una sed insaciable de goce, ¿cómo no reconocer que hay allí, para el orden social, un inmenso pelibro?”

(A esta frase del discurso, la partida estaba ganada. Supongo que todas las manos registrarían espontáneamente las faltriqueras, tantearían las piezas de oro y de plata que momentos después habían de arrojar al limosnero para que eso, al menos, no ocurriera, para que ese trastorno impío del orden social no se produjese, para que a gentes miserables, conducidas por demagogos, no se les pusiera en la cabeza tener ellas también su parte de bienestar terrestre. Felizmente, ahí está la Iglesia de Cristo; ahí están los sacerdotes sensatos encargados de moderar al pueblo: ¡démosles nuestro dinero!)

Mientras tanto, el orador aborda su tercer punto: “*En qué puede la religión ayudar a resolver la cuestión social*”. Entre el liberalismo revolucionario que aísla al obrero y el socialismo, que hace del Estado un tirano, la economía cristiana propone dos instituciones eminentemente saludables: el patronazgo y la asociación. El patronazgo: es menester restaurar el principio de la paternidad social. “El patrón llena un deber de protección y vigilancia, tiene cargo de almas... trabaja para hacer reinar a Dios en los talleres, sabiendo bien que

con Dios hará reinar las *ideas sanas*, las buenas costumbres, y con ellas la paz y la unión". La asociación: "las ligas,¹ convertidas en un peligro permanente para el orden social", deben ser sustituidas por asociaciones obreras animadas de un espíritu cristiano, en las cuales se sabrá que el aumento de salarios no es esencial e incluso que no sirve de nada "si, a falta de convicciones religiosas, los vicios crecen en la misma proporción que la sed de goces sensuales". También será bueno no creer demasiado en la instrucción popular: se ha visto, bajo la Comuna, adónde podía conducir la instrucción carente de "buenos principios". "Entre el salvaje inculcado —exclama el prelado humanista— y el salvaje instruído no hay más que una diferencia, y es que el primero sólo tiene en sus manos la tea y la flecha, en tanto que el segundo sabe usar de la pólvora y del petróleo". No contemos demasiado con la fuerza para contener a tales salvajes. La fuerza "es incapaz de resolver las cuestiones de orden moral. Por lo demás, ¿quién puede estar seguro de tenerla siempre a su servicio? ¿No se ha visto muchas veces, en la historia, a los vencidos de la víspera convertirse en los vencedores de mañana?" Más vale confiar en la Iglesia, gran educadora de los pueblos, y contar con la religión, fuente de la civilización cristiana. . . "Y vosotros, hermanos míos, ayudad a los cristianos generosos que trabajan con un ardor infatigable en propagar las obras obreras en toda Francia, etc."

Ni una palabra sobre la real miseria del pueblo; ni una palabra sobre los abusos de la explotación capitalista, ni una palabra —o a lo sumo frases vagas— sobre

¹ Esta expresión, en 1880, designa las confederaciones de sindicatos obreros.

la legitimidad de las reivindicaciones obreras, sobre la formidable responsabilidad de los ricos y la verdadera concepción teológica de la justicia. Los buenos Católicos que salían esa tarde de la Magdalena, aturdidos de elocuencia y libres del lastre de algunas monedas, podían volver a sus casas con la conciencia doblemente tranquila, puesto que una voz procedente de la cátedra sagrada les había manifestado que cumplían con su deber, y recordado discretamente que los sacerdotes velaban sobre sus bienes. . .

¿Quién tiene la culpa?

Visiblemente irritado, Teódulo suspira:

—¿A qué recoger esos viejos papeles, esas viejas historias? ¿A qué facilitar a nuestros adversarios armas para vencernos? ¿No tenemos, en la actualidad, una doctrina social atrevida y generosa? ¿Un sacerdote hablaría aún en ese tono? Usted polemiza contra fantasmas.

—¡Dios quisiera, querido Teódulo! Pero no; no es inútil recordar viejas faltas. Y hablo precisamente por usted, a fin de que sepa que no somos completamente inocentes y que nuestros adversarios no cargan con todos los pecados del mundo; a fin que la conciencia de nuestros errores confirme nuestra prudencia y atenúe nuestros desdenes.

Por lo demás, hagamos justicia a cada uno: seríamos demasiado severos con nuestros padres y nuestros abuelos si no ubicáramos sus actos y sus sentimientos en las perspectivas de la historia. Durante el período ascendente y triunfante del capitalismo, cuando podía creerse en su indefinido valor creador, en la época, sobre

todo, en que las clases sufrientes no habían podido alzar una voz lo bastante unánime y fuerte para ser escuchada, es verdad que los Católicos tenían excusas para su incomprensión de la cuestión social, excusas que ya no tendrían hoy en día. También es cierto, ¡ay!, que los Católicos hubieran podido comprender y clamar desde más temprano, puesto que otros, en esa misma época, ya comprendían y clamaban. Nunca sabremos la gravitación fatal que ha tenido en la historia el hecho de que ciertos adversarios de la Iglesia, un Proudhon o un Karl Marx, hayan sufrido y velado por la justicia entre Cristianos amodorrados. . .

El R. P. Rigaux ha publicado recientemente un pequeño libro para responder a un reproche a menudo dirigido a la Iglesia por los incrédulos, y a veces por fieles exigentes: el reproche de haber aguardado demasiado para interesarse en la cuestión social.¹ Ningún hombre de buena fe extiende ese agravio al período abierto por la *Rerum Novarum*, y durante el cual ha sido de primordial importancia el aporte católico a la causa de la justicia social, tanto en el plano de la doctrina como en el de la acción. Pero en 1891 ya hacía mucho tiempo que las clases obreras eran explotadas y que los teóricos del socialismo, en Francia, en Inglaterra, en Alemania, se inclinaban sobre sus miserias proponiéndoles, al menos, una esperanza. ¿Qué hacía la Iglesia durante ese tiempo? ¿Qué hacían los clérigos y los fieles?

La respuesta del R. P. Rigaux abarca los primeros cincuenta años del siglo XIX. Su tesis es que la *doctrina*

¹ Frente al problema social: ¿Es verdad que la Iglesia se desinteresa? Acción Popular, 1935.

de la Iglesia era impecable en lo que atañe a la cuestión social, tal como la planteaban entonces los desarrollos concomitantes del maquinismo y del capitalismo; la acción de la *jerarquía* fué bastante tarda y floja, dado que las circunstancias morales y políticas impedían que fuese de otro modo; en cuanto a los *laicos*, su inercia y su egoísmo fueron gravemente reprecensibles y causaron la desastrosa desafección de las masas con respecto a la religión.

El primer y tercer punto parecen evidentes. Es incontestable que podían encontrarse en la tradición teológica de la Iglesia, con anterioridad a la expansión del liberalismo económico, un arsenal de textos y principios que condenaban por adelantado las partes viciosas del sistema. Incontestable también el hecho de que muchos Católicos, con una falta de probidad que era criminal incluso cuando era inconsciente, jugaron y ganaron la partida capitalista, preocupándose muy poco de los principios de la moral cristiana. El papel de los precursores, antes de 1850, aparece como bastante precario, por no decir nulo, sobre todo si se tiene en cuenta el escaso auditorio que los Lacordaire, los Villeneuve-Bargemont, los Gerbert, encontraron en los medios industriales. Por otra parte, es asombroso que el más bello triunfo de acción social católica de esa época sea la Sociedad de San Vicente de Paul, creada por Ozanam en 1834, obra magníficamente cristiana e infinitamente útil, pero obra de beneficencia, que deja por completo a un lado el problema cristiano de la sociedad, el cual es un problema de justicia.¹

¹ Y además, entiéndase, un problema de caridad, pero en el sentido en que caridad implica la voluntad de justicia total con respecto a todos los hombres.

Lo que puede parecer más discutible es el segundo punto tratado por el R. P. Rigaux. En toda la parte de su libro en que se ocupa del papel desempeñado por la jerarquía, se siente menos al historiador que al abogado cuidadoso de disculpar al clero de una asombrosa incuria, de una extraña y pusilánime lentitud en condenar la dureza de los patrones, en tomar a su cargo la causa de los oprimidos. Y, sin embargo, esta lentitud, esta incuria, han existido, y sería injusto reprochar los desfallecimientos de los laicos si no se dijera que encontraban, al menos, una condición disculpable en el silencio de los clérigos.

No es que el R. P. Rigaux no analice con penetrante lucidez las razones de ese silencio. Pero una explicación justa no es siempre una excusa válida. Quizá sea una excusa constatar que, hacia 1840, el estado de las costumbres quitaba su carácter escandaloso a ciertos hechos que hoy día nos parecerían intolerables —el trabajo de los niños de diez años, la jornada de catorce horas— y que, por lo tanto, no debe pedírsele al clérigo de entonces la enérgica protesta que hubiese supuesto la adquisición de una conciencia todavía no actualizada. Pero seguramente es más que una explicación —demasiado cierta ¡ay!— vincular el silencio del episcopado con su reclutamiento habitual entre las clases favorecidas, con su temor de amedrentar a los donantes, con su timidez frente al poder; vincularlo, en fin, a la solidaridad con los regímenes políticos: bajo la Restauración ¿acaso no se veía a “los obispos invitados a concertar sus mandamientos con la autoridad prefectoral”? Son esas, en efecto, razones muy valederas e imperiosas para callarse, pero son las razones de una traición. Y la prueba

de que los clérigos hubiesen debido hablar antes y más enérgicamente está en que algunos lo hicieron: lo testimonia la magnífica carta de Monseñor Rendu, obispo de Annecy, al rey de Cerdeña (1844) y otros pocos textos citados por el R. P. Rigaux.

Pienso que más vale confesarlo francamente: frente a la cuestión social, durante todo el siglo XIX, ha existido una omisión del clero, sino completa, demasiado generalizada. Digo durante todo el siglo XIX, porque mucho después de 1850, en tanto que la opinión comenzaba a conmoverse francamente, la mayoría de los sacerdotes continuaban cubriendo la injusticia al predicar la resignación y la caridad. Hasta los Católicos más conscientes del mal social y los más deseosos de curarlo —los discípulos de La Tour du Pin, por ejemplo— se detendrán largo tiempo aún en los caminos de un paternalismo humillante para la dignidad personal del obrero.

Por otro lado, es perfectamente exacto que la Iglesia tiene el tiempo a su favor, y que la naturaleza y las condiciones de su misión le prohíben la ligereza, los golpes de teatro. No obstante puede imaginarse que el Papado hubiese estado desde antes en situación de formular la actitud católica frente a los problemas de la sociedad moderna si los sacerdotes, los obispos y los laicos se hubiesen inquietado más espontáneamente. “¿Qué son cien años?”, pregunta el R. P. Rigaux; poca cosa, en efecto, para el reloj de la Iglesia; pero pueden parecer largos para la carne de una clase que sufre. Es por eso, Teódulo, que las conciencias católicas, aun temiendo el demonio de la novedad y el pecado de la precipitación, deben pensar en que también existen pecados de omisión y de lentitud, y esforzarse en abre-

viar los retrasos inevitables que separan el mal de su remedio y el escándalo de su condenación.

La voz de Roma

Al fin habló Roma. Y gracias a que su voz, la única que compromete a la Iglesia, proclamó en nombre de Cristo la justicia y la verdad en medio de la derrota de los Cristianos; gracias a que su voz, ampliamente escuchada, provocó un admirable retorno al sentido social católico, hoy en día podemos hablar francamente de las faltas del pasado: los incrédulos no han de sacar ventaja de ellas, ni los creyentes desesperar.

En tanto que muchos Católicos franceses, en su calidad de ciudadanos, volvieron a la simple prudencia humana adhiriéndose al régimen preferido por su nación, en su calidad de miembros de la sociedad económica adquirieron conciencia de los deberes que les imponía el espíritu del Evangelio. Bajo ángulos y con acentos diversos, la "obra de los Círculos", con de Mun y La Tour du Pin, la escuela de "Ciencia Social", con Henri de Tourville y Paul Bureau, la escuela de "Val des Bois", con Léon Harmel, los Demócratas Cristianos, con el Abate Naudet, y las "Semanas Sociales," con Henri Lorin, iban a confrontar en los hechos económicos y sociales los principios de la *Rerum Novarum* y a obtener consecuencias prácticas, e incluso políticas, de dicha confrontación.

Sin embargo, que toda esta generosa actividad no nos deje suponer una conversión inmediata de los Católicos —quiero decir de aquellos a quienes molestaba la doctrina de la *usura vorax* y de la justicia social cris-

tiana. El R. P. Rutten, en su útil librito sobre la *Doctrina Social de la Iglesia*,¹ no se equivoca al hablar de una especie de "conspiración de silencio" organizada, en un principio, alrededor de la *Rerum Novarum*. "No sólo la mayoría de los industriales —escribe—, sino también un gran número de personalidades católicas del mundo político y de las obras de beneficencia, permanecieron indiferentes y a menudo hostiles a la organización de los sindicatos autónomos y a la legislación protectora del trabajo en favor de los adultos". De hecho, la iniciación política del Catolicismo social no se produce, en Francia al menos, antes de 1900; sólo después de diez o quince años a partir de esa fecha despliega una fuerza real y manifiesta efectos apreciables.

Bien comprendo que la burguesía católica, en su resistencia a la justicia social, actuaba en tanto que burguesía y no en tanto que católica. Pero esta distinción, fácil para un teólogo, no lo era en absoluto para el obrero que cada domingo veía salir de misa a aquellos con quienes tropezaba todos los días, situados frente a él como adversarios en el dominio económico y político. Los mismos intelectuales llegaron a equivocarse a fuerza de ver a los "bien pensantes" acudir en auxilio de las iniquidades establecidas en sus periódicos, revistas, libros, sermones y discursos, y se inclinaban a creer que una pendiente necesaria, una suerte de determinismo psicológico, arrastraba al espíritu católico hacia el reflejo conservador.

¹ Ediciones "Cerf".

Consecuencias del Asunto Dreyfus

El Asunto Dreyfus terminó de confundir las ideas, haciendo estallar otra traición: la de tantos Cristianos fieles en apariencia, que no por eso dejaban de tomar su partido a favor de la Razón de Estado en contra de los Derechos de la Persona. Todo eso era muy grave. Una religión de justicia y solidaridad se elaboraba entonces conscientemente en la Universidad y espontáneamente en el alma popular. No podía ponerse en duda que esta religión imperfecta estuviese animada, sin embargo, por inspiraciones secretamente cristianas: la hostilidad manifiesta que encontraba en todas las grandes ocasiones, por parte de Cristianos declarados, la hacía más fecunda en desastres. Verosímilmente, el anticlericalismo virulento que hizo estragos por el año de 1905 no hubiera podido estallar jamás con tanta fuerza de no haber utilizado contra la Iglesia ese impulso místico, ese idealismo revolucionario que quizá hubiera dependido de la fidelidad de los Cristianos a Cristo el volver del lado de la Cruz. Que la elevada elocuencia de Jaurès se prestase a sostener las pequeñas suciedades del señor Combes era el síntoma más alarmante.

Esta crisis de irreligión sectaria y de persecución hipócrita no dejó de traducirse por actos simplemente deshonestos y naufragó en el más bajo materialismo político: es el peor momento del régimen, su falta más grave contra la prudencia y contra el honor. La reacción de la conciencia francesa fué viva y rápida: nada la simboliza mejor que la actitud de Péguy, republicano sincero y partidario militante de Dreyfus, rompien-

do violentamente con sus amigos de la víspera, estigmatizando a los políticos explotadores de una mística y volviendo por fin a las tradiciones religiosas de su raza. No obstante, un gran mal estaba hecho. El reflejo de defensa laica había llegado a ser más habitual que nunca en el cuerpo mayor y en las multitudes democráticas. Y los Católicos, molestos por las leyes de excepción decretadas intangibles, más que nunca tenían la impresión de vivir en estado de sitio dentro de la República.

III

PRESENTE ESTADO DE LA CUESTIÓN

La situación actual es incontestablemente mejor. La guerra, en su tumulto, derribó muchas posiciones. Más de una vez volvió a soldar, al fuego de comunes sufrimientos, la amistad entre el hombre del pueblo y el sacerdote. Ha suministrado a la República la ocasión de esbozar su primer gesto de reconciliación, autorizando a los Religiosos expulsados para hacerse matar en su tierra natal: después era difícil no dar al menos pruebas de una cierta tolerancia de hecho en favor de las Congregaciones. Las leyes "intangibles" fueron conservadas en su texto, pero su aplicación tornóse más discreta. Se reanudaron las relaciones diplomáticas con la Santa Sede: la República cesó de ignorar a la Iglesia. No debemos creer que Cristo reine sobre Francia porque actualmente veamos desplazarse a prefectos y a ministros para recibir a un Nuncio y, poco antes, al representante del gobierno francés ser recibido por el Santo Padre con todos los honores y la cordialidad dignos de la Monar-

quía Cristianísima. Existe, de cualquier manera, un hecho nuevo que no es insignificante: ahora la Iglesia y la República se saludan.

Más considerable que este progreso de las relaciones oficiales es el acuerdo de la política exterior del Vaticano con la de Francia, al menos en tanto que ésta escapa a las presiones de su propio nacionalismo. Resulta curioso comprobar, incluso, que este acuerdo es frecuentemente más estrecho con la opinión radical o socialista que con la prensa "bien pensante": sobre la institución de un derecho internacional, la organización de la seguridad colectiva y las promesas de desarme, *L'Oeuvre* y *Le Populaire* están habitualmente más próximos al pensamiento pontificio que *Le Journal des Débats* o *L'Echo de Paris*.

Vuelo del catolicismo social

La acción espiritual de Roma se ha hecho sentir en otro dominio y ha levantado antiguos errores. Ya sólo ponen en duda el valor humano de la doctrina social de la Iglesia algunos Católicos retrasados y algunos comunistas sectarios. No es un síntoma despreciable el que una delegación de Católicos, recibida en Ginebra por Albert Thomas, haya podido escuchar de sus labios estas palabras: "Saludamos en ustedes a una de las grandes fuerzas morales que, desde hace cincuenta años, ayudaron a las sociedades modernas a cumplir algo esencial". Un teórico del radicalismo, el señor Emile Roche, más recientemente se complacía en subrayar los puntos de convergencia de esta doctrina con el programa social de su partido. Y se sabe que la Encíclica *Quadragesimo*

Anno, si bien rechaza como contradictoria la fórmula del "socialismo cristiano", no niega las posibilidades de colaboración práctica entre socialistas y Cristianos a los fines de ciertos arreglos justos del orden social: colaboración cuya actual experiencia belga, de cualquier manera que se la juzgue, ofrece un primer ejemplo de los más asombrosos. Movimientos tales como el Sindicalismo cristiano o el *Jocisme* trabajan en disipar lo que Pío XI no teme llamar el "escándalo del siglo XIX": el divorcio de la Iglesia y las masas obreras. Nuevas generaciones católicas han llegado a la edad viril liberadas de muchos prejuicios políticos, preocupándose, ante todo, de separar el espíritu de fidelidad religiosa del espíritu de conservación social. La condena de *L'Action Française* ha reforzado indirectamente estas tendencias nuevas que comienzan a traducirse poco a poco, pero con un ritmo creciente, en el plano electoral y parlamentario.

Vuelta al problema

Los Católicos, en suma, se sienten más cómodos dentro de la República. Pero tienen poca suerte. En el mismo momento en que empiezan a apegarse a un régimen con el que han tardado cerca de cincuenta años en entenderse, ese régimen aparece trastornado. Graves dificultades políticas, económicas y sociales lo minan interiormente; fuerzas jóvenes lo atacan, algunas de las cuales, afirmando en primer término su repeto hacia lo espiritual, llaman a los Católicos en su auxilio.

¿Qué harán éstos? Muchos piensan que la República, a despecho de sus progresos, no se ha hecho bautizar todavía y permanece atea; que tiende a descristianizar el

país mediante su régimen escolar. ¿Por qué —preguntan ellos— no abandonar a esta moribunda impura? ¿Por qué no tomar, contra los comités electorales de la masonería, contra la *Liga de los Derechos del Hombre* y contra la *Liga de la Enseñanza*, el desquite brillante y militar que parece ofrecerse? Ya siento a mis amigos estremecidos de esperanza, a Teódulo lleno de plegarias, a Eudemonio y Fortunio prontos a dar dinero, a Filomaco y Godofredo ardiendo en el deseo de alistarse, sin otra vacilación que el color de la camisa. He aquí un tema en extremo grave, y en extremo actual, sobre el cual ha llegado el momento de explicarnos.

CAPÍTULO III

CURVA PELIGROSA

Es un hecho: las relaciones entre la Iglesia católica y el Estado han mejorado desde hace quince años. Los Católicos franceses, bien aconsejados por Roma, han modificado su psicología política: han perdido, en tanto que especie social, el reflejo reaccionario y conservador. Entre ellos se reclutan en gran número partidarios sinceros de las instituciones libres y promotores activos de la legislación obrera. Sin embargo, necesitamos precisar: eso es exacto en la medida en que se requiere caracterizar la actitud de las generaciones más jóvenes, las tendencias nuevas y las posiciones avanzadas del Catholicismo francés. Allí se encuentra su dinamismo, su fuerza progresiva y creadora y, por ende, la de mayor importancia. Pero ese partido del movimiento está lejos de haber triunfado del partido de la resistencia: éste continúa siendo el más numeroso, el más provisto de recursos, el mejor autorizado ante la masa católica; ahora bien, si no ataca abiertamente al régimen, continúa hosililizándolo y —lo que es más grave— continúa su alianza con formaciones políticas aplicadas a la defensa de algo muy distinto al bien común. Esto es lo que importa primeramente demostrar.

I

PERSISTENCIA DE LOS VIEJOS REFLEJOS

La Derecha y la Izquierda francesas se hallan en pugna, después de la guerra, con respecto a tres grandes palabras: nacionalismo, capitalismo y parlamentarismo. No hay necesidad de un largo estudio para comprobar que, sobre esos tres puntos, las principales fuerzas católicas —y nótese bien que no digo la Iglesia— actúan con las derechas. La burguesía y los campesinos franceses no han regateado ni su dinero ni sus votos a los partidarios de la llamada política de seguridad, cuyos principales inspiradores y agentes eran los nacionalistas integrales de tipo maurrasiano y los burgueses legistas a la Poincaré. So color de oposición al socialismo, no ha habido reforma del progreso social —tal como los Seguros Sociales o la Escuela Unica¹— que no fuera combatida por los candidatos y los periódicos de los “bien pensantes”. En cuanto a la ofensiva contra la institución parlamentaria, no sólo atacada en su actual corrupción sino en su principio mismo, basta hojear la prensa del día siguiente al Seis de Febrero para comprobar que

¹ Acerca de este punto los “bien pensantes” tenían una excusa en la forma incompleta y peligrosa bajo la cual fué presentada la reforma escolar, y en la manera solapada en que se la impuso. Pero su falta consistió en combatir la unificación de la enseñanza *en su principio*; porque eso era marchar en auxilio de un privilegio burgués y en contra de los intereses de la comunidad nacional. He tratado de mostrarlo en *La Escuela de la Nación* (Ed. “Cerf”, 1934). Por otra parte, debemos hacer notar a propósito de los seguros sociales, para ser justos, que la Federación Nacional Católica se adhirió bastante rápidamente al principio de la reforma.

los defensores de la repercusión popular no se reclutan habitualmente a la sombra de las sacristías.

Debemos, pues, confesarlo: los Católicos franceses, en sus cuadros más oficiales y en su masa más numerosa, piensan, sienten y votan por la derecha. No hay lugar para hacerles un reproche de principio; quiero incluso aprobarlos en tanto que en las derechas se cultivan virtudes eminentemente honorables: espíritu familiar, amor a la patria, fidelidad religiosa. Pero debemos llamar la atención sobre los pecados de su partido y conjurarlos para que se separen.

La prensa escandalosa

Y es a esto a lo que sus periódicos no los han acostumbrado. Cuando digo "sus periódicos", entendámonos. Tanto en París como en provincias hay órganos de la prensa católica, que se presentan como tales, colocados más o menos directamente bajo la fiscalización de una autoridad religiosa. Fieles a las directivas romanas, toman por lo general una actitud política moderada, conciliadora, oscilando entre las derechas y las izquierdas centrales, y son más dignos de alabanza por un gesto animoso y franco que de crítica por ciertas vacilaciones, ciertos balanceos, cierta contemplación prudente de los prejuicios de su público. Pero también existen esas innumerables hojas fuera de toda etiqueta y de todo contralor jerárquico, que se dirigen a la opinión conservadora y por consecuencia, en las condiciones actuales de la sociedad francesa, a un público en su mayoría católico. Redactadas frecuentemente por Católicos, informando sobre la actualidad religiosa, combatiendo la

francmasonería y las fuerzas anticristianas, leídas y a veces oficiosamente recomendadas por el clero, aparentan ser órganos del pensamiento católico ante el público creyente o no creyente. Pero en realidad se trata de periódicos partidarios que defienden ciertos intereses políticos y sociales bien definidos y comprometen en maniobras cuyos fines y procederes no siempre son honestos, no sólo a la comunidad católica nacional, lo que ya sería lamentable, sino a la misma Iglesia, lo cual es desastroso.

Inútil citar nombres: todos saben de quiénes hablo. No hay en Francia ningún pueblito lo bastante miserable que no posea, frente a una hoja masónica igualmente mediocre, algún pliego "bien pensante" desde el cual un Giboyer de subprefectura se ejercita, cada domingo, en cubrir de una saliva piadosa a los adversarios de la Iglesia, en ironizar contra el régimen y en tener alerta la prudencia de los propietarios agitando el espectro de la Revolución Social. Malos fermentos, que mantienen en la masa de la nación un equívoco de espantosas consecuencias espirituales. Pero el mal es aún más virulento a un nivel más elevado, allí donde actúan grandes cotidianos difundidos por centenares de millares de ejemplares entre un público muy poco cultivado para reflexionar personalmente, pero con bastante inteligencia para reflejar las ideas y formar una opinión.

Aquí lamento el tener que mencionar, en primera línea, a *L'Echo de Paris*. Todos conocen a este periódico bien informado, redactado con talento, poderoso gracias a su influencia política, por lo demás bastante decente y que, después de la condenación de *L'Action*

Française, es sin duda el más habitualmente leído por la burguesía “bien pensante”. Puede jactarse de ilustres colaboraciones, ya que ciertas personalidades oficiales del catolicismo francés lo eligen para exponer allí sus opiniones políticas personales. Ahora bien, este diario es un diario de partido, en toda la acepción del término. Es incluso un diario parcial, que hace eco a las acusaciones sin pruebas, recorta la información a la medida de sus tesis, insinúa la calumnia por la caricatura, ataca a sus adversarios sin preocupación alguna de justicia y defiende a sus partidarios sin preocupación alguna de moralidad. No más que sus procedimientos, sus posiciones habituales tampoco se inspiran en un espíritu cristiano; su política exterior es secamente, estrechamente pragmática; su política interior supone la división de los franceses en dos categorías: los buenos que están a la derecha y los malos que están a la izquierda. Bloque contra bloque, Unión contra Cartel, frente contra frente. “El Frente Popular —escribía el 11 de agosto último uno de sus principales colaboradores— he aquí al enemigo; *entre nosotros y él se trata ahora de una cuestión de fuerza*”. Que haya entre Conservadores y Revolucionarios, así como entre Francia y Alemania, algo distinto a una cuestión de fuerza es lo que pueden ignorar los suscriptores de este gran cotidiano conformista, abogado escandaloso de una Iglesia cuyo fundador vino a decir a los hombres: *Buscad primeramente la justicia*.

En donde todo el mundo no está contento

Siento, desde hace algunos instantes, que inquieto a mis amigos. Los más razonables, Tcódulo y Fortunio, piensan que paso la medida, el "justo medio" caro a sus corazones de lectores de *Le Temps* y del *Journal des Débats*. Los más ardientes, Filomaco y Godofredo, juzgan que he perdido la razón y miran si en el ojal de mi solapa no florece la insignia del Frente Popular. Eudemonio, el escéptico, se contenta con sonreír y sólo me acusa de falta de gusto. Pero todos están de acuerdo en lo inoportuno de esta mercurial. ¿Cómo? ¿Los Católicos franceses no se hallan lo bastante divididos y débiles ante el adversario? ¿Habrá que sembrar la discordia en una de sus mejores plazas fuertes? ¿Conviene a un profesor, a un intelectual, hacer el guerrillero y suscitar un escándalo?

Notemos de paso: cuando un *clerc*, guarnecido de abrigados uniformes, interviene en el conflicto político y pone su pluma al servicio de los poderes establecidos, mis amigos no escatiman las alabanzas. Le encuentran talento, coraje, y siguen con una mirada benévola esta tranquilizadora progresión hacia los honores oficiales. Si, por el contrario, el *clerc* imprudente se mezcla para desempeñar su oficio de crítico, devolver su brillante pureza a ciertas ideas comprometidas y servir a un orden más realmente humano que el orden policial, se le recuerda de inmediato que su misión está por encima de la política y que serviría mejor a la sociedad haciendo metafísica o gramática.

¡Pues no, queridos amigos! No deseo hacer el gue-

rrillero. No ataco a la derecha por ser la derecha, ni al *L'Echo de Paris* por ser un periódico de inspiración conservadora y militar. Desde que existe una fortuna adquirida, una nación y un ejército, admito muy bien que posean intereses legítimos para defender y que formaciones políticas u órganos de prensa existan especialmente con el objeto de asumir este cometido. Pero es inadmisibile e intolerable que, por una parte, estos intereses estén unidos artificialmente a valores religiosos sojuzgados, como si las miras del Estado Mayor y de los grandes comités industriales coincidieran necesariamente, por una suerte de armonía preestablecida, con los principios del Evangelio; y que, por la otra, sean demasiado a menudo defendidos con procedimientos incompatibles con la moral cristiana. Entonces hay traición, explotación del espíritu, y más vale para la Iglesia carecer de alianzas que ser estrangulada por sus alianzas. Más vale desunir a los Católicos que dejarlos unidos sobre un equívoco monstruo. Y más les valdría no ser oídos en los círculos mundanos a ciertos prelados a quienes atormentan los demonios académicos, y a algunos grandes religiosos que no han hecho voto de humildad, que cubrir con sus sotanas las adulteraciones del espíritu por el orgullo nacionalista y el egoísmo burgués.¹

Ningún partido contiene a Francia

—Pero, señor, ¡está Francia de por medio!

Quien así me interrumpe noblemente es Filomaco, el

¹ Sobre el asunto de *L'Echo de Paris*, ver al final de este volumen el Apéndice: "A propósito de un sacrilegio".

patriota, aficionado a las frases históricas. Podía esperarse: los mismos que creen a la Iglesia sacudida desde que se habla de fiscalizar los bancos, creen también que la patria sangra desde que un hombre de las derechas aparece rasguñado. Pero es ser un poco cándido. Para hablar tan sólo de los intereses más inmediatamente vitales de la nación, ¿debe esperarse que los partidos y los periódicos subvencionados por el Comité de Metalúrgicos protesten contra las exportaciones en masa de minerales de hierro a la Alemania hitleriana, para los fines del rearme? Bien sé, como ha dicho un hombre espiritual, que ese hierro volverá a Francia: lo encontraremos en nuestro pecho. Lo que no impide que los partidos y los periódicos de la derecha se hagan cómplices, por su silencio, de una alta traición.¹ ¿Y qué pensar de esos burgueses patriotas, tan dispuestos a lamer las botas de los dictadores extranjeros por temor al comunismo, ya fuese en detrimento evidente del interés francés, como en el asunto ítalo-etíope,² o incluso a expensas del honor y la seguridad del país, como después del golpe de fuerza del 7 de marzo? Evidentemente, ese proceder no asombra a quien sabe un poco de historia: es el reflejo habitual de los privilegios amenazados por la revolución; es el pedido de auxilio al extranjero, y es el ejército de Coblenza... Entonces,

¹ Recordemos las cifras oficiales: Quintales de minerales de hierro exportados de Francia a Alemania: en 1932, 7.116.599; en 1933, 11.566.202; en 1934, 17.060.916; en 1935, 58.616.111 (Respuesta del Ministro de Finanzas a M. Salette, diputado. J. O. del 3 de marzo de 1936; pág. 711.) Para el solo mes de enero de 1936, la exportación francesa a Alemania alcanzó a 5.474.000 de quintales.

² Sobre este punto ver Yves Simon: *La campagne d'Ethiopie et la pensée politique française*. S. I. L. I. C., Lille, 1936.

por fortuna, el instinto patriótico se refugia en el corazón del pueblo.

A riesgo de decepcionar a algunos de mis lectores, declaro que no soy un pacifista recalcitrante: oficial de reserva, cumplo con mi obligación lo mejor que puedo y estoy listo a dar mi vida por mi país en una guerra justa. Es verdad que hago el peregrinaje al Arco de Triunfo con menos frecuencia que otros, y no asciendo a un paso cadencioso. Pero también es verdad que nunca me incliné ante el Muerto desconocido sin pensar que simboliza la solidaridad carnal de la nación y que se lo ofende cuando se quiere ver en él otra cosa que la humilde aceptación de su destino de francés. ¿Quién era? ¿Cuál era su religión, su raza? ¿En qué partido militaba? Nada sabemos. Y tampoco sabemos en qué cortejo desfila hoy su joven hermano, a quien quizá se lo haga reposar junto a él un día de éstos. Entonces, ¿por qué los insultos, los odios civiles, las exclusiones desdeñosas? ¿Quién puede pretender representar únicamente por sí mismo la realidad de una patria en donde se han mezclado, en quince siglos de historia, tantas razas, tantas culturas, tantas tradiciones diferentes? El heroísmo caballeresco de las Canciones de Gesta y el positivismo burgués de los romances, el pensamiento cristiano del siglo XII y el humanismo del Renacimiento, la razón de Boileau y el lirismo de Michelet, la Monarquía y la Revolución, la burguesía y los obreros, la nobleza y los paisanos, todo eso, todo eso es confusamente Francia, cuarenta millones de personas viviendo tras una frontera común, hablando una misma lengua, formando un mismo Estado. Entran, por cierto, demasiadas impurezas humanas y demasiados azares

históricos en la composición de una patria para que le sea justo, al Cristiano, hacer de ella una substancia divina; mas una patria representa también condiciones de vida demasiado necesarias y una suerte demasiado preciosa para que al ciudadano le sea justo despreciarla. Pero que nadie quiera engañarnos. Así como los verdaderos devotos no son aquellos que repiten: “¡Señor!, ¡Señor!”, los mejores patriotas no son siempre los que van gritando: “¡Francia primero!”, ya que el verdadero patriotismo no consiste en hacer pasar intereses de clase y combinaciones de partido bajo una etiqueta nacional, sino en adquirir conciencia intensamente del bien común temporal y de la misión espiritual de la nación, a fin de mejor servirlos.

Nadie, sin duda, tiene al Conde de París por un agente de Moscú. Y sin embargo éste ha encontrado un día, para hablar del antagonismo entre el Frente Popular y el Frente Nacional, un acento infinitamente más humano que los grandes burgueses “republicanos” de *L’Echo de Paris*. “Este antagonismo —ha dicho— cuyo absurdo se evidencia en las palabras mismas. ¿Cómo no comprender que el régimen conveniente para Francia debe ser, al mismo tiempo, popular y nacional?”

¿Quién no lo comprende? Pues todos los que ubican a Francia entre la extrema derecha y el centro izquierda, y que se dicen defensores del orden porque inmovilizan un desorden comfortable para ellos. ¿Quién no sabe que el pueblo existe? Pues todos aquellos que llamando confusamente “tradiciones” a los abusos de los cuales aprovechan y a los privilegios que no quieren abandonar retardan desde hace cien años, por un combate de

retaguardia sin grandeza, bajo pretexto de sensatez y de fidelidad, el progreso de la libertad y de la justicia. ¿Quién no tiene el sentido de la nacionalidad francesa? Pues esos patriotas integrales para quienes la patria sólo está compuesta de sus partidarios y no de la masa de hombres carnalmente unidos en el trabajo de una misma tierra, la herencia de una misma historia y los riesgos de una misma muerte.

Entre esos defensores de un falso orden y esos buenos franceses de aparato ¿debemos ver a tantos Católicos declarados? ¿Es necesario, sobre todo, que Católicos activos, seducidos por la esperanza de un cambio ventajoso para la Iglesia, entren en su conspiración que hoy se ha vuelto más temible, y hagan frente común con ellos? Que al menos tengan plena conciencia: su gesto, lejos de ser nuevo y audaz, será la repetición de una vieja costumbre, la vuelta al pasado, su adhesión, a contrapelo, a los viejos partidos crispados desde hace sesenta años en la resistencia. No se ha cesado jamás de llamar a esos hijos pródigos, no se les escatimaría el ternero cebado; pero no por eso su retorno dejaría de ser un arrepentimiento. . . y una dimisión.

II

REJUVENECIMIENTO DE LOS MÉTODOS

Aquí presiento la objeción que más de un lector me hace en su fuero íntimo. Poner en guardia a los Católicos contra los peligros de un retorno a los viejos partidos conservadores, es continuar hablando de partidos. Ahora bien, puede pretenderse que desde hace

algunos años, singularmente después del Seis de Febrero, no hay más partidos en Francia. Hay reuniones de un carácter completamente distinto, cuyos métodos rejuvenecidos e impulsos más generosos y cuya noble psicología echan por tierra todas las condiciones de la acción política. Tal joven Católico de mi amistad, a quien una antipatía razonable hubiese ayer alejado invenciblemente de las formaciones electorales de *L'Echo de Paris*, hoy se adhiere por entusiasmo a tal liga, en donde la pasión del honor, unida a un espíritu de camaradería militante y a una oposición teórica a la injusticia social, le crean una atmósfera respirable.

De acuerdo. Sin embargo podría llamar la atención de ese buen joven sobre este hecho que es, al menos, turbador: las "minorías activas" en las que ha puesto su confianza son hoy aprobadas exactamente por los mismos periódicos, reclutadas en los mismos medios y sostenidas por las mismas fuerzas sociales que ayer aprobaban, componían y sostenían las formaciones políticas caducas. Todo el mundo repite que ya no hay partidos. Mientras más reflexiono, menos me persuado de ello. Me parece, por el contrario, que las "minorías activas" son una metamorfosis de los antiguos partidos que han cesado de ser —o no pudieron devenir— mayorías gobernantes. Lo que se llama una liga —y esto es tan cierto para la juventud comunista como para los "dispuestos" de los *Croix de Feux*— es un partido que busca, en el poder militar, un desquite a su impotencia electoral.

Llamamiento a los principios

Y, sin duda, esta comprobación bien evidente no implica la condena *a priori* de las ligas. Teóricamente es posible imaginar un Estado tan debilitado o tan tiránico, conducido a tales faltas por un electorado seducido o corrompido, que los ciudadanos honestos y sensatos tendrían el deber estricto de unirse para salvarlo, aun recurriendo a la violencia física. No obstante, debe advertirse en principio que ese cambio en el plan de acción, ese recurso a la fuerza del número armado en la vida civil, crean responsabilidades morales y riesgos políticos que una conciencia cristiana no puede asumir sin un examen escrupuloso.

Por de pronto, responsabilidades morales: voltear un gobierno por un motín, imponer el poder por la fuerza y mantenerlo por la sujeción implica, para un grupo de individuos, rebelarse contra la autoridad legítima del Estado y violentar las preferencias espontáneas de la nación. Un acto tan grave sólo se justifica contra una traición evidente del bien común. Sería criminal si no tendiera más que a la defensa de intereses particulares, aun legítimos, aun considerables. Y, todavía, debemos estar seguros que, en las condiciones morales y sociales en que se actúa, el Estado que se crea no sea peor que el depuesto; que, por ejemplo, la tiranía del garrote sea naturalmente más clarividente y más honesta que la de la papeleta del voto y que una demagogia de asambleas, aun heroica, sea moralmente superior a un parlamentarismo, aún degenerado. En cuanto a la misión de policía auxiliar que los ciudadanos bené-

volos se arrogan en el Estado, me limitaré a citar aquí el artículo respectivo del *Catecismo de Acción Cívica* (Capítulo 14, pregunta 5) del Abate Lallement: “¿Puede uno sustituirse a la autoridad establecida para reprimir la sedición proveniente de los elementos de desorden? (Respuesta): Pertenece únicamente a los poderes públicos el hacer reinar la paz entre los ciudadanos. Si grupos particulares, fuera del caso de legítima defensa, deciden resistir los asaltos que otros grupos hacen sufrir al orden social, se implantaría la guerra civil. Tomar sobre sí la resistencia contra los perturbadores sólo es legítimo cuando el gobierno establecido ha desaparecido de hecho, y con el fin de restablecer lo más pronto posible un gobierno nuevo que haga respetar el orden”.

Un cristiano, por lo tanto, no podría aprobar o favorecer una empresa de dictadura ilegal sin una seria deliberación de conciencia. Pero en este género de aventuras también cuentan los riesgos políticos. Graves en toda ocasión, puesto que se juega el todo por el todo, son inmensos en una nación cuyo instinto histórico, unido a su cultura más lejana y a su costumbre bien pronto secular de la libertad, han apegado apasionadamente a la independencia y al derecho de crítica. Pensemos en la impopularidad aplastante con que una dictadura, aun discreta, sería agobiada en un pueblo del cual Michel de l'Hopital escribió, harán próximamente cuatro siglos: “Ser Francés y vivir en estado de servidumbre son dos cosas no menos incompatibles que el día y la noche”. Midamos las escasas posibilidades que tendría de imponerse; las dificultades que encontraría a su paso para perdurar y, sobre todo, pen-

semos en lo que el principio mismo de un tal régimen, encadenando las personas al Estado, gravitando sobre las conciencias con todo el peso de una policía, implica de ofensivo a la dignidad del hombre y de peligroso para el poder espiritual de la Iglesia —y admiremos, no sólo la prudencia moral, sino también el sentido político de esos “bien pensantes” que se precipitan en masa en las ligas y toman partido a la ligera contra la legalidad y la libertad. . .

Consideración de los hechos

Lo sorprendente, en efecto, no es ver a tantos Católicos manifestar en la calle su gusto por los desfiles, marchando tras los oficiales vestidos de civil, sino comprobar en la mayoría de ellos la ausencia total de reflexión en una elección política que compromete responsabilidades tan pesadas. A esos piadosos aturridos, a esos héroes cándidos, quisiera (por lo menos) haberles inspirado una inquietud, haberles hecho presentir el problema.

Pero bien sé que los hay menos simples. Son los que no ignoran la magnitud de los principios y la gravedad del caso, pero optan deliberadamente por la acción directa y tratan de arrastrar, con toda buena fe, a la *élite* de los jóvenes Católicos. Es con éstos con quienes es interesante conversar.

¿Cuáles son, pues, sus motivos? Por lo general se reducen a dos consideraciones: la una atañe a la política pura o al bien de la ciudad; la otra a la política religiosa o al bien de la Iglesia.

1º *El bien de la ciudad*

En tanto que ciudadanos del Estado francés, estiman que el régimen parlamentario se halla podrido y es impotente para mantener el orden de la nación, y esperan tan sólo de los métodos de fuerza una obra de reforma y purificación necesarias. Sobre este punto, ninguna duda cabe que la incapacidad, la timidez y las deshonestidades del Parlamento francés no den a su reacción una apariencia razonable. Todo hombre que tenga hoy en día el sentido de los desórdenes sociales, ya pertenezca a una liga nacionalista, o sea un comunista militante o un revolucionario espiritual, no se hace más ilusiones sobre las posibilidades de una reconstrucción confiada a los viejos partidos que actúan en los viejos cuadros. Pero la cuestión no consiste tanto en saber por qué método, violento o legal, se impondrá una nueva forma al Estado, sino en definir esta forma. Ahora bien, existe un principio del cual no podemos prescindir: *la dictadura no es un régimen*; puede ser un remedio, un instrumento provisoriamente necesario para una reparación urgente, pero no se inmoviliza sin oprimir a las personas, sin llamarse tiranía. Y he aquí, justamente, lo que hay de inquietante en el espíritu del faccioso: considera la dictadura como un fin político normal, como un estado de salud. En su crítica de los abusos parlamentarios involucra la condena de un derecho sin el cual sólo nos queda lo arbitrario: el derecho del pueblo a una representación política y a una fiscalización efectiva sobre los actos de su gobierno.

Librado a su pasión de autoridad, el faccioso ve claramente las faltas de los Parlamentos. Las exagera, si viene al caso, y repite calumnias absurdas u odiosas contra su personal; pero aprueba en bloque los actos de los dictadores, sus procederés violentos y sus tentativas guerreras, aun cuando se haya ofendido a la justicia y traicionado el interés de los pueblos. Más todavía: omite preguntarse si entre los poderes que conducen o pagan la ofensiva contra las instituciones de la libertad no existe cierta oligarquía financiera a la cual esas instituciones, con todo lo que tienen de imperfecto y corrompido, puedan al menos imponer la apariencia de un control y la sujeción de un freno¹.

2º *El bien de la Iglesia*

Desde el solo punto de vista del bien político, son ésas razones quizá bastante serias para apartar a los Católicos de un movimiento que esconde imperfectamente, bajo hermosos pretextos, una conspiración de privilegiados. Pero aun queda por tener en cuenta la consideración religiosa, y he aquí cómo razona el faccioso Católico en lo secreto de su corazón: “Francia —piensa— sufre un régimen abierta y realmente ateo. La República, no obstante guardar algunas formas con respecto a la Iglesia, persigue en profundidad una obra de descristianización consciente y sistemática, porque

¹ Sobre el conflicto existente entre la democracia parlamentaria y las místicas dictatoriales, me permito remitir al lector a las reflexiones más extensas que he propuesto acerca de este tema en *Destinos de la Persona* (Bloud et Gay, 1935), Segunda Parte: *La Política y la Persona*, y en *Política* (octubre de 1935): *Diálogo sobre la República*.

las instituciones liberales y electivas brindan a los adversarios de la Cruz sus mejores ocasiones y les abren los más fáciles caminos. Protegerlas en el instante mismo en que tambalean implica ser imbécil o cómplice. Subamos al asalto, pues, de una libertad que favorece el error, e impongamos una autoridad que sirva a la fe verdadera”.

Quiero, por de pronto, reconocer la fuerza de este argumento: subraya todo lo que hay de cruel en la alternativa en que hoy se encuentran los Católicos franceses, y todo lo que puede parecer paradójico en la actitud de algunos. El argumento sería incluso decisivo si se pudiera creer que la acción de las fuerzas descristianizadoras depende principalmente en Francia de las condiciones institucionales y políticas, y que basta cambiar de régimen para concluir con ellas. Pero esta acción se debe a causas mucho más profundas, de orden cultural y filosófico, y si algún día triunfan los Católicos no será de seguro gracias a un cambio de las instituciones, impuesto bruscamente y por la violencia externa, sino gracias a una lenta cruzada espiritual cuya prosecución respete la libertad de las conciencias.

Se me dirá: ¿cree usted indiferente, con todo, que el poder pase de las manos de un electorado gangrenado por influencias masónicas a las de una *élite* activa y benévola, la cual cerraría las logias, pondría en receso a los maestros ateos y favorecería la escuela confesional? Daré primero la siguiente respuesta que podrá dispensarme de toda otra. Basta haber auscultado la opinión francesa para ver fulgurar este hecho evidente: en el año de gracia de 1936, entre la Mancha, los Alpes y los Pirineos, todo régimen que en algo se pareciera

a una dictadura católica, a un fascismo clerical, es impensable y no duraría un mes. Más aún: dadas las condiciones históricas en que nos encontramos y desde el punto de vista del interés mismo de la Iglesia, nos sería menester desconfiar en absoluto de dicho régimen hasta en el caso hipotético de que fuese viable. El servicio que lo espiritual solicita de la espada temporal para contener la difusión del error y favorecer la expansión de la fe verdadera es, ciertamente, un bello pretexto, y quizá la alianza de los dos poderes sea en teoría la mejor fórmula a los fines del bien común. Pero a condición que el poder civil se halle en manos de Cristianos de intenciones absolutamente puras, con la preocupación de servir a la Iglesia y no de servirse de ella, sabiendo, por lo demás, que la vida religiosa supone la libre adhesión del alma y que el reino de Cristo no se prepara con un apostolado de gendarmes. Por el contrario, todo está perdido si el Estado cristiano no es sino un Estado clerical, gobernado por políticos que tratan al clero como a un cuerpo de policía auxiliar, o aun por creyentes, mejor intencionados que instruídos, que ignoren que constreñir la conciencia de los incrédulos implica violar la teología moral. Nada más bello que un Estado cristiano en su forma y en su espíritu; pero lo peor es un régimen que ostente fastuosamente la Cruz sobre sus edificios, pese a traicionar tranquilamente el Evangelio en la sombra de sus consejos. Si bien el clero católico, en el curso de la historia, no siempre evitó estas alianzas dudosas, lo cierto es que siempre terminaron por volverse en su contra. En la actualidad, y para suponer lo peor, la Iglesia tiene menos que temer una persecución de su fe en la demo-

cracia liberal que una explotación de su influencia por un conservadorismo autoritario.

La libertad, ciertamente, no es el bien supremo; por encima de ella están la verdad y la justicia. Para defender la verdad contaremos con las armas del espíritu. En cuanto a la justicia, y teniendo a la vista precisamente su interés, es que vamos a plantear con toda claridad el problema de nuestro comportamiento social y, sobre todo, de nuestro comportamiento político. De cualquier peso que sean las razones de táctica, de prudencia o hasta de connivencias intelectuales, ellas no son tan decisivas como la consideración de lo justo. En qué condiciones políticas la justicia social tiene probabilidad de ser mejor servida es lo que ahora necesitamos preguntarnos.

CAPÍTULO IV

CATOLICISMO Y CAPITALISMO

Tres hechos se proponen a nuestra atención con la fuerza de la evidencia.

Primer hecho: El desorden de la sociedad contemporánea desarróllase sobre dos planos. Sobre el plano político se traduce por la inestabilidad de los gobiernos, la impotencia y corruptibilidad de las asambleas, la anarquía de los servicios, la dependencia de la magistratura; en resumen, por una evolución doblemente viciosa del Estado, cuyas atribuciones se extienden constantemente y sus poderes constantemente se debilitan: *es la crisis del parlamentarismo*. Sobre el plano económico, el desorden estalla en la anarquía de la producción, en la paradoja de una prosperidad generadora de miserias, en el escándalo de una desproporción enorme entre los recursos infinitamente crecientes de un puñado de manipuladores de dinero y la pobreza infinitamente ensanchada de las masas laboriosas; en fin, en el determinismo económico que parece empujar al pueblo hacia la guerra: *es la crisis del capitalismo*.

Segundo hecho: En tanto que el proletariado se manifiesta sobre todo inquieto ante esta segunda forma del desorden, la burguesía conservadora, que sufre me-

nos duramente sus efectos, se empeña en denunciar sobre todo la primera. Los “abusos intolerables”, para la opinión burguesa, son la venalidad de algunos parlamentarios, el derroche en las finanzas, la rebelión de los maestros. Para la opinión popular son “las 200 familias”, el Banco de Francia, los decretos-leyes, la actuación de los “comerciantes de cañones”. Por el efecto inverso de un mismo instinto de conservación, las clases poseedoras se precipitan en defensa del capitalismo, soporte de su poder, resignándose a sus abusos, y el proletariado cierra las filas alrededor de la institución parlamentaria, bastilla de sus libertades, y trata como enemigo a cualquier que pretenda corregir sus vicios reales. Todas las complicaciones, todos los equívocos de la situación política actual se reducen a esos errores paralelos.

Tercer hecho: Hay ruptura entre la actitud oficial y doctrinal de la Iglesia, por una parte, y, por la otra, la actitud real y práctica de los Católicos franceses. Mientras la Iglesia se preocupa, sobre todo, de aportar un remedio al desorden capitalista y a las miserias que engendra en las masas, las fuerzas políticas del Catolicismo, solidarias de la opinión burguesa, se consagran principalmente a denunciar el desorden parlamentario y los peligros que hace correr a la nación. He aquí una causa de grave malestar, a la vez cívico y religioso, en esta divergencia de preocupaciones fundamentales entre el jefe de la Iglesia y los principales jefes políticos del Catolicismo francés.

I

EL CAPITALISMO FRENTE A LA DOCTRINA DE LA IGLESIA

Los abusos del capitalismo

Es manifiesto que el Santo Padre no ha juzgado útil consagrar una encíclica a la crítica del parlamentarismo, mientras que uno de los documentos hasta hoy más importantes de su pontificado, el *Quadragesimo Anno*, plantea la cuestión moral del capitalismo. Y eso se comprende fácilmente. La institución parlamentaria es una técnica de gobierno; tiene sus defectos y sus ventajas, y a la prudencia política corresponde apreciarlos. En cuanto a sus abusos, que implican deshonestidades o injusticia, no son la consecuencia necesaria de la institución, sino el efecto de desfallecimientos políticos o morales imputables a las personas.

Muy diferentes son los abusos del sistema capitalista: si su constitución no es intrínsecamente mala —y la encíclica lo declara textualmente— “*las profundas transformaciones que sufriera desde hace treinta o cuarenta años han viciado su naturaleza e instalado, de hecho, un régimen que crea una violación del orden*”, o sea un régimen cuya injusticia es consubstancial y ha llegado a ofender la ley moral por el curso fatal de las cosas, sin que en ello intervenga ni siquiera la libertad de las personas. Tal régimen, viciado de hecho, debe ser condenado y va de suyo que no es posible defenderlo sin pecar contra la justicia.

¿Cómo se manifiesta, en un capitalismo corrompido,

esta violación del orden? La encíclica insiste en dos categorías de hechos: la explotación de las personas y la dictadura económica.

1º *La explotación de las personas*

Es la explotación de la clase trabajadora por el capital. *“Hay violación del orden cuando el capital no contrata a los obreros o a la clase de los proletarios sino a los fines de explotar a su voluntad y a su provecho personal la industria y el régimen económico entero, sin tener en cuenta la dignidad humana de los obreros ni el carácter social de la actividad económica, ni aun la justicia social y el bien común”*¹. Merecen pesarse todas las palabras. Es moralmente indefendible un régimen en donde el dinero explota la industria no sólo a su provecho sino a su voluntad, sin disciplina y sin control, y en donde se desconoce la *dignidad humana de los obreros* (sometidos a una condición precaria e incierta), *el carácter social de la actividad económica* (trasformada íntegramente por la idea de provecho y no regulada por la idea de servicio), *la justicia social* (lesionada por una injusta repartición de la plusvalía que acumula los capitales en algunas manos privilegiadas, conduciendo a los hombres en masa al pauperismo y a la desocupación) y, por último, el *bien común* (deliberadamente sacrificado a los intereses particulares, cuando, por ejemplo, los grandes “trusts” metalúrgicos mantienen en el mundo una psicosis de guerra favorable a su comercio).

¹ *Quadragésimo*

2º *La dictadura económica*

Es precisamente *“la acumulación de un enorme poder, de un poder económico discrecional, en las manos de un pequeño número de hombres que no son ordinariamente los propietarios, sino los simples depositarios y gerentes del capital que administran a su voluntad”*¹. También aquí el texto es claro y su aplicación sencilla. Es fraudulento un feudalismo financiero que entrega a menos de cien personas un total aproximado de 700 bancas en los más importantes consejos de administración; que permite a los banqueros utilizar, como administradores de las compañías de seguros, las reservas libres de aquéllos para prestarlas al Estado, obteniendo para sus empresas comisiones exorbitantes; que permite a otros, por el sistema de las filiales, venderse a ellos mismos sus productos y drenar hacia algunos privilegiados los frutos de un capital perteneciente a una masa de pequeños accionistas, ciegos e impotentes; que encadena el Estado a las voluntades y a los intereses de algunos “trusts” y de algunas familias, lo bastante ricas para cortar los víveres o amedrentar a sus gobiernos; en fin, que entrega la tierra a quienes, *“dueños absolutos del dinero . . . distribuyen en cierta forma la sangre al organismo económico . . . de modo que, sin su consentimiento, nadie puede respirar”*.

De suponer que los dueños del mundo capitalista fuesen sabios o santos y usaran de su inaudita fuerza para el bien de las masas humilladas, un régimen que pone la realidad del poder social entre las manos de algunas

¹ Ibidem.

personas privadas, exentas de todo control, sería injusto e inhumano; este despotismo del dinero, incluso fuera despotismo ilustrado, resultaría anormal, ofensivo para la dignidad de los pueblos y para la soberanía de las naciones. Con mayor razón no siendo sino hombres los detentores de tal poder, y esclavos, ni más ni menos que los otros, de su egoísmo y de sus pasiones.

II

REACCIÓN DE LOS CATÓLICOS

¿Cómo han reaccionado los Católicos ante los escándalos del capitalismo?

No olvido, por cierto, aquellos que siguieron la dirección de Roma e hicieron algo en el orden de la crítica, de la acción social o de la acción política. No olvido las Semanas Sociales, ni el Sindicalismo Cristiano y la J.O.C., ni los diversos movimientos y periódicos de inspiración cristiana que fustigaron el desorden establecido. Pero pienso en el Católico medio, si puede llamarse así, en aquel que dispone todavía de los órganos de prensa más poderosos y de las más fuertes influencias parlamentarias. Es preciso confesar que éste no se ha comprometido ni fatigado. Me ha sucedido asistir a mitines de defensa católica. Escuché a excelentes tribunos decir cosas a menudo justas, y a veces excesivas, contra la francmasonería; pero siempre que se hacía alusión a la política general, así como era con más frecuencia afirmada "la fe en las fuerzas del país" que la confianza en la colaboración internacional, se mostraba una severidad mucho mayor para la demagogia de los comi-

tés políticos y la ralea parlamentaria que para la tiranía económica de los comités industriales o las combinaciones demasiado ingeniosas de los grandes barones financieros.

Pero se me dirá: ¿qué puede hacerse? Estos problemas son tan complejos, se hallan a tal punto fuera de la competencia media y su solución escapa en forma tal a la pobre inteligencia de los hombres... Es posible. Pero al menos se puede protestar, protestar con la conciencia cuando no se dispone de otra arma, protestar con la voz cuando se tiene aliento. Se puede no adquirir el hábito de la injusticia. Se pueden rechazar las complicidades.

Un ejemplo...

Tomemos un ejemplo. La *Vida Financiera*, del 21 de junio de 1935, publicaba una versión taquigráfica de la asamblea de accionistas de la casa Hotchkiss. Después de la memoria del consejo administrativo, señalando interesantes pedidos de armas de toda clase y la "continuación satisfactoria de esta partida de las fabricaciones", un accionista se asombró de un aumento de varios millones en el capítulo de los gastos generales. El presidente respondió que la casa debía mantener representantes en el mundo entero, especialmente en China y América del Sur (allí, evidentemente, donde el comercio de armas tiene probabilidades de marchar adelante). Y agregó: "*Usted comprende que el agua no viene a nuestro molino sin que se la conduzca. Es verdad que, desde este punto de vista, una parte muy importante de los 24 millones está consagrada a nues-*

tros representantes en el extranjero, dado que los tenemos en países de acceso difícil, donde la vida es muy cara y en donde necesitamos hacer gastos de un orden completamente especial". Luego, arguyendo que *esas cuestiones no debían tratarse en asambleas generales*, el presidente invitó a los curiosos a solicitar precisiones en las oficinas de la Sociedad.

El sentido de la respuesta era demasiado evidente. Se sabe qué gestiones deshonestas designan esos *gastos de un orden completamente especial*, que *conducen el agua al molino*: la corrupción de los funcionarios y de los servicios en los países compradores de armas. Deshonestidad susceptible de convertirse en criminal cuando, por una maniobra clásica en este género de negocios, el "gestionante" unta la prensa para excitar la opinión pública a favor de la guerra o para envenenar un conflicto. Entonces me planteo esta cuestión. En esa asamblea de accionistas había, ciertamente, personas muy decentes, bautizadas y cristianas. La menor clarividencia, la más pequeña chispa de conciencia moral les descubriría que, tomando parte en dicho beneficio, aceptaban también su parte de responsabilidad en una acción infame, y quizá obtenían el precio de la sangre derramada. No quiero hacer juicios temerarios; quiero creer que muchos han desaprobado al consejo y vendido sus acciones. Pero la historia no ha sabido nada de ello ¹.

¹ Que Filomaco y Godofredo, que algún lector de *L'Echo de Paris* o algún nacionalista patriota no vaya a reprocharme comprometer la defensa nacional poniendo en tela de juicio a uno de nuestros buenos proveedores de armas. El interés de la defensa nacional, en tanto que la paz armada se imponga como una necesidad funesta, estaría en que el

Y otros todavía...

Tampoco la historia nos dice que la prensa burguesa, tan dispuesta a denunciar los escándalos parlamentarios, ponga el mismo apuro en denunciar los escándalos capitalistas, por lo menos cuando no comprometen a ministros radicales. ¿Hizo eco a la encuesta del Senado norteamericano sobre el tráfico internacional de armas? ¿Se preocupa de que Krupp funda cañones con el hierro que le venden generosamente las fraguas francesas? La prensa burguesa conduce una campaña constante contra los malhechos del estatismo y el derroche de las finanzas públicas; pero ¿acaso dice que, en doce años, una quincena de grandes negocios privados ha costado al ahorro francés más de siete mil millones de francos? Critica ásperamente los Seguros Sociales: pero ¿qué dice de los beneficios anormales de las Compañías de Seguros privadas —beneficios acumulados en su mayoría bajo formas de reservas, gracias a lo cual algunos grandes administradores, depositarios de un crédito for-

comercio de las armas fuese, no sólo fiscalizado por el Estado, sino sustraído a las iniciativas privadas. Bien comprendo que una medida de esta especie, para ser eficaz, o incluso posible, necesita decretarse internacionalmente. Pero ¿por qué Francia no tomaría la iniciativa de proponerla? ¿Por qué la prensa y la opinión no lanzarían y sostendrían de una manera continuada campañas en este sentido? ¿Por qué una medida tan evidentemente adecuada para suprimir una de las causas de la guerra no se preconiza jamás y es frecuentemente combatida por los periódicos habitualmente leídos por Católicos? (Ver artículos del General de Castelnau: *L'Echo de Paris* del 29 de junio y 8 de julio de 1935.) Uno quisiera no verse obligado a responder: porque los diarios habitualmente leídos por los Católicos son enteramente adictos y están en manos de los grandes trusts industriales.

midable contra el Estado, pueden mantener al gobierno en vasallaje? ¹ Esta prensa tan cuidadosa de defender los intereses del Estado contra la rapacidad de los funcionarios ¿acaso señala el hecho de que, en el descalabro general los negocios, sólo ciertas compañías concesionarias de servicios públicos ven crecer sus beneficios porque las gentes humildes pagan el gas o la electricidad, valga el ejemplo, muy por encima de su valor real? ² En fin ¿se le ha visto protestar contra sus propias servidumbres, contra el monopolio de la información

¹ Aquí se manifiesta la sutileza de las Compañías de Seguros: responden que la ley las obliga a acumular reservas para garantizarse de los riesgos asumidos y a colocar una cierta parte de esas reservas en fondos del Estado. Pero no dicen que, en su celo patriótico, hacen más de lo que el Estado les impone. A las reservas obligatorias agregan reservas libres, fácilmente movilizables, que constituyen fuentes de crédito siempre abundantes para la alta banca y la gran industria. En la rama incendio, donde la relación de los siniestros con las primas no llega jamás al 50 por ciento y en donde los impuestos fijados por la ley a las reservas son bastante reducidos, M. Blancouin (*Capitalismo: "Cahiers de la Démocratie"*, de mayo y junio de 1935) estima que alrededor de un cuarto de las primas pasan anualmente a las reservas libres.

También dirán las compañías que han sido cruelmente menoscabadas por los decretos leyes, que amputaron un diez por ciento de sus créditos sobre el Estado y de los alquileres de sus inmuebles de beneficio. Es una lástima, en efecto. Menos mal que un decreto benévolo hizo descender igualmente, en una proporción considerable, el máximo legal de las comisiones reconocidas a los corredores, de modo que, al final de cuentas, son los empleados subalternos quienes habrán pagado... ¿Se sabe que el director de una gran compañía de seguros percibe un sueldo que oscila alrededor de un millón aproximadamente?

² Mientras que de 1928 a 1934, en el sector llamado "de libre concurrencia", los dividendos pagados a los accionistas han descendido de 100 a 30, término medio, en las sociedades concesionarias de servicios públicos (electricidad, gas, transportes, etc.), los dividendos han aumentado, a pesar de la crisis, de 100 a 129. (Ver el número especial de Crapouillot: "Las 200 familias".)

y de la publicidad que la sofocan, entre Havas y Hachette, como entre las dos planchas de una prensa?

Ahora bien; debemos siempre volver al mismo punto: la prensa burguesa es habitualmente la más leída por los Católicos. Su silencio acerca de los fraudes capitalistas perjudica en mayor grado a la Iglesia, al comprometerla y al falsear las conciencias, de lo que pueden servirla veinte discursos del señor Philippe Henriot contra los designios de las logias o sesenta y cinco columnas de prosa del señor Jean Guiraud contra la gratuidad de la enseñanza.

CAPÍTULO V

RESOLUCIONES

I

POR UNA PUREZA POLÍTICA

El conflicto

Ahora vemos a plena luz el conflicto que desgarras las conciencias católicas apasionadas de pureza y libres de ilusiones.

Por una parte somos cristianos, miembros de una comunidad espiritual y fieles de una Iglesia, y por la otra somos franceses, ciudadanos de una nación en la cual nuestra creencia es únicamente afirmada por una minoría y regidos por instituciones políticas abiertas, de hecho, a la acción de fuerzas netamente anticristianas. Ahora bien: esas instituciones no son malas en principio, puesto que salvaguardan libertades muy esenciales y están en conformidad muy evidente con el sufragio de la gran mayoría de la Nación: sólo podrían derribarse por una violencia que repugna tanto a nuestra conciencia política, por lo que presentaría de aventurado, como a nuestra conciencia moral y religiosa, por lo que implicaría de ilegal.

Más aún. Está muy claro que los adversarios del régimen democrático, partidarios y apologistas de las dictaduras, o son los beneficiarios del desorden capitalista o son buenos muchachos seducidos y conducidos por ellos; está muy claro que, so pretexto de suprimir los abusos parlamentarios, piensan únicamente en hacer su tiranía absoluta quitándole al pueblo toda voz. Lo que se llama Frente Nacional está formado por pasiones nacionalistas, designadas por los textos pontificales como la expresión de una gran herejía moderna¹, puestas al servicio de un capitalismo corrompido que fué condenado por la Iglesia como una "violación del orden".

Bien sabemos que allí no está nuestro lugar. Y voces más persuasivas nos llaman del lado del pueblo. ¿Acaso no pertenecemos a ese Cristo que vino a traer su Evangelio a los pobres, que eligió sus primeros discípulos entre los humildes, que ha proferido ante el mundo una maldición formidable contra el dinero y una reivindicación absoluta de la justicia y del amor? Sí; en los movimientos profundos que agitan las masas en defensa de la libertad y de la dignidad de los hombres, de la justicia de los pobres y de la paz de los pueblos, llega hasta nosotros el soplo de un espíritu cristiano ausente de esos grupos de jóvenes bien educados que golpean a un viejo o queman en efigie al jefe de un pequeño pueblo vencido. Incluso sentimos a veces, en aquellos que marchan tras la bandera roja, una comprensión intuitiva de la misión de Francia, un sentido patriótico más íntimo y más espiritual que

¹ Sobre este punto, por ejemplo, véase J. V. Ducatillon, O. P. *El verdadero y el falso patriotismo* (Spes, 1933), y el capítulo X de los *Principios Católicos de acción cívica* del Ab. Lallement: *La política exterior y colonial*.

en ciertos devotos de la patria, apologistas titulares de la cultura francesa, pero ganados en su corazón por la idolatría romana del Estado o la mística germánica de la fuerza.

Sin embargo, no podemos cerrar los ojos a la evidencia. No podemos ignorar que la inspiración decisiva y la dirección consciente de las fuerzas populares pertenecen actualmente al partido comunista, es decir a un poder político dirigido por un gobierno extranjero y a un poder espiritual que trabaja contra la fe de Cristo. Sobre el primer punto, haría falta ser bien cándido para creer todavía que Moscú es la capital religiosa del proletariado internacional, la Meca de los-excluidos de la tierra. Moscú es Moscú, es decir la capital política de los Estados sucesores del Imperio de los Zares. Sobre el segundo punto, los comunistas, a despecho de algunas gentilezas superficiales, no nos dejan ignorar —y hace poco todavía Marcel Cachin lo dijo en el Congreso de Villeurbanne— que no renuncian a ninguno de los puntos de su programa, uno de cuyos fines principales es expulsar a Dios del mundo. El Frente Popular, bajo una tal conducta, y el día en que pasase de una defensiva actualmente justificada a una ofensiva inevitable, prometería Francia no sólo a catástrofes guerreras muy probables, sino a las peores tiranías de la conciencia, a las más absolutas traiciones del espíritu.

De este modo, hemos aquí miembros de una ciudad dividida en dos mitades hostiles, una de las cuales, tan pronto por sinceridad confusa y tan pronto por cálculo, se muestra dispuesta a defender el cuerpo de la Iglesia abandonando su espíritu, y la otra, tan pronto por ignorancia y tan pronto por odio, quiere crucificar una

segunda vez a Cristo conservando una parte de su mensaje. ¿Es que podríamos ser otra cosa que Cristianos desgarrados? Quizá no había razón más urgente para escribir este pequeño libro que la de dar a ciertos Católicos, adormecidos en sus buenos pensamientos, la conciencia de dicho desgarramiento, y la de hacerla comprender a ciertos incrédulos de buena fe.

La abstención necesaria

Aunque abstenerse sea poco heroico, antipático y siempre peligroso, no creo factible aconsejar otra actitud a los Católicos si hubiera realmente necesidad de optar entre esas combinaciones de pasiones confusas y verdades comprometidas llamadas "frentes": porque entonces sólo podrían elegir entre dos especies de traición. En ambos lados encontramos violencia, mentira, calumnia, baja política: ¡Sí, señor Massis, es preferible retirarse al monte Aventino!

Pero mi amigo Godofredo, que preconiza con idéntico fervor la acción directa y las fuerzas espirituales, me interrumpe rojo de ira. Godofredo me lanza las siguientes palabras:

—¡Usted, verdaderamente, es extraordinario! Pretende dar consejos a sus conciudadanos e ignora la más considerable de nuestras actuales posibilidades políticas. Nos habla de Francia dividida en dos bloques, pero no dice que entre ellos existe este vínculo magnífico, este poder formidable de razón, de reconciliación y de fidelidad: ochocientos mil *Croix de Feu*...¹.

1 1 1 1 1

¹ Por supuesto que dejo a Godofredo la responsabilidad de esa cifra...

Pido perdón por haber olvidado a los *Croix de Feu*: consideraba el problema político desde su aspecto ideológico. Pero quiero, en fin, reconocerlo: en algunos jefes de este movimiento, y al menos en una parte de sus miembros, hay un sentimiento de la comunidad francesa, un matiz de generosidad social, una mística de las obligaciones y una afición a la decencia que le otorgan un sitio especial entre las ligas. Abreviemos: es la única liga derechista frente a la cual una conciencia católica un poco claravidente puede plantearse el problema de su adhesión. No obstante, eliminemos el equívoco: es una liga derechista. En vano los *Croix de Feu* pretenden asumir el papel de árbitros entre los dos frentes: ya se han decidido a favor de uno de ellos. Y más aun. El que sean derechistas no los condena: se puede serlo de un modo francés, cristiano y humano (pienso en Albert de Mun e incluso en el Barrès de sus buenos momentos). Es indudable, sin embargo, y cada día lo es de más en más, que los *Croix de Feu* comparten la responsabilidad solidaria de los errores cometidos por el Frente Nacional. Eso en cuanto a su conducta. En cuanto a su psicología, allí se manifiestan las más pesadas taras hereditarias de las viejas formaciones conservadoras. Han emprendido —y de buena fe, según creo— esa gran obra imprescindible de rejuvenecimiento de los partidos; pero por insuficiencia de espíritu crítico, y quizá por falta de confianza en el espíritu, la han arruinado soberbiamente.

Porque, a despecho de las palabras, lo que cuentan son los actos y los sentimientos. Está bien decir, en una carta al Presidente del Consejo (entonces lo era el señor Laval), “respetamos las instituciones del país”, pero a

condición de no declarar, al día siguiente, ante veinte mil personas: "Nosotros nos reímos a carcajadas de la legalidad" y de no orientar la propaganda sobre esta doble afirmación: 1º Nosotros mismos tomaremos el poder; 2º Sólo contamos con la fuerza para actuar como ciudadanos. Está bien decir que se quiere una reconciliación nacional; pero entonces no debe seguirse exactamente el ejemplo de los otros partidos en lo tocante al uso demagógico de los mismos insultos y de las mismas calumnias contra los mismos adversarios, quienes da la casualidad que siempre se hallan a la izquierda. Mucho me ha regocijado el saber que tendríamos, por fin, una escuela política francesa que habría de colocar en primer rango el respeto de los valores espirituales, pero mi decepción ha sido grande al ver a sus jefes y a sus periódicos aprobar, con tanta alegría como los más vulgares nacionalistas, la política del "pedazo de papel" . . . cuando fué el querido Mussolini quien la practicó. Y mi decepción se trocó en desesperación cuando, al día siguiente del 7 de Marzo, a la misma hora en que el derecho violado y el interés de la paz exigían con pareja evidencia que se recurriera a la solidaridad de las naciones, el jefe de los *Croix de Feu* no encontró nada mejor para proponer a Francia que el retorno al "egoísmo sagrado". Encuentro muy bien por último, que una liga política distribuya socorros entre los indigentes y enseñe a sus partidarios a que vayan adquiriendo conciencia de los infortunios sociales. Pienso, incluso, que el único servicio realmente humano del movimiento *Croix de Feu* fué invitar a algunos jóvenes burgueses egoístas a que volvieran por fin los ojos del lado de los miserables. Pero ¿qué significa la caridad cuando no se

cumple con una voluntad intransigente de justicia? Dar de comer a 50.000 desocupados no es hacer gran cosa cuando se ejercita, además, el papel de policía voluntaria al servicio del sistema económico que condena a un millón de hombres a morir de hambre. . .

Por eso, querido Godofredo, le aconsejo la prudencia. No perpetúe los viejos malentendidos; no forje otros nuevos; no se lance en aventuras y no se haga la ilusión de suponer que el "país real" está con usted cuando cuenta con la multitud de tres barrios de París. El instinto popular no es infalible, sin duda, y puede ser necesario reaccionar contra ciertos extravíos de la democracia. Guárdese, sin embargo, de tomar por necesidad política lo que a menudo no es otra cosa que una opción personal, un consejo del interés o un impulso del orgullo. No es necesario quemar el Parlamento porque haya doce diputados concusionarios: pero eso puede halagar, en algunos, una tendencia a la autoridad, una confianza excesiva en la *élite* de la cual creen formar parte, una falta de confianza despreciativa hacia una plebe que pretenden dominar. No es necesario, para ser buen patriota, pensar que la puja de los armamentos es preferible al desarrollo del arbitraje internacional, en el cual las masas han puesto instintivamente sus esperanzas: pero eso puede halagar en usted una religión hereditaria de la fuerza, y no disgustar en absoluto a los accionistas de la gran industria. . . No es necesario defender los *trusts* capitalistas para salvaguardar la propiedad privada, ni equilibrar el presupuesto del Estado recuperando sobre el salario vital de los pequeños funcionarios lo perdido por los fraudes fiscales de los ciudadanos prominentes; pero eso puede arreglar sus

pequeños negocios y satisfacer sus prejuicios. Advierta que, por obra de esas actitudes de aristócrata conservador, usted distancia su núcleo de la masa del país, carga el cielo de tormentas civiles y prepara días crueles al catolicismo francés. . .

Y, sin embargo, es menester votar

Ahora es Teódulo quien echa los dados.

—¿Y entonces? —me dice—. ¿Qué recurso deja usted al Católico que quiere actuar como ciudadano? Usted lo disuade de entrar en las ligas porque sus métodos de violencia o sus fines secretos son incompatibles con el espíritu cristiano. Usted lo aparta de los antiguos partidos por la peligrosa confusión que perpetúan entre la defensa de las bancas y la protección de las sacristías. También le prohíbe el Frente Popular por las empresas comunistas y ateas que encubre. ¿Qué queda, pues? ¿El doble *non*, el *non possumus* sistemático, el culto de la pureza llevado hasta la abstención obligatoria? Pero usted bien sabe que eso no es posible. Usted bien sabe que nos está vedado ausentarnos de la política y que tenemos, por la parte baja, el deber de votar. ¿Por quién diablos quiere usted que vote?

No dudo que Teódulo me plantea solapadamente esta cuestión. Está seguro de ponerme en un brete. Si yo respondo: vote, naturalmente, por el Católico o por aquel que promete respetar las libertades católicas, como de nueve veces sobre diez éste será el candidato de la derecha, mi posición de Católico independiente se derrumba en la práctica; y caigo en el Frente Nacional. Por el contrario, si antepongo otras consideraciones a la

defensa religiosa, pareceré en contravención con las reglas dictadas por la autoridad eclesiástica. ¡Y entonces, Dios mío, lo que tendré que oír!

Pues bien, que Teódulo no triunfe con tanta prisa: mi respuesta será matizada pero correcta. Razonemos un poco. ¿Cuál es, en lo que atañe al ejercicio del voto, la exigencia impuesta por la moral católica? Es —nos recuerda el Abate Lallement¹— “ejercitarlo para el bien común” y enviar al cuerpo legislativo candidatos “dispuestos a votar medidas en las que se respeten los *derechos superiores* de Dios, de Jesucristo y de la Iglesia”. Eso, evidentemente, me impide votar por un francmasón agresivo, por un adversario manifiesto de la libertad de conciencia o de la libertad de enseñanza. Pero creo comprender que también me impide votar por un partidario de lo que llaman las encíclicas el “nacionalismo inmoderado”, o por un defensor titular de las iniquidades del capitalismo que definen como una “violación del orden”. El hecho de que tal candidato pudiese presentarse además bajo una etiqueta católica, no modifica en nada la interdicción. Antes bien, sentiré doblemente escrúpulos de confiar un mandato político a un hombre a quien sabré capaz, no sólo de cometer faltas contra el bien común, sino de comprometer, por añadidura, al catolicismo. Parece, pues, que pueden proponerse las reglas siguientes:

Primer caso. Están frente a frente un anticlerical declarado y un Católico esclarecido. Cualquiera que sea la distancia política que nos separe del Católico, votaremos por él: la rectitud de su conciencia religiosa nos

¹ Obra citada, cap. XI: *El deber electoral*.

garantiza que no traicionará gravemente el bien común ni perjudicará la causa de la justicia y de la paz.

Segundo caso. Están frente a frente un anticlerical declarado y un nacionalista clerical. Uno y otro son a nuestro juicio malos candidatos. Si tememos, en conciencia, que el anticlerical use de su poder para atentar contra las justas libertades de la Iglesia, votaremos, con la tristeza en el alma, por el nacionalista, siempre que su nacionalismo no sea demasiado virulento, demasiado opuesto al espíritu y a la letra de las Encíclicas y a la teología moral de la Iglesia. En ese caso, abstenerse parece ser la solución menos mala.

Tercer caso. Están frente a frente un nacionalista clerical y un demócrata incrédulo, respetuoso de la libertad de conciencia y partidario, en el plano social y diplomático, de una política razonable. Entendámonos: razonable hasta el punto en que puede serlo una política no ordenada según el reino de Dios. Pero, en fin, aunque para nuestros ojos cristianos el no cristiano no pueda ser un "buen" candidato, en el caso presente es el menos malo: "y votar por el candidato menos malo no implica cooperar a un mal sino procurar un bien". Entre un agitador fascista, aunque se titule católico, y un incrédulo decidido a luchar por la transformación de un orden social injusto, respetando las libertades religiosas, el primero es en espíritu el menos Cristiano. Votaré, pues, por el segundo. ¿No he razonado bien?

—Quizá —responde Teódulo—. Pero... ¡cómo fatiga razonar! ¡Y cuán peligroso es! ¡Si al menos tuviéramos un partido católico!

Y desarrolla el proyecto grandioso de un partido con-

fesional que, dentro del cuadro de las instituciones y siguiendo las directivas pontificiales, trazaría los lineamientos de una política a la vez cristiana y francesa y suprimiría para el ciudadano Católico todo debate de conciencia, al designar, en cualquier parte, un buen candidato. Sí; es un bello sueño, pero es un sueño. Es, incluso, una quimera peligrosa de la cual habremos de apartarnos a poco de reflexionar. Por de pronto, resulta evidente que ni debemos pensar en un partido en el cual militen todos los Católicos, puestos de acuerdo sobre un programa coherente y sobre una disciplina electoral. Después, aunque tal reunión fuese posible sobre una base más restringida, chocaría en Francia (sobre todo desde el instante en que pareciese tener éxito) con una desconfianza injustificada, sin duda, pero inevitable en un país donde toda política bajo etiqueta confesional se presentó como una empresa clerical. Finalmente —y ésta es la razón decisiva, porque podrían no tomarse en cuenta consideraciones de posibilidad inmediata o de táctica—, tal partido no es ni siquiera deseable examinando a fondo la cuestión. Los Católicos en su conducta cívica, y hablo de los mejores intencionados, muestran en demasía la tendencia a proceder siempre, no *como Católicos*, lo que sería perfecto, sino *en tanto que Católicos*, lo que es fácilmente abusivo y peligroso. Si usted es concejal municipal, no es en tanto que Católico que vota la reparación de un camino; si usted es diputado, no es en tanto que Católico que acuerda créditos militares o echa abajo un gabinete por una cuestión de doble décima. Y, sin embargo, sobre tales problemas de interés común debe usted habitualmente pronunciarse. Si us-

ted limita su acción a intervenir en defensa de los intereses de la Iglesia, a proteger la escuela cristiana o la libertad de las procesiones, disminuye de golpe su autoridad y aparece, ante los ojos de los incrédulos, como abogado de una causa particular; ahora bien: usted forma parte de consejos que asumen, por destino natural, el servicio de los intereses comunes.

Y he aquí, precisamente, el dilema peligroso dentro del cual están aprisionados los partidos católicos: o bien hacen únicamente defensa religiosa, y entonces no escapan a los inconvenientes de un particularismo que, visto desde afuera, parecerá sectario, o bien hacen política general, y entonces comprometen *de hecho*, con sus actos, votos, métodos de acción y soluciones técnicas, el prestigio y la responsabilidad de la Iglesia; más aún: empujan a los adversarios de su doctrina particular hacia el campo de los adversarios de la verdadera fe. Sin necesidad de trascender las fronteras francesas, sabemos que entre nosotros la Iglesia ha salido perjudicada ante la opinión como responsable de la política conservadora y nacionalista de una derecha que parecía representar el partido católico. No anhelamos producir otras confusiones con un partido que, por estar esta vez en el centro o a la izquierda, no dejaría por eso de hacer pagar a la Iglesia sus errores de técnica o de táctica.

Y, sin embargo, mi amigo tiene razón: necesitamos actuar políticamente. Vivimos en el mundo y en el tiempo: no debemos jugar al puro espíritu, y hacer una virtud de la ausencia o aun de la retirada. La fórmula del equilibrio, *ni derecha ni izquierda*, buena si nos liberta de todas nuestras cadenas, es deplorable si nos

prepara una excusa para el ocio y una evasión en la pureza. Cuando tu hermano o tu país esperan justamente de ti una palabra o un gesto, cometes un pecado si te retiras para orar. Tenemos un deber cívico que cumplir como Cristianos: de qué manera habremos de cumplirlo, en las condiciones presentes, es lo que necesitamos tratar de decidir.

De un pluralismo político

Estamos de acuerdo en dos puntos: el primero es que el Católico no puede ni debe ausentarse sistemáticamente de la política; el segundo, que no puede ni debe tener esperanzas de actuar en el cuadro de un partido confesional. ¿Sacaremos la consecuencia de que los Católicos franceses deben afiliarse a diferentes partidos?

Lo acepto por mi parte, aportando de inmediato todas las reservas y todas las precisiones sin las cuales dicha actitud aparecería contaminada de escepticismo y, en el sentido condenado de la palabra, de liberalismo. Es falso que todas las opiniones sean buenas y todas las actitudes justificables. Es falso, pues, que tengamos libertad para militar en todos los partidos, ya que se nos confió el depósito de una teología y de una moral. Por un lado, quedan evidentemente excluidos aquellos cuya malicia consubstancial se encargó la Iglesia de definir, es decir, entre nosotros, *L'Action Française*, expresión del positivismo maurrasiano, y los partidos revolucionarios doctrinalmente marxistas. Por otro lado, nada tenemos que suprimir de lo dicho con anterioridad: en la actual división de Francia, no en par-

tidos, sino en frentes (con todo lo que esta palabra sugiere de simplificación de las actitudes políticas, de peligrosa primacía del instinto sobre la razón y de la mística sobre la doctrina), el Cristiano no se encuentra cómodo ni entre aquellas que, bajo pretexto de fidelidad a la nación, intentan sostener por la violencia un estado social injusto, ni entre aquellos que, bajo pretexto de lealtad hacia la República, preparan más o menos conscientemente una dictadura del ateísmo.

Pero decir que un Católico no debe adherirse a una formación nacionalista más o menos directamente inspirada por *L'Action Française*, no significa quererlo apartar, a priori, de todo partido que tenga por línea de acción la defensa del interés nacional. Verbigracia: no hay razón para lanzar un anatema de principio contra los amigos del señor Louis Marin. A la inversa, decir con *Quadragesimo Anno*, que "nadie puede ser, al mismo tiempo, buen Católico y verdadero socialista", no significa en absoluto compartir la indignación de los "bien pensantes" cuando un sacerdote o un fiel notorio realiza acción sindicalista, o cuando colabora con los partidos revolucionarios por la obtención de aquella parte de las reivindicaciones sociales que, continuando nuestra cita del texto de la encíclica, "se parecen asombrosamente a las que piden los que quieren reformar la sociedad según los principios cristianos".

Y más aún: decir que un Cristiano no se encuentra cómodo en las organizaciones del Frente Nacional o del Frente Popular no implica prohibirle participar en una acción de educación moral y patriótica, ni tampoco de defensa republicana, siempre que esta acción respete,

en sus métodos, las exigencias del espíritu cristiano y, en sus fines, los derechos de la Iglesia.

Filosofía de los partidos

Bajo estas reservas, parece deseable que los Católicos militen en partidos diversos y que practiquen plenamente la virtud de la fidelidad. Leales servidores del bien público, se esforzarán en dar a la nación finanzas sanas, una defensa militar suficiente, una diplomacia prudente y pacífica, leyes escolares y leyes sociales justas y generosas. Además, fieles a su vocación espiritual, sabrán que por encima del bien público propiamente dicho, contenido por entero en lo temporal, está el *bien común*, que concierne a la sociedad de las almas eternas, y trabajarán de todo corazón para establecer en la Tierra la justicia, la caridad y la verdad.

Espero que pueda verse lo que distingue a este pluralismo político —con todo lo que comporta de exclusiones severas y todo lo que impone de afirmaciones positivas— de un cobarde liberalismo en el que se aceptan, a priori, todas las renunciaciones y todos los compromisos. ¿Es menester, sin embargo, justificarlo todavía ante aquellos que verían en él un fondo de escepticismo, ante ciertos espíritus enteros y exigentes que, al profesar que la verdad no puede ser sino total y única, se pronunciarían por una elección más neta y por una reunión unánime?

De una manera general, la pluralidad de los partidos no se justifica como un bien en sí mismo. Es un hecho histórico, una consecuencia inevitable de las imperfecciones de nuestra naturaleza. Si todos los ciudadanos de un país fuesen de inteligencia lo suficientemente

amplia para abarcar de una mirada la multiplicidad de los intereses políticos y, frente a cada problema, la complejidad de sus factores técnicos; si, por otra parte, fuesen de un corazón lo bastante puro para no escuchar la voz de los egoísmos particulares, de las pasiones de su grupo étnico o social y determinarse únicamente por la razón y el amor, no habría partidos políticos: los conflictos de opinión, las discusiones de intereses que dividen a los ciudadanos en grupos opuestos se transformarían, en la intimidad de cada conciencia, en una pareja deliberación de motivos, conduciendo a decisiones concordantes. ¡Pero cuán lejos estamos de las condiciones teóricas que requiere esta unanimidad! De los múltiples factores de cada problema sólo tenemos una visión más o menos fragmentaria, según la forma y el grado de nuestra inteligencia. Y sólo adquirimos realmente conciencia, a tal punto el amor propio está enraizado en nuestros corazones, de los intereses que tocan directamente nuestra persona, o las comunidades profesionales, sociales, religiosas o nacionales a las cuales pertenecemos. De ahí que se produzca, en el interior de cada nación, la formación inevitable de una pluralidad de partidos dentro de los cuales, siguiendo sus intereses naturales y sus afinidades de espíritu, los ciudadanos se encuentran, colaboran o conspiran.

Repitémoslo: esta división no es un bien y esperemos que poco a poco se atenúe; esperemos que un ahondamiento y una difusión más amplia de la cultura intelectual y moral acerque las conciencias y permita a los acuerdos razonables recuperar el margen de tolerancia que han perdido los juicios pasionales. Mientras tanto, es preciso vivir y actuar, y la existencia de diferentes

partidos es una necesidad de hecho. Sería ya un gran progreso y una condición favorable al orden político si cada partido, en medio de esta pluralidad necesaria, lejos de erigir su singularidad en regla de verdad absoluta, perdonase a todos los otros sus diferencias y comenzase respetando los intereses legítimos representados por cada uno.

Abramos un paréntesis. Lo que tan profundamente diferencia el juego de las instituciones democráticas entre Inglaterra y Francia es que para el ciudadano inglés, empírico y razonable, el hombre del partido adverso no es, por definición, un pillastre y un imbécil, en tanto que el francés, ideólogo apasionado, tiene tendencia a despreciar u odiar a aquellos cuya opinión combate. Esto infunde a la vida pública inglesa una incontestable dignidad, de la cual tenemos un ejemplo reciente en la actitud perfectamente correcta de la opinión británica hacia un ministro a quien había depuesto, en forma que puede considerarse unánime. Inversamente, eso crea en nuestra vida pública, sobre todo desde hace algunos años, una atmósfera que cada vez es menos respirable; atmósfera de intolerancia, de grosería, de parcialidad absurda, de inminente guerra civil. Comprendo que la falta es imputable a casi todos los partidos y a todos los periódicos, pero ¿quién osaría pretender que, en esta deshumanización de la política francesa, los periódicos y los partidos de la derecha católica no han desempeñado un papel particularmente brillante?

Fidelidad al Espíritu

Queda, por lo tanto, bien entendido: que cada uno se sitúe en la lucha política según su medio, su condición, su cultura, su temperamento. No hay motivo para exigir de un hidalguero de las provincias del oeste que milite en el sindicalismo cristiano, y menos aún para imponerle a un minero Católico de Halluin que se inscriba en el partido conservador. No deberá sorprendernos que el primero, propietario de un suelo y heredero de una tradición militar, piense ante todo en salvaguardar la propiedad y el ejército, y que el segundo, explotado por el capitalismo industrial, se preocupe de las reivindicaciones sociales y de la defensa obrera. Uno prefiere sentarse a la derecha, con los defensores de las obras del pasado, y el otro a la izquierda, con los que han puesto su fe en el porvenir. Contra ninguno de ellos hay motivo de agravio. Pero del uno y del otro puede exigirse que, dentro del cuadro natural y normal de su acción, teniendo constantemente en vista las exigencias doctrinales de su fe, eviten los excesos y los errores de sus respectivos partidos y no vinculen sus convicciones católicas a una red de intereses sociales y pasiones históricas con las que nada tiene que ver la causa del Dios verdadero. El primero no debe, so pretexto de defender la propiedad privada y la integridad del territorio nacional, apresurarse en aprobar los abusos del capitalismo y confiar a la sola fuerza de las armas la suerte de la paz, en tanto que el segundo, bajo pretexto de solidaridad obrera, no debe rechazar sus justos deberes hacia

la patria y servir de instrumento a empresas sordamente dirigidas contra el reino de Cristo.

Si los Católicos franceses, en su calidad de ciudadanos, practicasen esta prudencia y esta fidelidad ¿cómo no ver el papel activo y bienhechor que desempeñarían en la vida pública de nuestro país? Dentro de los partidos extraviados por graves confusiones de pensamiento y apasionadamente opuestos los unos a los otros, serían, al mismo tiempo, un elemento de ponderación para cada uno de ellos y de vínculo entre todos. Por otra parte, inclinando todas las tesis en el sentido de una doctrina de sabiduría y de amor, preparando la unión de los espíritus rectos y de los corazones puros, impondrían métodos honestos de lucha y de acción a todos los partidos: lograrían crear una nueva caballería; trabajarían, en toda forma, para soldar nuevamente la unidad de Francia. Que al menos lo sepan: es ése el sentido de su vocación.

II

PARA UNA ACCIÓN CATÓLICA

Acción política, acción cívica y acción social

Así, en lo tocante al juego mismo de la política, por enmarañado que sea, estamos bien lejos de concluir que el Cristiano debe rehusar todo papel. Pero tengo apuro en escribirlo: sobre esa mesa no se juega la suerte del hombre. ¡Qué digo! La misma ciudad apenas juega en ella su propia suerte, y arriesga tímidas apuestas. *Toda acción cívica no es política: tema de meditación*

que propongo a los turbulentos para quienes la sola actividad digna de un ciudadano consiste en militar en un partido o en una liga, hacer una elección o preparar un golpe de Estado. A menudo, contribuirían con mayor acierto al bien público ocupándose modestamente de los asuntos de su municipio, colaborando en el desarrollo de obras de interés general (viviendas obreras, lucha contra el alcoholismo y la tuberculosis, moralidad pública, educación popular, etc.), sin contar con que ese género de servicios, incontestables, desinteresados y útiles a la comunidad entera, les granjearía una estima y una gratitud de seguro más ventajosas, para las ideas religiosas que representan, que los odios y las cóleras inevitablemente despertados por las luchas políticas.

Pero vamos más allá: así como la vida íntegra de un ciudadano no cabe en querellas partidarias, toda la vida del hombre social no está incluida en sus actividades de ciudadano. Aunque los intereses de la ciudad estuviesen perfectamente servidos, aquellos que la componen no habrían cumplido aún con todo su deber. La personalidad social del individuo no es únicamente cívica: el Estado no se confunde con la sociedad, y para que reine la justicia en ésta no basta con poner orden en aquél. No basta tener un gobierno estable, prudente y decente para que el régimen económico sea armonioso y humano, la vida familiar pura, la cultura sana y el espíritu cristiano floreciente. El error esencial del fascismo y de los diversos regímenes totalitarios ¿no es identificar la salud de la nación con el orden del Estado y esperar que la salvación de aquélla dimane exclusivamente del poderío de éste?

Muy al contrario, cabe preguntar si un orden polí-

tico válido es compatible con un desorden social profundo. Sin pretender que la política sea un puro efecto, una resultante de las fuerzas económicas y espirituales, de modo que, para modificarla, debamos obrar únicamente sobre éstas, y no obstante admitir una cierta autonomía de lo político y una reacción posible del poder del Estado sobre el juego de las leyes económicas y sobre la evolución de las ideas, debemos al menos confesar que esta autonomía es relativa y esta reacción es siempre bastante débil. De hecho, nada puede el Estado si su acción está aislada y no se apoya sobre un trabajo en profundidad que, tanto en el orden de la estructura social como de la cultura moral, escapando a la influencia de lo político, depende de la iniciativa de las personas, de las sociedades intermedias y de las comunidades espirituales.

Es así como más allá del cuadro del Estado y de los mismos límites de la ciudad, el Católico ve abrirse frente a él un vasto campo de actividades sociales, en donde precisamente lo requieren las tareas más urgentes. Corregir *desde el interior* los vicios de la economía capitalista, trabajar en poner orden y justicia en una profesión o, más humildemente, si no es posible nada más, hacer bien su oficio; más humildemente todavía, construir y mantener un hogar honesto, una isla de salud en medio de la corrupción de las costumbres, a fin que las almas de los niños encuentren una luz pura para florecer: ¿no es eso, allí donde uno está y en la medida en que uno puede, hacer algo esencial para el orden profundo de la sociedad?

Y entre esas actividades sociales privilegiadas no puedo, por cierto, pasar en silencio la actividad de la inte-

ligencia que aplica su esfuerzo, siguiendo su destino natural, a la crítica de los vicios de la arquitectura social y a la concepción de una plan más razonable. Sí; ahora que el señor Tardieu está persuadido de ello, quisiera que todo hombre lo estuviese, y todo Cristiano más aún: una influencia intelectual puede ser más eficaz que un gesto, y una palabra de verdad a veces pesa más, en el destino de los pueblos, que un discurso de un ministro o un desfile de facciosos.

De una pureza espiritual: el sentido del escándalo

Pero ¿quién no comprende que este trabajo profundo en el orden íntimo de la sociedad exige primeramente, en cada uno de nosotros, una obra de purificación espiritual? La primera condición de esta obra es excitar en nosotros el sentido del escándalo. Tan sólo depende de cada uno de nosotros en una medida ínfima, sin duda, suprimir la miseria y la desocupación, dar a millones de hombres mal nutridos, alojados como perros y reducidos a la desesperación, un alimento suficiente, una vivienda salubre y las condiciones esenciales de la moralidad. No depende de ellos, ¡ay!, el renunciar a ese trabajo inhumano. Si vivimos de las mismas corrupciones de la sociedad, de la usura capitalista, de la explotación de las masas laboriosas, de la preparación para la guerra, nos es imposible renunciar a todo, rehusar en absoluto las condiciones de esta vida bárbara que no hemos elegido y que nos es impuesta por determinaciones históricas. Ni siquiera es deseable que hagamos volar imprudentemente con dinamita esta civilización confusa y atroz, por temor a destruir algunos tesoros

irreemplazables y aplastar a la humanidad entera bajo sus ruinas.

Pero una cosa depende de nosotros, y ésa es siempre posible. Aunque aceptemos el mal como una fatalidad provisoriamente invencible, no lo justifiquemos como si fuese el bien absoluto. Constreñidos a los actos impuros por las condiciones que nos dominan, podemos salvar, al menos, la pureza de nuestro juicio. No encontrar buena en sí misma, y digna de ser inmovilizada para siempre, una arquitectura social que hace nacer la miseria de la abundancia y la desocupación de la ingeniosidad técnica; que hace al trabajo esclavo y al dinero rey; que dirige todos los poderes hacia el placer y hacia la guerra, esa madre y esa hija infernales, en lugar de servir primeramente a la justicia y a la paz, esas dos hermanas sentadas junto a Dios. Lo que siempre podemos es asombrarnos y sufrir cuando sabemos que un Estado, obligado a gastar anualmente quince mil millones para la defensa nacional, debe reducir hasta la sofocación los presupuestos de las escuelas, de las obras públicas y de la asistencia social, cuyo fin es humanizar la vida del país.

—¡Hipocresía! —me gritan de la derecha y de la izquierda—. ¡Fariseísmo y falta de coraje! ¿Por qué indignarse si uno debe resignarse de inmediato, y condenar en la conciencia lo que en la práctica se acepta?

¡Ah! Reconozco que existen actitudes más simples, aparentemente más lógicas: o la resignación escéptica, que acepta deliberadamente lo que es, o la intransigencia doctrinaria, que envía todo a pasear. No es preciso, ciertamente, distraer a los sabios ni desalentar a los héroes: temamos, tan sólo, que la máscara de la sabiduría

pueda encubrir el egoísmo satisfecho, y la máscara de la heroicidad oculte el orgullo temerario. Otros, en cambio, piensan que el avance humano supone una dialéctica más matizada: tratan de conciliar las exigencias del espíritu y las de la vida. Aceptan, se someten en sus actos porque es menester vivir, pero mantienen la rebelión dolorosa de sus conciencias porque también importa crear las condiciones psicológicas de un progreso. Porque todo está perdido si el hombre se resigna desde un principio y pone todo su coraje y toda su prudencia en instalarse en el presente, sin guardar la mejor parte para preparar el porvenir.

De una pureza moral: el culto del escrupulo

Esta actitud de rebelión íntima contra el desorden establecido no es, en efecto, una vana formalidad sentimental. No puede dejar de tener consecuencias en nuestra conducta: en cada uno de nosotros mantiene una disposición escrupulosa que nos incita a evitar las faltas evitables y a enderezar, en torno nuestro, los males flexibles.

Conscientes del desorden capitalista, empezaremos por ser más desconfiados con respecto a los movimientos políticos y no habremos de prestarnos a los que, visiblemente inspirados por los aprovechadores de abusos, se proponen secretamente perpetuarlos. Obraremos en lo posible, dentro del cuadro de nuestra profesión, a fin de introducir más orden y justicia y asentaremos, en el lugar en donde estamos, una pequeña piedra útil para la edificación de una economía menos bárbara. Si, como empresarios o ingenieros, tenemos que explotar

o dirigir el trabajo de las personas humanas, recordaremos que éstas son de una naturaleza muy diferente a las más costosas máquinas, que tienen derecho a miramientos y a justicia, y no habremos de concedernos el menor alivio de conciencia al calcular las cifras razonables de los salarios. Si estamos "en los negocios" —como dice hoy día un poco suntuosamente hasta el más mediocre corredor—, no aceptaremos a la ligera esa pretendida moral que no es sino la complicidad del fraude; reaccionaremos, aunque debamos perder, contra la degradación del sentido del honor comercial, rehusaremos las comisiones ilícitas y no convertiremos en obra pía el robo al Estado. Si poseemos un capital, no sólo habremos de abstenernos de la pura especulación, cuyos riesgos únicamente desaparecen cuando ha dejado de ser honesta, sino que también, en nuestras inversiones, rechazaremos los intereses usurarios y prestaremos nuestro dinero, en la medida de lo posible, a personas conocidas o a negocios sometidos a nuestra fiscalización efectiva, antes bien que confiarlo a esas grandes empresas anónimas y lejanas, de las que siempre podremos temer que hagan un uso injusto. Finalmente, si por elección de carrera u obligación cívica tenemos que hacer obra de soldado, cumpliremos con plenitud nuestro deber, pero sabiendo que toda guerra no es justa, que el hecho de la guerra no justifica todo y que el oficio militar tan sólo confiere verdadera nobleza a quien lleva su espada sin odio y quiere con ella servir al derecho.

Acción católica y colaboración pluralista

Así, en cuanto esté en nuestro poder, mantendremos las manos puras en un mundo impuro y crearemos, en torno nuestro, un contagio de justicia. Eso ha querido significar el sitio de Pedro cuando recomendó a los fieles, *en primer término*¹, la Acción Católica. Y nadie, pienso, habrá de contradecirme si digo que movimientos tales como la J.O.C., la J.E.C. y muchos otros análogos hacen actualmente más por la medicación de los males de la sociedad que los oradores del *Centro de Propaganda de los Republicanos Nacionales*. Pero ¿fue siempre bien comprendido el Santo Padre? Yo sé de fieles, animados de las mejores intenciones, para quienes la acción católica consiste en un esfuerzo de edificación personal *dentro de un medio católico* (¡siempre el espíritu de claustro!) y no en un esfuerzo de conquista dentro del *medio social entero*. Incluso conozco a algunos para quienes esta edificación, puramente devota, dispensa de una meditación más activa sobre sus deberes de justicia social.

Y después. . .

Tengo a la vista el boletín de una importante parroquia de una gran ciudad del sudoeste, y allí encuentro un "balance del grupo parroquial masculino". El primer objetivo asignado a la actividad de dicho grupo

¹ Que no se acuse a los Católicos, una vez más, de ignorar los deberes de la política: todo lo dicho con anterioridad muestra que esos deberes no nos dejan indiferentes. Pero existe una *subordinación*, un orden natural a observar. Al *Primero la política*, del positivismo, el cristianismo sólo puede responder: *Primero lo espiritual*.

es el siguiente: “*Francmasonería*: divulgación de su espíritu, de sus maniobras y de sus fieles más o menos confesos... Publicación de nombres de masones prominentes y por categorías; búsqueda de las logias regionales y de sus adeptos”. Y bien, osemos decirlo: si el espíritu que traduce ese texto se generalizara entre los Católicos franceses —es, ¡ay!, demasiado frecuente— terminarían nuestras esperanzas y las probabilidades que posee la Iglesia, en este país, de volver a tomar la dirección de las almas. Si aun existen fieles y devotos para los cuales la acción católica consiste principalmente en organizar esa pequeña guerra de las sacristías contra las logias, y no en esclarecer las conciencias cristianas, y no en dar por doquier y para siempre a las almas religiosas la ventaja de una posición moral, es de desesperar que los Católicos recuperen alguna vez, en este gran pueblo enfermo, el desempeño del papel eficaz y saludable que les designa su vocación.

Nuestra misión primordial no es polémica: es apostólica. Cosa bien diferente. Más aún: también es menester que nos unamos sobre un terreno distinto al del apostolado propiamente dicho. Por excelente que sea la acción católica, y aunque debamos considerarla privilegiada, no basta ni excluye otra acción en profundidad. En efecto, dos consideraciones se imponen: la primera es que vivimos en un mundo cuyo desorden íntimo, cuyos vicios de arquitectura y de espíritu comprometen el interés y la responsabilidad de la comunidad social entera (tales la miseria, la desocupación, la guerra y la *deshumanización* que, para muchas personas, son la consecuencia); la segunda es que ninguna de las “familias” que componen, de hecho, esta comu-

nidad en donde vivimos, y la familia católica no más que las otras, está en condiciones de imponer por *sí sola* los remedios necesarios, de voltear por su sola fuerza “la ciudadela de opresión que se ha instalado en el mundo moderno”¹. Nada puede hacerse en este orden de cosas sin la colaboración, no solamente de todos los Cristianos, sino de los Cristianos con los incrédulos.

No con todos los incrédulos, claro está; no con aquellos cuya “filosofía práctica o cuyos métodos de acción contradicen las actitudes cristianas fundamentales”, pero sí con los incrédulos que, sin adherirse a los dogmas cristianos, respetan al menos la persona humana y practican naturalmente las virtudes de justicia y humanidad. Dicho concurso estará, por definición, más acá de toda discusión dogmática y de toda preocupación de apostolado, fuera de toda política de defensa religiosa: ese es el dominio de la acción católica. Los grupos de que hablamos, radicalmente distintos a ésta, no tendrán por fin la expansión de la fe cristiana sino la realización social de la justicia, es decir, la meditación teórica que habrá de prepararla, el estudio y la elaboración de los medios técnicos que permitirá llevarla a cabo.

¿Es menester que los fieles se nieguen a formar parte de tales agrupaciones? Sería lo prudente, dicen aquellos que alardean de juiciosos. No; eso sería asumir, sin razón válida, la peor de las responsabilidades, porque esta forma de acción no excluye la acción católica

¹ Cf. *Líneas de posición: Cristianos e Incrédulos*, *Esprit* N° 41. Remito al lector a este texto esencial que es ampliamente utilizado en todo lo que se dice a continuación. El grupo *Esprit* es el movimiento social que más he hecho, hasta el presente, en favor de la concepción y realización de estas comunidades pluralistas.

y no podría además comprometer la fe de los cristianos que participan, dado que, en el pensamiento de los incrédulos, la base espiritual de la colaboración es precisamente lo que tiene de implícitamente cristiano. La peor de las responsabilidades, porque eso sería sustraerse a una condición necesaria de acción eficaz para el bien común; porque eso sería excluir la inspiración cristiana de la reconstrucción técnica y espiritual del mundo.

Existen, para la persona humana, tres formas principales de colaboración: 1º La colaboración *totalitaria* “que compromete al hombre entero en una concepción total del hombre y del mundo”. Siendo la más completa, sólo es posible en una comunidad animada de una misma fe. El Católico, pues, no puede practicarla sino dentro del cuerpo de la Iglesia y no dentro de la ciudad que se halla espiritualmente dividida. 2º La colaboración *liberal*, “para la cual no existe la verdad sino, únicamente, puntos de vista relativos”, y en donde la armonía de todos se funda en la cobardía de cada uno, en la traición, consentida por cada uno, de sus creencias esenciales; una tal colaboración es siempre mala, es siempre condenable. 3º La colaboración *pluralista*, en la cual las personas de orientaciones espirituales diversas que viven en una comunidad natural, actúan conjuntamente hasta donde su dirección es común sin faltar en nada a su deber hacia la verdad, puesto que conservan la plenitud de su fe, ni hacia la caridad, puesto que aceptan en todo lo posible sus solidaridades naturales, ni hacia la justicia, puesto que no omiten nada de lo que está en sus manos hacer para servirla. En una ciudad espiritualmente dividida, es ésta la única forma

de colaboración aceptable y eficaz. Y los Católicos no deben temerla. Que en un mundo podrido de iniquidades hagan escuchar, primero, una meditación en alta voz sobre la justicia. Y después que entablen el diálogo con todas las almas de buena voluntad: es ésta —pienso— una de las últimas probabilidades que tiene el mundo. Y la mejor probabilidad que tiene la Iglesia de Cristo.

CONCLUSIÓN

Pero no conviene concluir este estudio con una nota inquieta. Digamos, por el contrario, que en ningún otro país los Católicos se hallan tan bien situados como en Francia para realizar esta tarea de profundo examen interior y de liberación espiritual que el mundo espera de ellos, porque en ninguna otra parte son tan independientes, a pesar de todas sus servidumbres e ilusiones, y, en su conjunto, están tan bien informados. Por eso es necesario conjurarlos a proteger y ampliar aún más los límites de esta independencia y a confrontar sin cesar, con lucidez y valentía, las condiciones de su vida social y las exigencias de su fe.

También es necesario recordarles que no deben desinteresarse del mundo. Se sabe hasta qué punto la idea de que el Cristiano viviría por adelantado en el cielo y rechazaría la probabilidades y esperanzas de la Tierra ha sido explotada en el siglo XVIII por los enciclopedistas, en el siglo XIX por los teóricos del comunismo, y hasta qué punto contribuye todavía a alejar las almas de la Iglesia. Pero es una idea falsa. El cristianismo, cada día, pide en su plegaria que llegue el reino de Dios y que Su voluntad se haga "así en la Tierra como en el cielo". "En la Tierra —escribe Mauriac— desde el presente. El reino de la Justicia ha de llegar ahora mismo".

He aquí algo muy simple y bien distinto al énfasis un poco vano de Guehenno conjurando a los hombres "a instituir, en este rincón del Universo, una Tierra que avergüence a los Dioses". ¿Cuáles son esos dioses, lejanos y mudos, que no han conocido la justicia y que el hombre debe avergonzar al inventarla? Nosotros, creyentes, encontramos más atinado pensar que el hombre, trabajando libremente por el orden del mundo, cumple una voluntad divina y desde ya colabora con lo eterno.

A P É N D I C E

A PROPÓSITO DE UN SACRILEGIO

He osado decir abiertamente, en un diario católico, lo que muchos Católicos piensan por lo bajo: que *L'Echo de Paris*, abogado infiel de una Iglesia cuya institución defiende y cuyo espíritu traiciona, mantiene los más costosos equívocos y compromete gravemente a las personalidades religiosas que le prestan su apoyo moral o su colaboración.

Después de esto, emoción y cólera. Autoridades civiles y militares se pusieron en movimiento y emprendieron serias gestiones a fin de que yo fuese castigado. No quiero aquí pedir disculpas, sino precisar mi posición y probar mi derecho.

No se ha de atribuirme una opinión que no tengo, ni buscar en mi actitud una diversión fácil. No ataco a *L'Echo de Paris* por ser un diario de derecha: lo ataco porque pasa, con razón o sin ella, por ser el órgano del Estado Mayor. Jamás he dicho, escrito o pensado que un buen Católico deba ser necesariamente izquierdista: he dicho que un periódico que se dirige a un vasto público católico, que ataca en toda ocasión a los adversarios de la Iglesia y que se honra, dentro de la Iglesia o cerca de ella, con colaboraciones ilustres y numerosas

está obligado a un mínimo de probidad en la información, de rectitud en las ideas, de generosidad en los sentimientos, de justicia y caridad en la polémica y que, si no se alcanza ese mínimo, hay escándalo.

Hoy día hay un escándalo de *L'Echo de Paris* así como hubo un escándalo de *L'Action Française*. La herejía nacionalista y el error positivista aparecen en el primero con menos franqueza y coraje que en el último, y se hallan más diluídos. En este sentido, el escándalo es menos grave. Pero es más pernicioso si se piensa que *L'Echo de Paris* se declara más netamente un periódico confesional y goza de mayor crédito en la opinión de las conciencias religiosas. No obstante, seamos justos: *L'Echo de Paris* no es, por cierto, el único caso. El favor creciente que gana, en un público "bien pensante", un cotidiano tan bajamente secuaz como *Le Jour* y un hebdomadario tan envilecido como *Gringoire* constituye otro peligro. Y no tengo dificultad en reconocer que *L'Echo de Paris* conserva de su pasado honorable un aire anticuado, a veces enternecedor, de casa de buena cepa. No es la traición del aventurero de la pluma, de las finanzas o de la policía: es la del burgués honesto, del jefe de batallón en retiro o del joven bien educado. Pongamos que sea la corrupción del hombre de bien. Es, por tanto, la peor: *corruptio optimi pessima*.

He acusado, pues, a *L'Echo de Paris* de parcialidad en la información, de insinuaciones calumniosas con respecto a sus adversarios, de amoralismo en su política interior y de pragmatismo en su política exterior. ¿Estaré en condiciones de desarrollar, en términos particulares y precisos, lo dicho en términos generales y

concisos? Quizá algún día publique mi documentación. Ahora, a título de ejemplos, he aquí algunas pruebas.

a) *L'Echo de Paris es un diario parcial que hace eco a acusaciones sin pruebas, recortando la información a la medida de sus tesis.* Ejemplo: La campaña de insinuación difamatoria y a veces de acusaciones formales contra los señores Chautemps y Pressard, con motivo del asunto Prince. El señor de Kérillis, el 7 de noviembre de 1935, debió retractarse públicamente y lamentó haber "pasado la medida" en sus ataques contra el señor Chautemps. ¿Pero una frase de retractación, deslizada al cabo de un año al correr de la pluma, acaso borra en el espíritu del lector las sugerencias de una lenta y penetrante calumnia?

Por mi parte, no tengo opinión alguna sobre la muerte del señor Prince. Pero considero que mi periódico tiene el deber de informarme exactamente, suministrándome las bases de un juicio y no argumentos de partido. Ahora bien, abramos *L'Echo de Paris* del 11 de abril de 1934; encontramos, en la primera página, un amplio título: *La deposición del Señor Presidente Lescouvé constituye la más agobiadora de las requisitorias contra el señor Pressard. "Al presentarse a mi gabinete —declara— el señor Prince venía, sin saberlo, de firmar su sentencia de muerte"*. Sigue un artículo del señor Raymond Cartier en donde leo: "Se han hecho esfuerzos desesperados para defender al señor Pressard, y el mismo señor Lescouvé ha debido preguntar violentamente al fiscal si comparecía ante la Comisión como acusado o como testigo". Si las palabras tienen un sentido, esta presentación de los hechos significa que el señor Lescouvé acusó al señor Pressard, en un prin-

cipio, del asesinato del señor Prince y que, instado por la Comisión para defenderlo, se negó valientemente a ello.

Atengámonos ahora al texto de la Comisión Investigadora, tal como lo publica el mismo periódico, en pequeños caracteres, en la página cinco del mismo número. Ahí vemos que el señor Lescouvé, a una pregunta directa del comisario tocante a las responsabilidades del asesinato, ha declarado formalmente que *no acusaba a nadie*; en lo concerniente al señor Pressard, tan sólo le reprochaba una cierta negligencia, una cierta falta de carácter en el ejercicio de sus funciones; se negaba a pronunciar la palabra "prevaricato" y declaraba finalmente: "Jamás ha resultado de los hechos que el señor Pressard haya tenido un desfallecimiento de conciencia".

El comentario de *L'Echo de Paris* pasaba pura y simplemente por alto esta contraparte esencial del testimonio del señor Lescouvé. Se dirá, sin embargo, que la lealtad de la información no puede discutirse: un lector curioso podía encontrar en letra pequeña, y al pie de la página cinco, las frases que corregían o desmentían los gruesos títulos estampados en la primera. Admitámoslo. Veamos ahora, sobre el mismo tema, otro ejemplo más completo.

El 16 de enero de 1935 el Abogado General señor Durand, amigo de la familia Prince, hacía ante la Comisión Investigadora una importante deposición, cuyos dos temas principales eran: 1º Imposibilidad de admitir la tesis del suicidio. 2º Inconsistencia de las acusaciones presentadas contra el señor Pressard. El Abogado General Durand declara, incluso, que desapruueba per-

sonalmente las declaraciones del señor Raymond Prince a ese respecto. Título de *L'Echo de Paris* (17 de enero de 1935): "*El Consejero Prince no era hombre de suicidarse, declara el abogado general Durand.*" En la primera y tercera página sigue el análisis de aquella parte de la deposición tendiente a probar la tesis del asesinato. Silencio absoluto sobre la otra parte de la deposición.

Afirmo que tales procederres implican deslealtad hacia los hombres que se ataca y que también implican deslealtad hacia el lector que compra un periódico para ser informado. Que tales procederres sean comunes a todos los diarios de partido, de la derecha o de la izquierda, es, ¡ay!, un hecho cierto. Pero la inmoralidad de todos no constituye una excusa para nadie. Y, principalmente, no constituye una excusa para aquel cuya pretensión de representar la opinión católica más vasta hubiere debido consagrar a la más estricta probidad.

b) *L'Echo de Paris ataca a sus adversarios sin preocupación alguna de justicia y desfiende a sus partidarios sin preocupación alguna de moralidad.*

Las notas anteriores bastan para aclarar el primer punto. Agreguemos, no obstante, otro ejemplo más reciente.

El 5 de noviembre, el señor de Kérillis comenzaba una violenta campaña contra el señor Herriot (5 de noviembre: *Herriot*; 6 de noviembre: *El enemigo público N° 1*; 7 de noviembre: *El juguete, el instrumento, la criatura de los Soviets*; 8 de noviembre: *Kerensky*). El tema de este ataque era mostrar en el señor Herriot al hombre de Moscú, al ejecutor de una política que colocaba a Francia al servicio de los Soviets y, bajo pre-

texto de fidelidad “al amigo Litvinoff”, favorecía la propaganda comunista en el interior. Quizá el señor de Kérillis, de haber tenido un poco de memoria, hubiese puesto sordina a sus críticas, recordando sus propios artículos escritos algunos meses antes en el momento del acercamiento franco-ruso. Porque, admitiendo que el señor Herriot haya cometido una falta política al favorecer un acercamiento peligroso, no ha sido él solo quien la cometiera. El señor Laval tuvo en ello su parte y *L’Echo de Paris*, inspirado por el Estado Mayor —según propia confesión de Pertinax—, no dejó de ayudarlo. Pero en fin, no debemos pedir demasiada lógica al romántico director del Centro de Propaganda: ¿acaso no nos confesaba, en su artículo de fondo del 5 de diciembre, que en las grandes circunstancias hay que saber elegir “absteniéndose de reflexionar”, elegir “a pesar de sus resistencias intelectuales?”. Se puede, al menos, pedirle lealtad. Ahora bien, en el post-scriptum a su artículo del 8 de noviembre —¡al día siguiente de retractarse de sus calumnias contra Chautemps!—, no vacilaba en hacer eco a una acusación fantasiosa de *Gringoire* contra la probidad del señor Herriot (a propósito del asunto Eberlein). “¡Ah! —exclamaba— Kerensky, el simpatizante, pasa de la raya. ¡Parece increíble!” Ese mismo día, el señor Laval, mediante una nota oficial, ponía término a la campaña dirigida contra su ministro de Estado y deploraba esas querellas intestinas, perjudiciales a su gobierno. *L’Echo de Paris* relegaba púdicamente a la tercera página la transcripción de esta nota y el señor de Kérillis partía para Inglaterra. . . . Lo que no debía impedirle escribir a su vuelta, el 16 de noviembre, un nuevo artículo —*La Campaña obtuvo*

resultado—, en el cual se jactaba de haber obligado al señor Herriot, con sus ataques, a dar marcha atrás. . .

Otra pesadilla y otra víctima de *L'Echo de Paris* es el señor Bonnevey, desde que cometió el crimen de presidir lealmente la Comisión del Seis de Febrero. He aquí una muestra de los ataques dirigidos contra él:

El 5 de diciembre de 1935, durante una sesión de la Cámara, habiendo declarado el señor Henry Hays: "Renuncié a la Comisión del Seis de Febrero porque tuve la impresión que no se había reunido para hacer justicia", el señor Bonnevey, ex presidente de esta comisión, se levanta y hace la declaración siguiente:

"Si el señor Henry Hays tuvo esa impresión, fué porque no siguió atentamente nuestra obra. Yo, por el contrario, que prescindí de todas mis preocupaciones personales, tuve la impresión de que en la Comisión había voluntad común de buscar la verdad, en medio de las mentiras que una prensa abominable esparciera en el país. Se necesitaba emitir un voto estableciendo la responsabilidad de las ligas: la Comisión lo hizo. Pero al día siguiente, aquellos que habían votado contra las ligas recibieron de un cierto señor Trochu la intimación de reconocer que estaban del lado de las ligas o de renunciar a una comisión que sólo había servido 'para escarnecer a los mejores servidores de la patria'.

"Yo no he cedido a una intimación de esta naturaleza. No he renunciado. He proseguido mi obra hasta el fin. Jamás obedeceré a quienes hacen *chantage* electoral".

Lejos de provocar ningún desmentido, esta declaración es aprobada por la mayoría de la cámara y la reciben con aplausos que surgen desde el Centro hasta la Extrema Izquierda. Ahora bien, veamos cómo al día siguiente, el 6 de diciembre, el señor de Kérillis comenta el hecho en el artículo de fondo de *L'Echo de Paris*:

"Mientras el señor Hays establecía la responsabilidad de los comunistas en ese famoso día histórico del 6 de febrero de 1934 que ha dado, en verdad, nacimiento a las ligas, fué bruscamente interrumpido por el des-

graciado Bonnevey, presidente de la Comisión Stavisky. ¡Ah! ¡Qué desgraciado personaje este señor Bonnevey! Es el señor viscoso, cauteloso, atrabiliario y pérfido que maniobra contra sus amigos para obtener los favores de sus adversarios y presentar su candidatura a un ministerio cualquiera, a la presidencia del Consejo, según afirman algunos. Es el traidor en pequeño, el Judas a diez denarios que representa el papel de la conciencia pura y del republicanismo sincero y que os apuñala mientras os besa en la frente. No conozco un tipo parlamentario más despreciable. Los comunistas Thorez y Ramette, con sus rojas cabezotas de salteadores de caminos, me parecen mil veces más simpáticos. La Cámara le ha demostrado sentir lo que expreso”.

En el texto del señor de Kérillis, aparte de los ultrajes gratuitamente volcados sobre la cabeza de un hombre honrado, se advertía la inexacta presentación de los hechos. El señor Bonnevey parece haber tomado la palabra no para defender a su Comisión de una acusación grave, sino para auxiliar a los comunistas.

Por lo tanto, si usted no se halla del buen lado de la barricada política sólo puede esperar duros golpes de *L’Echo de Paris*. Por el contrario, si es usted un faccioso, puede esperar tesoros de indulgencia. A las gentes honradas del barrio Notre-Dame-des-Champs, que se asustaban al escuchar ciertos rumores sobre el señor Chiappe (el candidato que les había suministrado la providencia de la calle Amelot), *L’Echo de Paris* respondía, el 30 de abril de 1934, por la pluma del señor de Kérillis: “Si queréis votar por un candidato contra el cual no podáis formular ningún reproche, elegid un desconocido cualquiera, un señor que, no habiendo hecho nada, nunca haya tenido ocasión de disgustaros ni de equivocarse”. El señor Chiappe ha sido “un excelente prefecto de policía”; se ha hecho amar de las “buenas gentes de París que ha sabido proteger”. Ciertamente es que también se hizo detestar de muchas personas, pero esas

personas son los malos franceses “que sueñan con el desorden y la revolución”. *L’Echo de Paris*, con la conciencia en paz, apoya vigorosamente la candidatura del señor Chiappe, de la cual hace incluso una candidatura simbólica. El 1º de Mayo, el señor Marcel Hutin en persona publicaba en la primera página una entrevista, durante la cual el señor Chiappe pronunciaba estas enérgicas palabras: “Si es necesario, como lo declaraba André Tardieu en los últimos días, se dará la palabra a las minorías activas. *Se ha perdido la fe. Es menester que la fe renazca*”. Y para no dejar flotar equívoco alguno sobre esta fe cuyo despertar anunciaba, el ex prefecto, entregado para su desgracia a la especulación filosófica, agregaba las palabras siguientes: “Es menester que seamos fuertes. Siempre se entona la cantilena del *Derecho*. ¿Es en virtud del derecho que Bélgica fué invadida? ¿Es en virtud del Derecho que se violan los tratados? *No; créame, sólo la Fuerza cuenta y llama a reflexión al adversario, cualquiera que sea*”.

“*Sólo la Fuerza cuenta*”. Por fortuna, el señor Marcel Hutin no había releído desde hacía algún tiempo la colección de *L’Echo de Paris* de los años 1914 a 1918 en donde, cada día, esta subordinación del Derecho a la Fuerza era elocuentemente denunciada como la negación de la civilización occidental y como la flor venenosa de la barbarie germánica. Por lo tanto, no experimentaba en absoluto la necesidad de protestar: ¡Bien lejos de ello! “Jean Chiappe —concluía— es, en verdad, un temperamento”. Y, a la espera de algo mejor, le deseaba la intendencia, la presidencia del Concejo Municipal, la presidencia de la Cámara. . .

¿Se diría que tales textos dejan oír un sonido cristia-

no? ¿Enorgullece encontrar, en la primera página del número del 8 de febrero de 1935, el resumen del juicio que condena a la Francia católica y al General de Castelnau a 16 francos de multa y 1.000 francos de indemnización por daños e intereses a causa de un artículo difamatorio contra el señor Alfred Dominique, artículo reproducido, naturalmente, por *L'Echo de Paris*? ¿Acaso tranquiliza el leer, en el número del 30 de septiembre de 1935, un reportaje del señor Raymond Cartier, titulado *Cómo piensan y hablan los educadores italianos*? El autor nos muestra con mucha habilidad que el militarismo, la religión del Estado, el culto a Mussolini "Providencia Viva", se encuentra en la base de la educación fascista. No oculta que su fin es opuesto al de la educación de la Iglesia, puesto que coloca al héroe por encima del santo: pero, sin hacer la menor reserva contra una doctrina netamente condenada, se explaya en alabanzas admirativas por esta pedagogía viril y en censuras por las "debilidades y las vergonzosas desviaciones de una parte de nuestro cuerpo de enseñanza". (No se trata, claro está, del ateísmo de nuestros profesores, sino de sus "prédicas pacifistas".)

¿Es menester aun citar el artículo del 8 de junio de 1934, en el cual el General de Castelnau acusaba a la francmasonería de *traición* por haber intentado favorecer, *después de la guerra*, el acercamiento franco-alemán? ¿Y ese otro artículo del 29 de junio de 1935, en el cual el Presidente de la Federación Nacional Católica acudía personalmente en auxilio de los fabricantes de armas y de los grandes proveedores de municiones, acusados por el R. P. Rutten ante el Senado de Bélgica? ¹ ¿Es

¹ Luego se ha visto mejor: el artículo del 8 de marzo de 1936 en donde,

menester hablar de la actitud de *L'Echo de Paris* durante la guerra ítalo-etíope, de esos odiosos artículos en donde escritores franceses y católicos, so color de predicar la prudencia en la aplicación de las sanciones, hacían, en realidad, la apología del agresor y encontraban el medio de traicionar, a un mismo tiempo, el honor y el interés de Francia? ¿Es menester hablar de las frases inhumanas del señor Kérillis, insultando al pueblo atacado (“esas tribus más salvajes que los leones encerrados en el Palacio de Raz”) para justificar la razón del más fuerte? ¿Es menester citar sus ditirambos a la sabiduría política del señor Mussolini —a la misma hora en que su obstinación orgullosa de dictador romano ponía a Europa en un grave peligro, provocaba matanzas inútiles y arruinaba a su pueblo? (“A pesar de todo, ¡cuanto más soberbia y feliz viviría Francia si tuviera un Mussolini!”) ¿Es menester recordar al señor Louis Madelin, experimentando como “una especie de alivio” cuando la toma de Adoua y Makallé y saludando con énfasis a “los ejércitos victoriosos de los hijos de Roma”? (4 de marzo de 1936).

Es verdad que, sobre los mismos temas y en el mismo diario, Pertinax —que es inteligente— escribía cosas más sensatas, si no más generosas. Pero el mal estaba hecho, y no por eso era menor: contra las más nobles y las más constantes tradiciones de la cultura francesa, las gentes

haciendo alusión a la misa por la paz, celebrada en París, a la cual había asistido en otra época el señor Brüning en simple calidad de fiel, el presidente de la F. N. C. osaba escribir. “Ya terminaron las ‘trapacerías’ que oscilaban entre la logia del Gran Oriente y el Santuario de Nuestra Señora de las Victorias”. Esta vez, encontrando que se pasaba la medida, los medios católicos se conmovieron. Ver la *Vie Catholique* del 14 y del 21 de marzo de 1936.

honradas, por simpatía hacia el fascismo, es decir por espíritu de clase, eran invitadas a justificar la ofensa al derecho y a volver su espíritu y su corazón contra el débil oprimido.

He aquí la obra de *L'Echo de Paris*. ¿Qué nos importa, entonces, el gran espacio concedido a la actualidad religiosa? ¿Qué nos importan tantos reportajes edificantes, tantos prelados académicos fotografiados y entrevistados en la primera página? Esos ínfimos servicios a la causa de la religión no tienen otro efecto que volver más flagrantes las ofensas a su espíritu¹.

¹ Estando escritas estas notas, me fué señalado el reciente e indecente artículo consagrado a *L'Echo de Paris* por el señor Jean de Lardélec, en la *Revue des Lectures* del 15 de marzo de 1936 (págs. 261-266). Se sabe que esta revista, dirigida por el señor Abate Bethléem, se propone dirigir las conciencias católicas señalando cada mes las buenas y las malas lecturas, clasificadas por categorías. He aquí lo que se autorizó a escribir al señor Jean de Lardélec: "Simpático a la religión, verdaderamente respetuoso de sus lectores y de la decencia. *L'Echo de Paris* propende a ser el periódico de la familia francesa y católica y, a pesar de lo que podamos reprocharle, merece que se le haga este honor... Quien firma este artículo... debe decir la verdad a sus lectores y no puede callar que, en estos tiempos difíciles y confusos, *L'Echo de Paris* es una potencia bienhechora". Estas frases encuadran una apología sin restricciones de las directivas políticas del periódico, por lo menos desde la época en que formó filas en el campo antireyfusista y enarboló, "sin respeto humano, el estandarte nacionalista", hasta el período actual, en que el señor de Kérillis afirma su "espíritu de combatividad", en tanto que el General de Castelnau predica, "con su notable talento de escritor, la unión indisoluble de la fe católica y del amor a la patria".

Uno cree soñar ante pareja aberración del sentido crítico. ¿Y qué es lo que motiva el entusiasmo del señor Jean de Lardélec hacia *L'Echo de Paris*? Por una parte, "su interés más que benévolo por las manifestaciones de la fe católica"; por la otra, su conducta moral: "propende a ser el periódico de la familia, el periódico que puede dejarse abierto sobre la mesa..." Ciertamente. ¿Pero es que eso significa juzgar su espíritu? Dad muchas informaciones religiosas, publicad novelas honestas en folletín, y en seguida calumniad a vuestros adversarios, comprometed a la Iglesia en

Por lo demás, no es posible dejar de sentir un áspero consuelo al ver a dónde conducen todas esas piadosas malignidades a los que en ellas pusieron su confianza. Tanta hiel, tanta violencia y mala fe en un pueblo que venera la franqueza y que aun es capaz de ejercer su espíritu crítico, llevan en sí su castigo: la muerte. En vano el señor de KériHis puede ejercitar sus oradores, reunir millones para su propaganda, cubrir de anuncios los muros de las más pequeñas aldeas: con un coraje y un ardor dignos de mejor fortuna, arrastra a su partido de derrota en derrota hasta la ruina final, y el pobre hombre no lo ignora; eso, a veces, infunde a su retórica honesta un acento trágico que termina por ser conmovedor. Pero eso le concierne a él y a los suyos. De lo que tenemos derecho de inquietarnos es de ver, bajo los golpes incesantes de esta prédica engañosa, ceder a deformaciones partidarias la rectitud de las conciencias católicas; es de ver perpetuarse o extenderse en el mundo este gran escándalo: la colaboración de los Católicos en las obras de odio y de injusticia.

una política de violencia, predicad el odio civil y el egoísmo sagrado: el señor Jean de Lardélec no dejará por eso de asignaros un sitio de honor a la derecha del Padre, puesto que, respetuosos del pudor, tan sólo habréis ofendido a la justicia.

Por mi parte, nunca hice bromas fáciles a costa de la revista del señor Abate Bethléem, bromas que a veces justifica la citada publicación. Le sucede, en ocasiones, realizar una obra útil, y con mayor juicio del que se pretende. De ahí que deplora con mayor sinceridad el artículo que acaba de tomar la grave responsabilidad de publicar, y que no aumentará su prestigio a los ojos de aquellos que piensan que la verdadera crítica comienza con la inteligencia de las ideas.

ÍNDICE

Prefacio	7
Capítulo I	
Algunas consideraciones generales	9
Capítulo II	
Algunas faltas históricas	49
Capítulo III	
Curva peligrosa	73
Capítulo IV	
Catolicismo y capitalismo	93
Capítulo V	
Resoluciones	105
Conclusión	135
Apéndice	137

*Acabado de imprimir el día 15 de marzo de 1956 en los
Talleres Gráficos de "Américalee", Tucumán 353, Buenos Aires*



